

LUIS A. SANTAMARÍA

LA CICATRIZ DE MÓNICA

EL RENACER DE LA INSPECTORA LAGO

LA CICATRIZ DE MÓNICA

EL RENACER DE LA INSPECTORA LAGO

SERIE MÓNICA LAGO

LIBRO 0

LUIS A. SANTAMARÍA

**UNIVERSO
MÓNICA
LAGO**

Copyright © 2025 Luis A. Santamaría

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni la transmisión bajo cualquier forma o a través de cualquier medio, sin el permiso previo y por escrito del titular del copyright.

Publicado por Luis A. Santamaría

Fecha de edición: noviembre de 2025

www.luisalbertosantamaria.com



OBRAS DEL AUTOR

INSPECTORA MÓNICA LAGO

La cicatriz de Mónica (precuela)

Entre bambalinas

Entre líneas

Entre viejos desconocidos

Secretos entrelazados

Heridas abiertas

Asuntos pendientes

El precio del silencio

Mónica Lago Libro 8

TONI GALÁN

Crimen fuera de escena

La última noche de Anne Miller

Juegos peligrosos

LA DESAPARICIÓN DE MARGOT LANE

Margot

Huida

Abismo

TRILOGÍA OLI

El secreto de Oli

El aleteo de la mariposa
Veinte veintitrés

LIBROS INDEPENDIENTES

No puedes ser tú
Mensajes ocultos
Reflejos en el espejo

Para Silvia. Ha sido un placer trabajar juntos en esta historia.

1

EL PRESENTADOR del telediario dice algo sobre una ola de calor, pero Lola no presta atención. En la pantalla, se suceden imágenes de termómetros y playas abarrotadas mientras ella mira el reloj de la pared: las nueve y media pasadas...

...y Álvaro aún no ha llegado.

En este punto de la noche, las alarmas internas de Lola aún no se han activado, pero una ligera sensación, nada, apenas un atisbo de mal presentimiento, comienza a infectar su razonamiento, ya de por sí alarmista.

El móvil descansa en su regazo. Con la mano izquierda lo sujeta con la presión justa, por si él llama. Con la derecha cambia de canal. Una telenovela turca, de esas que emiten a todas horas.

Se le cierran los ojos.

El sonido de una bofetada la despierta. En la pantalla, una mujer llora mientras un hombre le grita en turco subtulado. Lola parpadea, desorientada. El reloj marca las diez menos cuarto.

La casa sigue en silencio. Si Álvaro hubiera llegado, habría oído la puerta.

Comprueba su móvil, todavía en la mano, de manera instintiva. No tiene mensajes ni llamadas.

Hace rato que tendría que haber vuelto. Es lunes, lo que implica que Álvaro, que es profesor, trabaja al día siguiente. Entre semana,

no suele pasar noches fuera de casa, y mucho menos sin avisar. Aunque tiene cuarenta y dos años, dado que vive con ella, continúa avisándole si no va a dormir en casa.

Lola se levanta del sofá y el cojín conserva la forma de su cuerpo. Las zapatillas de estar por casa —las mismas desde hace tres inviernos— esperan junto a la mesita. Se las calza y camina hasta la habitación de Álvaro. La cama está hecha y el pijama doblado sobre la almohada. Todo como esta mañana.

Marca su número. Cinco tonos. Finalmente, salta el buzón de voz.

—Hijo, soy mamá. ¿Dónde estás? Llámame.

Trata de pensar con coherencia. ¿Le dijo Álvaro algo sobre que no vendría hoy a casa? No lo recuerda, si bien es cierto, últimamente su memoria no está para tirar cohetes.

Las manos le tiemblan de tal modo que no consigue dar con el contacto del móvil hasta el segundo intento. Ahora llama a Luis, el del bar donde Álvaro va a ver el fútbol los domingos. Fueron juntos al colegio y llegaron a ser inseparables, aunque últimamente ya no quedan tanto, para lamento de Lola. Cuando eran niños, tenía a Luis todo el día en casa; era como uno más de la familia.

Luis acepta la llamada. Está un poco extrañado. No, no ha visto a Álvaro, y le hubiera sorprendido verle hoy por allí.

—¿Por qué dices eso, Luis?

—Álvaro hace meses que no viene.

Dicho esto, Luis le pregunta si ha pasado algo, pero Lola ya ha colgado, sofocada y temblorosa.

Baja al garaje con la bata puesta. El fluorescente parpadea tres veces antes de encenderse del todo. La plaza 27 está vacía. Ni rastro del coche de Álvaro.

Algo se retuerce en su estómago. No es hambre. Es ese instinto que las madres desarrollan cuando sus hijos tienen fiebre antes de tocarles la frente, cuando mienten sobre dónde han estado...

O cuando algo malo está a punto de pasar.

Piensa en los últimos días. ¿Ha notado a Álvaro más callado de lo normal? Es posible, tal vez un poco cariacontecido, pero no como

para pensar que hubiera tenido algún problema y que haya querido desaparecer para estar unos días desconectado.

Entonces se le ocurre una idea que la deja helada. ¿Estaría pensando Álvaro en el suicidio? No quiere ni pensarlo.

Vuelve a desbloquear el móvil. Llama de nuevo a su hijo. Buzón de voz otra vez.

El nudo en el estómago se aprieta.

Lola no recordará nada de las dos semanas posteriores.

Esa tarde, unas horas antes

El timbre sonó a las seis en punto y Álvaro no prolongó la clase ni un segundo. Los alumnos salieron en estampida, algunos mirándolo de reojo, extrañados. Él era el profesor que siempre estiraba cinco minutos más, el que disfrutaba viendo cómo tamborileaban con los dedos sobre los pupitres mientras explicaba la diferencia entre *plus-que-parfait* y *passé composé*. Se regodeaba al ver a sus alumnos resoplar de impaciencia y negar con la cabeza. A veces hasta escuchaba las protestas mal disimuladas tras los murmullos de desaprobación:

El Tartaja se está enrollando otra vez.

No los culpaba. Recordaba su pubertad. No fue una época fácil. Y menos, para él.

El Tartaja. Después de tantos años enseñando, el apodo ya no le dolía. Su tartamudeo era casi imperceptible ahora; solo aparecía cuando estaba muy nervioso o enfadado, esas erres que se atascaban como un motor viejo. Pero los alumnos tienen memoria colectiva: el primer día que entró en clase, hace doce cursos, los nervios lo traicionaron. «Bu-bu-buenos días, s-s-soy el profesor Álvaro Montiel.»

Bastaron esos segundos para quedar marcado de por vida.

De niño había sido mucho peor. Entonces el tartamudeo era constante y humillante. «Ta-ta-ta-Tartaja», se burlaban, alargando la

burla hasta el infinito. Los logopedas, los ejercicios, los años de terapia... todo había ayudado, pero el trauma permanecía como una cicatriz invisible que solo él podía sentir.

Aun así, eso no había sido lo peor de su infancia. Dadas las circunstancias, el tartamudeo casi podía quedar en anecdótico.

Recogió sus cosas despacio. El aula se vació y él seguía guardando bolígrafos en el estuche, uno por uno, como si cada uno requiriera una decisión meditada. No quería salir al pasillo. No quería cruzarse con nadie.

El motivo por el que hoy no tenía ganas de alargar la clase ni de socializar fue el mismo que, un rato después, empujó a Miriam a abordarlo a la salida de la sala de profesores.

—Dios mío, Álvaro. —La profesora de inglés se llevó la mano al cuello, ese gesto tan suyo cuando algo la alteraba—. ¿Qué te ha pasado en la cara?

Miriam Browning, cuarenta y siete años, soltera. Vivía con tres gatos en un piso de Vallecas. Álvaro sabía estos detalles porque ella se los había contado en cada comida de profesores desde que llegó hace cinco años. También sabía que los alumnos la llamaban Britney Spears —no por su físico, sino por el micrófono que salía de su oreja (sus cuerdas vocales no daban para proyectar la voz en clase)—, de lo cual ella fingía no ser consciente.

—Boxeo —dijo él, y la mentira le salió tan rápida que casi se la creyó—. Me apunté hace poco. A uno se le fue la mano en el sparring.

En realidad, no quería hablar de aquello que le había provocado un moratón en la cara, aunque una parte de él agradecía que alguien, aunque fuera la Spears, se preocupara por él.

Miriam entornó los ojos. Tenía esa mirada de maestra de primaria que detecta excusas sobre perros que se comen deberes.

—No sabía que hacías deporte.

—Nunca es tarde para empezar.

Otra mentira. A Álvaro el deporte le importaba una mierda. El único ejercicio que hacía era caminar del coche al instituto y vuelta. Cuarenta y dos años y ya resoplaba al subir al tercero. Patético.

Ella lo miró duramente. «No se lo ha tragado», pensó Álvaro.

—Últimamente te veo preocupado —insistió ella, y Álvaro supo que no lo iba a dejar ir tan fácil—. Si necesitas hablar...

Él se inventó una historia personal para justificar su preocupación: un viejo amigo de la infancia había sido diagnosticado con cáncer.

—Páncreas. Etapa cu-cuatro. —Las palabras brotaron solas, las soltó tan sin pensar que cualquiera habría dicho que lo llevaba preparado. No dio más detalles para no meter la pata.

El rostro de Miriam se transformó. La curiosidad dio paso a esa expresión de pena ajena que la gente pone cuando oye la palabra cáncer.

—Lo siento mucho. Rezaré por él —dijo. Resultaba que, además de profesora, también tenía complejo de monja. Lo cierto era que le pegaba.

—Gracias, Miriam.

Álvaro se alejó antes de que ella pudiera añadir algo más. Enfiló el pasillo, pero no fue hacia la salida. Acudió directo al baño de los profesores. Necesitaba refrescarse y pensar en sus errores.

Se plantó frente al lavabo y dejó correr el agua. Fría. Más fría. Se mojó las manos, luego la cara, luego la nuca. El moratón protestó al contacto.

Se miró al espejo, pensativo: cuarenta y dos años que parecían cincuenta. El pelo más gris que negro. Las arrugas marcándose en las comisuras de los ojos. La barba de tres días que se dejaba porque alguien le dijo una vez que le favorecía, a pesar de que a él le recordaba a su abuelo.

Era una de las paradojas con las que convivía. Esa, y el recuerdo de lo que pasó hace tantos años.

«Déjalo ya, basta», pensó. «Olvídate de eso de una vez».

Pero era como decirle a alguien que no piense en un elefante rosa. El recuerdo estaba ahí, presionando contra las paredes de su cráneo. Treinta años atrás. Él con doce.

«Para. Para ya, joder.»

El agua seguía corriendo. No podría haber dicho cuánto tiempo estuvo ahí, viendo cómo el agua se arremolinaba en el desagüe, pensando en lo que hizo y en cómo reparar el daño causado, hasta

que la puerta del aseo se abrió, tan lentamente que Álvaro percibió la sombra antes que el chirrido de las bisagras.

Levantó la vista hacia el espejo. La figura apareció en el reflejo, deformada por las manchas de cal del cristal.

—¿Q-q-qué haces tú aquí?

El teléfono suena justo cuando Tony Soprano está a punto de cargarse a alguien. Sergio pausa la serie —la habrá visto veinte veces, pero qué coño— y mira la pantalla del móvil. Es Mamá. Por supuesto. Sergio piensa que seguramente querrá preguntarle qué tal está, como cada día desde que se independizó. En cambio...

—¿Está tu hermano contigo?

Esa es nueva. La pregunta es tan absurda que Sergio suelta una carcajada antes de poder contenerse.

—Sí, mamá, aquí está. Estamos trenzándonos el pelo y contándonos secretitos. —Se arrepiente al instante de emplear ese tono con su madre, pero ya está dicho—. ¿Por qué iba a estar Álvaro conmigo?

—No ha venido a casa y no contesta al teléfono. —La voz de su madre parece cobrar un tono más agudo. Sergio nota que se le frunce el ceño. Baja los pies de la mesa. El suelo está frío pese al calor que hace. Mayo en Madrid y ya parece agosto.

—Tiene cuarenta y dos años, mamá. Puede hacer lo que...

—Que no, Sergio. —La voz de su madre tiene ese temblor que precede al llanto—. Tu hermano siempre avisa. Siempre. Le he llamado veinte veces. Ha pasado algo.

—¿Y qué quieres que haga yo? —suspira, porque ya sabe la respuesta.

Una sirena aúlla en la calle. Luego otra. Los perros del barrio responden con un coro desafinado. Sergio da un respingo. Es esa sensación que tienes cuando sabes que el día se acaba de ir a la mierda.

—¿Hoy tenía fútbol? —pregunta Sergio. Ahora ya requiere un esfuerzo mantener firme la voz. Hay algo en el tono de su madre que no le gusta.

—No. Su última clase terminaba a las seis.

Son las diez pasadas. Más de cuatro horas. Sergio respira hondo, aferrándose a una esperanza. ¿Ha salido por ahí y se ha dejado el móvil en el colegio? Plausible... si Álvaro tuviera vida social. Del instituto a casa, de casa al instituto. Esa es la vida de su hermano, como un péndulo aburrido. ¿Y si lo han atropellado? O tal vez ha decidido marcharse sin avisar a nadie y empezar de cero en otra parte. Es raro, pero la vida está llena de cosas raras. Y luego está aquello...

Hace años, cuando todavía se hablaban, Álvaro fue a su casa de visita y vio la escopeta de caza. Se le iluminaron los ojos como a un niño frente a un escaparate de juguetes. «¿Puedo cogerla? Solo quiero sentir el peso.» Sergio dijo que no, que con esas cosas no se juega. Álvaro no insistió, pero su expresión... Había algo ahí que no le gustó. Algo hambriento.

Nunca lo ha pensado, pero ahora sí le pasa por la cabeza: ¿fue ese el día que empezó a desconfiar del raro de su hermano mayor?

—Sergio, por favor. —Su madre ya no intenta disimular el llanto—. Sé que no os lleváis bien, pero... búscalo. Por mí.

—Vale, mamá. Ahora salgo. —Las palabras le salen despacio. Su cabeza ya está preparando la ruta que seguirá.

Cuelga y se queda mirando la noche por la ventana abierta. Las luces de los pisos parpadean como un código morse que nadie sabe descifrar. Abajo, las calles vacías esperan.

—¿Qué coño has hecho ahora, Álvaro? —murmura contra la cálida brisa.

Primero va al Lubina, el bar donde Álvaro a veces tomaba una caña los viernes. Aunque eso era antes. No confía en encontrarlo allí, pero nunca se sabe.

El dueño, un gallego con más años que Matusalén, niega con la cabeza desde detrás de la barra.

—Hace siglos que no viene por aquí.

Ya. Lo imaginaba.

El instituto donde Álvaro trabaja es la siguiente parada. La camisa de Sergio está empapada de sudor cuando llega al centro. A estas horas, el instituto debería estar cerrado, pero Sergio ve luz en la entrada. El bedel, un tipo con pinta de estar deseando jubilarse, está cerrando con un manajo de llaves que tintinean como campanillas.

—Disculpe. —Sergio se acerca rápido—. Busco a Álvaro Montiel. Es profesor aquí.

El bedel lo mira con fastidio.

—Se fue a mediodía. No lo he vuelto a ver.

—Su coche está ahí. —Sergio señala el Seat León gris en el aparcamiento—. Tenía clases esta tarde.

El bedel se encoge de hombros con esa indiferencia que solo tienen los funcionarios a punto de terminar su turno.

—A veces dejan el coche y se van andando. Yo qué sé.

—Necesito entrar.

—Ni hablar. El instituto está cerrado.

Sergio no tiene tiempo para negociar. Pasa junto al bedel y entra corriendo. Oye los gritos a su espalda —«¡Oiga! ¡No puede hacer eso!»— pero no se detiene. Accede al recinto, que está a oscuras y totalmente en silencio. Abre todas las puertas de la planta baja, donde solo hay aulas. Las revisa una a una, pero allí no hay nadie.

Sube las escaleras de dos en dos hasta una entreplanta donde hay unos baños. Tampoco, nada.

Cuarto piso, el de los profesores.

La sala de profesores está cerrada con llave. Prueba con el pomo dos veces.

Nada.

Al final del pasillo, el baño.

La puerta, entreabierta. Un hilo de luz se filtra desde dentro.

Sergio empuja la puerta con el pie.

Y lo que ve le hiela la sangre.

2

MÓNICA LAGO arrastra dos horas de sueño y un café a medio terminar que sabe a agua de fregar. La cafetera de su cocina ha muerto esta mañana. Jorge ni se ha inmutado. «Compra otra», ha dicho mientras se anudaba la corbata. Como si ella fuera su secretaria.

El ascensor de la Jefatura la escupe en el tercer piso. La oficina huele a lo de siempre: sudor masculino mal disimulado con desodorante y esa mezcla de comida recalentada que nadie admite haber traído. Otro glorioso día en el paraíso.

Arroja el vaso de cartón a una papelería, se ajusta la coleta y se sienta frente al monitor, que parpadea dos veces antes de mostrar la pantalla de inicio de sesión.

Revisa el móvil mientras espera. WhatsApp: tres mensajes de su madre, preguntando si irá a comer el domingo. Instagram: Jorge ha dado like a una foto de una tía en bikini. Qué sutil. Antes le mandaba mensajes cada mañana: *Buenos días, preciosa, ¿Qué hace mi inspectora favorita?* Chorradas, pero al menos se molestaba. Ahora, ni los buenos días.

Vuelve a WhatsApp para contestar a su madre:

Sí, iré.

«Sola, seguramente», piensa. Luego, añade:

¿Cocido?

Y una carita sonriente.

—Mónica.

Mercedes Escribano está de pie junto a su mesa. Agente administrativa, reina del Excel, maestra en recordar los cumpleaños de todos. Lleva puesta esa sonrisa inquebrantable y el uniforme oficial que realza su trasero. «¿Desde cuándo ese triste y ancho pantalón realza nada?», piensa Mónica cada vez que la ve. A ella le quedaba como un mono de fontanero.

Es difícil odiar a Mercedes —y no solo porque Paco dijera una vez: «¡Se parece un poco a ti, Mónica!»—, y sin embargo, ella la odia. Quizá sea porque, desde que llegó hace ya tres años, todos los tíos del departamento babean cuando pasa. «Es tan eficiente», dicen. Claro, eficiente. Por eso Moreno se ofrece a ayudarla con las fotocopias cada puta mañana. A Mónica le gustaría comprobar si dirían lo mismo si no luciera esa melena rubia tan brillante o si no tuviese el pecho firme o ese trabajado trasero. «Qué voz tan dulce», suspiran. Mónica preferiría escuchar un taladro.

—Yago quiere verte —dice Mercedes.

—Ajá.

Mercedes se queda ahí un segundo de más, como esperando algo. ¿Las gracias? ¿Una medalla? Mónica la mira hasta que Mercedes capta la indirecta y vuelve a su mesa.

Mónica pone los ojos en blanco. El día acaba de empezar y ya quiere que termine. Se levanta y llama a la puerta del inspector jefe con los nudillos por pura cortesía. Entra sin esperar respuesta.

Yago tiene un pie apoyado en la esquina del escritorio mientras revisa un informe con el ceño fruncido. Esa postura de adolescente en su cuarto. Cuarenta años y sigue comportándose como si la vida fuera una película de acción donde él es el protagonista *cool*. Lo peor es que le queda bien, al muy cabrón.

Mónica no envidia su puesto. Inspector jefe suena importante hasta que descubres que supone el doble de papeleo por un aumento de sueldo tan insignificante que podría considerarse testimonial. Ella está contenta con su modesta mesa en la oficina, donde trabaja con el resto de inspectores, incluido su compañero y mentor, Paco Cereceda. Lo que sí envidia es su silla. Ergonómica,

reclinable, con lumbar ajustable. Una silla que invita a dar vueltas como una cría de cinco años, aunque ella no haría eso. Bueno, tal vez cuando nadie mirase.

Al verla aparecer por encima de sus gafas, Yago se endereza y vuelve a apoyar el pie en el suelo.

—¿Querías verme? —dice Mónica, dejándose caer en la silla frente a él. La incómoda, por supuesto.

En una esquina de la mesa, el calendario del Ministerio asegura que es primavera y lo seguirá siendo cuatro semanas más. Pero en Madrid, el verano se ha adelantado este año. No se recuerda la última vez que llovió, y las ventanas devuelven un aire cálido y seco que hará el mes a los fabricantes y vendedores de ventiladores.

Yago se quita las gafas de leer y mira su reloj.

—Llegas tarde.

Mónica asiente.

—Lo sé. Lo siento. No estoy durmiendo bien últimamente. Anoche, Jorge y yo discutimos y...

Yago alza la palma para interrumpirla. Un «no tienes que darme explicaciones» que en un desconocido podría interpretarse como una arrogante exhibición de superioridad y rango. Pero Yago la conoce bien. Sabe por lo que ella está pasando. Y también sabe que una bronca de su jefe a primera hora de un martes no es lo que más le conviene.

—Sé que estáis pasando una mala racha —dice, tal vez un poco condescendentemente—, y sabes que puedes contar con mi ayuda. Pero eso no es excusa para descuidar tus obligaciones.

La busca con la mirada.

—¿Vale?

Mónica tarda un segundo en contestar. Siempre se ha llevado mal con la autoridad. Já, con esas cualidades cualquier día la nombran policía del año.

—Sí. Vale. ¿Querías verme solo por eso?

—No. —Yago se echa hacia atrás y cruza las manos en la nuca—. Anoche encontraron a un hombre muerto en el Instituto Nueva Esperanza. En Prosperidad.

Al oír ese nombre, Mónica se tensa. El Nueva Esperanza. Su instituto. Bueno, el instituto del que por poco la expulsaron antes de cumplir los diecisiete.

Yago suspira y vuelve a ponerse las gafas de leer:

—Álvaro Montiel, cuarenta y dos años. Era profesor de francés en ese mismo centro. Su hermano lo encontró con un cuchillo en el pecho.

Yago lo dice con ese tono neutro que usa para los asesinatos. Como si leyera la lista de la compra. Es su mecanismo de defensa, Mónica lo sabe bien. Se conocen desde la academia. Él entró tres semanas antes que ella. Siempre le gustó recordárselo cuando competían por ascensos.

Durante años, la comisaría entera cotilleaba sobre ellos. «Seguro que se acuestan», murmuraban los malintencionados en los pasillos. No era verdad. Hasta que Paloma, la mujer de Yago, falleció en un incendio en casa, ambos estaban felizmente casados.

Aunque hubo aquella noche, hace dos años. Cumpleaños de Paco, demasiados gin-tonics, Jorge en uno de sus viajes de trabajo. Mónica acabó vomitando en el baño de Yago mientras él le sujetaba el pelo. Durmió en su sofá. Punto. A la mañana siguiente, se moría de la vergüenza.

Ahora Yago es su jefe. Cinco meses desde el ascenso. Mónica todavía no se acostumbra a que le dé órdenes. A veces lo mira y ve al novato que se meó encima en su primer tiroteo. Difícil tomarse en serio a alguien después de eso.

—¿Un ajuste de cuentas? —pregunta Mónica—. ¿Drogas? ¿Deudas?

—Podría ser cualquier cosa. Yo ya no pienso nada.

—Ahora podría hacerte un chiste, jefe.

—Pero no lo harás. Quiero que Paco y tú os encarguéis del caso. Y no me llames jefe, ya lo sabes.

—¿Por qué?

—Porque lo dices con retintín. Y lo odio.

—No. ¿Por qué nos asignas el caso a nosotros?

—¿Qué te parece porque sois mis mejores inspectores?

Mónica hace una mueca.

—Lo sé, odias los cumplidos. Pero es la verdad. Eres la mejor que tengo. —Yago baja las gafas hasta la punta de la nariz, ese gesto de profesor que tanto le gusta—. Y también está el hecho de que la víctima diera clase en el Nueva Esperanza.

Mierda. Ahí está.

—¿Y?

—Que tú estudiaste allí, ¿no?

—Repito: ¿y?

—¿De verdad necesitas que lo explique?

Mónica menea la cabeza. No es que por defecto haga ascos a cualquier caso que el jefe le asigna. Al contrario, los asesinatos son lo único que la mantiene cuerda últimamente. Suena jodido, pero es la verdad. Un cadáver es un puzle. Tiene lógica, pistas, solución. No como su matrimonio, que es un caos.

Trabajar con Paco tampoco es problema. Sesenta y dos años, tres nietos, fotos en la cartera... La trata como a la hija que nunca tuvo. A veces es irritante, pero mayormente reconfortante.

El problema es el Nueva Esperanza.

Recuerda el baño del segundo piso donde se escondía a fumar. No porros, eso vino después. Marlboro robados del bolso de su madre. Quince años y ya con peor carácter que un guardia civil en agosto.

Recuerda el despacho del director. Sillas de plástico verde, olor a ambientador barato, el Cristo en la pared mirándola con reproche. «Señorita Lago, su actitud es inaceptable.» Lo oía tanto que podría haberlo bordado en un cojín.

Recuerda a Torregrosa, el de matemáticas. Cincuenta años, calvo, sudoroso. Un día lo pilló mirándole las tetas a Patricia durante un examen. Mónica se levantó, le tiró el examen a la cara y le llamó «puto viejo verde» delante de toda la clase. La expulsaron durante una semana. Su madre lloró. Su padre le habría dado una merecida bofetada, pero no tuvo la oportunidad.

—¿Qué pasa? —pregunta Yago.

—Aquel sitio era una cárcel. Y no precisamente porque me tuvieran encerrada.

—¿Tan mala estudiante eras?

—Digamos que el director y yo teníamos una relación muy estrecha. Él me llamaba «delincuente juvenil» y yo le llamaba «fascista de mierda». Buenos tiempos.

Yago suelta una carcajada.

—Vaya, ¿no eras una niña buena? —Se lleva las dos manos al pecho—. ¡Pero qué sorpresa!

—Ahórrate el sarcasmo, jefe. No te pega.

—Es verdad, ese es tu campo.

Yago deja el informe sobre la mesa sin dejar de sonreír.

—¿Sigues en contacto con alguien de allí? —pregunta.

«Patricia —se dice Mónica—. Pero eso es otra historia.»

—Con nadie importante.

—Bueno, pues ahora tienes la oportunidad de volver como la autoridad. Poético, ¿no?

—Poético sería que el muerto fuera Torregrosa.

—Mónica...

—Es broma. —No es broma del todo—. ¿Paco lo sabe?

—Ya va de camino, se reunirá contigo allí. Fernando y sus chicos están procesando la escena. Si te das prisa, puede que aún veas el cuerpo. Iban a llevárselo al forense a primera hora.

Mónica se levanta para marcharse.

—Ah, Mónica —dice Yago cuando ella ya está en la puerta—. ¿Te has apuntado a la fiesta de despedida?

—¿Qué fiesta de despedida? —pregunta, aunque ya sabe la respuesta.

—No te hagas la tonta. Organizo una barbacoa para la despedida de Paco. Ayer envié un email a todo el departamento.

Mónica no quiere ni oír hablar de ese tema. ¿La oficina sin Paco? No se lo imagina.

—Ah, todavía no sé si podré ir.

—Venga ya. He comprado una Weber nueva. Chuletones de Ávila, morcilla de Burgos...

—Ya —dice Mónica, y piensa: «Los hombres y su pasión primitiva por reunirse en torno al fuego y un pedazo de carne»—. Es que soy vegetariana.

—Y yo soy del Atleti. Anda ya.

Mónica se ríe.

—Deberías apuntarte. Por él —insiste Yago—. Piénsalo.

—Me lo pensaré —contesta Mónica.

No tiene intención.

3

SOLO UN PAR de meses después de salir de la academia, la imagen de la primera víctima de asesinato se quedó grabada en la retina de Mónica. Ahora lo llaman violencia de género, pero cuando estás frente a ese cuerpo frío y rígido y miras al fondo de esos ojos opacos, te das cuenta de que el asesinato no entiende de etiquetas. Da igual si es un yonqui en Vallecas o un banquero en Salamanca: cuando la vida se va, lo que queda es carne fría y preguntas sin respuesta.

La mujer, de cuarenta y seis años, había sido estrangulada por su marido tras quince años de matrimonio. Su visión hizo que Mónica vomitara en un contenedor después de ver el cadáver. Se sintió vacía y miserable durante días.

A ese caso le siguieron muchos otros. Mónica se fue acostumbrando. Cada mañana salía de casa preparada para ver cualquier cosa: rostros abollados, pechos agujereados, vientres acuchillados... Ocurre igual que con los forenses; es mejor no pensarlo y actuar. Es tu jodido trabajo. Punto.

Cada historia era menos sorprendente que la anterior. A medida que pasaba el tiempo, sentía mayor indiferencia. Doce años en la brigada de Homicidios te endurecen la piel, y Mónica ya no recuerda la última vez que vomitó por ese motivo.

Y así van las cosas hasta que hoy, Mónica se presenta en el instituto donde estudió para trabajar en un caso que llegará a atravesar su coraza.

El instituto la espera al final de la calle. Sigue igual que hace veinte años: ladrillo rojo, ventanas con marcos verdes y esa pinta de cárcel juvenil que tienen todos los institutos. El cartel de la entrada está más descolorido, eso sí. «Instituto de Educación Secundaria Nueva Esperanza». Qué ironía de nombre para un sitio donde, al menos ella, nunca se sintió esperanzada.

Paco está apoyado en la valla, fumando. Es un tío grandote de sesenta y dos años, de unos noventa kilos de peso, que resopla al respirar y luce un mostacho canoso que el tabaco ha vuelto amarillento. Lleva un traje de color gris ardilla que parece que ha dormido con él puesto y sostiene una carpeta bajo el brazo. Una mancha de tinta azul resalta en el cuello de su camisa.

—Llegas tarde —dice sin levantar la vista del móvil.

Segunda vez que tiene que oír la misma cantinela.

—Lo sé, lo sé. El tráfico era una mierda.

—El tráfico siempre es un caos. —Aplasta el cigarro con la suela—. ¿Preparada para volver al instituto?

—Tanto como para una endoscopia sin anestesia.

Paco suelta una risa de fumador crónico. Gravilla en una hormigonera.

—¿Te has peleado con la impresora otra vez? —Mónica señala la mancha con la barbilla.

—La muy cabrona explotó justo cuando imprimía el informe. —Le guiña un ojo—. Como una película de Tarantino, pero en azul.

Es su rutina: Paco hace un chiste malo, ella responde con sarcasmo, y así logran fingir que esto es solo otro día en la oficina. Que no están a punto de ver otro cadáver.

Mónica, que se quedó sin padre a los dieciséis cuando el metro lo aplastó y no conoció a sus abuelos, no esperaba encontrar un padre en el Cuerpo, pero eso fue exactamente lo que ocurrió... aunque a Paco ella le llama amigo, o colega, o socio, como haría cualquier persona adulta con un compañero de trabajo.

El día que se lo presentaron, Paco le tendió una mano del tamaño de una raqueta de tenis y le dedicó a Mónica una sonrisa torcida. «Así que tú eres la que multó al guardia civil por aparcar en doble fila.» No era una pregunta. Era admiración disfrazada de

sarcasmo. A ella le gustó esa sonrisa, aunque no era mujer de encariñarse con las personas a primera vista.

Fue Paco quien la sacó de Tráfico cuando nadie apostaba por ella. «Esta tía tiene lo que hay que tener,» le dijo al comisario principal. «Sácala de Tráfico antes de que se pudra.»

Y funcionó. Doce años después, aquí está, con más muertos en su currículum que aniversarios.

El agente de la puerta comprueba sus placas con una mezcla de aburrimiento y protocolo.

—El cuerpo ya va camino del forense —informa, levantando la cinta policial—. La escena está en el cuarto piso. Baño de profesores.

Mónica mira a Paco.

—¡Mierda! ¿Ya se lo han llevado?

Él se encoge de hombros.

—Te dije que has llegado tarde. Gregorio Velasco ya ha efectuado la inspección forense preliminar y el juez de instrucción ha levantado el cadáver del chico. Hace unos diez minutos se lo han llevado al anatómico, te lo has perdido por poco. El juez también se ha marchado; solo quedan los científicos, que siguen tomando fotos.

—Joder, quería verlo.

—Ya, pero el tráfico...

Eso ha sonado con demasiado sarcasmo. Mónica aprieta los dientes para no decir algo de lo que luego se arrepentiría.

—Oye, Yago ya me ha soltado la misma retahíla esta mañana. Lo último que necesito es que tú me la repitas como un loro. Ya sé cuáles son mis obligaciones, no soy una niña.

Mónica siente que las lágrimas calientes se acumulan en sus ojos. Sus problemas en casa están empezando a afectar su trabajo, extendiéndose como un tumor imparable, y eso sí que no puede permitírselo.

—Está bien, está bien. —Paco le pasa el brazo por detrás de los hombros, zanjando el tema.

Mónica y Paco entran en el edificio. Los pasillos del Nueva Esperanza se parecen mucho a los que aparecen en las series para adolescentes de televisión. Algunas como *Compañeros*, *Al salir de*

clase e incluso *Los Serrano* captan muy bien la atmósfera del lugar. Por supuesto, no pueden captar la esencia que emana de las pequeñas cosas: el débil hedor subyacente del sudor adolescente, el uso excesivo de desodorante, la leve sensación pegajosa de los bancos, las mesas y el linóleo; lo que a Mónica le gusta llamar los factores intangibles.

Suben por las mismas escaleras que Mónica recorría para escaparse de clase. En el segundo piso, mira de soslayo la puerta de su antigua aula. Torregrosa ya no está; se jubiló hace años. Lástima. Le habría encantado comprobar su cara de susto al verla.

Cuarta planta. La voz grave y metódica de Fernando Vara, el criminalista, los guía hasta el baño de profesores. Cuando llegan, lo encuentran dirigiendo a su equipo.

—El dúo dinámico —dice sin levantar la vista de su tablet—. Paco, me han llegado rumores. ¿Te retiras?

—Siempre se van los mejores. ¿No es lo que dicen?

—Pero si estás hecho un chaval. —Fernando sonríe y mira a Mónica medio segundo más de lo necesario—. Mónica, estás muy... —empieza, pero se lo piensa mejor—. Da igual. Pasad, que esto es un espectáculo.

El baño apesta. Rezuma ese olor dulzón a cobre oxidado que conoces si has estado en un matadero. O en demasiadas escenas del crimen. Se te mete en la nariz, en el pelo, en la ropa. Días después, sigues oliéndolo en la ducha.

El último cubículo parece el escenario de una película gore. Sangre seca en el suelo, salpicaduras tímidas, manchas y gotas que cuentan una historia de violencia en rojo sobre blanco.

—¿Parece un Jackson Pollock, no? —murmura Fernando sin levantar la vista de su tablet.

—El caso, por favor.

—Claro, perdona. —Carraspea y señala con el boli hacia el cubículo—. El hermano lo encontró anoche sobre las diez. La víctima estaba sentada contra la pared, con la cabeza ladeada hacia el váter. Como si se hubiera quedado dormido borracho, pero con dos incisiones en el torso. Dos heridas de arma blanca: una en el

abdomen y otra en el pecho. El cuchillo estaba clavado en la segunda...

Se detiene un segundo para humedecerse los labios, y Mónica sospecha que es a propósito, para darle un extra de dramatismo.

—...hundida hasta el mango. —Hace una mueca—. El agresor le tenía ganas. Además, la víctima tenía el mango agarrado, como si intentar extraerse el cuchillo fuera lo último que hizo.

Mónica estudia el patrón de salpicaduras. La sangre cuenta historias, si sabes leerla. Esta habla de odio visceral y rencor acumulado. Y también de un zapato: la marca de una suela impresa en sangre, nítida como una firma, clama atención junto al retrete.

—¿Y esa huella?

—Bota o zapatilla deportiva, suela de goma con patrón hexagonal. Ya está fotografiada y de camino al laboratorio. Si pillamos al tipo con el calzado adecuado, lo tenemos.

El tipo con el calzado adecuado. Como si fuera sencillo.

Mónica sigue examinando. Hay papel higiénico por todas partes, pegado al suelo como papel maché macabro. Alguien intentó limpiar y solo consiguió hacer más grande el desastre.

—¿Presentaba marcas de lucha?

—Bastantes. Tenía heridas defensivas en los antebrazos y las manos, y un corte en la mejilla izquierda. —Fernando desliza el dedo por su propia cara, marcando la trayectoria—. El tío se defendió hasta el final.

—¿Y el arma?

—Un cuchillo de cocina. Quince centímetros, de la marca Arcos, de los del Carrefour. —Fernando saca su móvil y muestra una foto—. También va camino al laboratorio, pero con tanta sangre y las huellas de la víctima... No soy optimista.

Paco se rasca el mostacho, pensativo.

—Confiemos en la autopsia —dice—. Gregorio Velasco ha dicho que la hará hoy mismo.

Fernando levanta una bolsa de evidencias.

—También encontramos esto en su mano derecha: pelos, cortos y blancos. Probablemente del agresor.

—Parece que se defendió tirando del pelo de su verdugo antes de morir —comenta Paco, hundiendo una mano en el bolsillo. Luego, sonriendo—: Solo tenemos que buscar a alguien con el calzado adecuado... y el pelo blanco.

—¿Dónde está el hermano? —pregunta Mónica.

—Tuvieron que sedarlo. Estaba histérico cuando llegaron los paramédicos. —Fernando se encoge de hombros—. Normal. No todos los días encuentras a tu hermano desangrado. Lo trasladaron al Doce de Octubre; supongo que ya le habrán dado el alta.

Mónica mira dentro del váter. En el agua turbia, rosácea, hay más papel flotando como nenúfares sangrientos.

—El asesino intentó deshacerse de las pruebas.

—O limpiar el escenario del crimen —dice Paco—. La gente hace cosas raras con el subidón de adrenalina. Una vez vi a un tipo intentar fregar las paredes después de matar a su mujer. Como si la lejía fuera a solucionarlo todo.

—Este no era un profesional —concluye Mónica—. Demasiado desorden. Demasiada improvisación.

Fernando asiente.

—O entró en pánico —sugiere, sombrío.

Salen al pasillo. El aire rancio del instituto es como respirar oxígeno puro después de la sangría del baño. En el aparcamiento, el Seat León de Álvaro está rodeado de cinta policial.

—El coche ya estaba aquí cuando llegó el hermano —dice Fernando, consultando sus notas—. Las llaves estaban en el bolsillo del muerto. Depósito a medias e ITV pasada. Ya lo hemos procesado: nada relevante, solo material escolar y una botella de agua.

Mercedes aparece cruzando el aparcamiento con su portátil bajo el brazo. Fernando se atusa el pelo de manera instintiva. Dos agentes de la científica dejan de cargar evidencias en la furgoneta para mirarle el culo de reojo.

—Yago me manda de refuerzo —anuncia Mercedes—. Para ayudar con la documentación. Ah, y ya he pedido los expedientes del profesorado y el listado de alumnos de la víctima. Deberían llegar después de comer.

Paco le agradece la ayuda con una sonrisa paternalista y ella se la devuelve.

—Genial —murmura Mónica sin mirarla, pero no le da las gracias. Ya tiene bastante con fingir que no le importa que todos los policías babeen cuando esa pánfila cruza una puerta—. Venga, Paco, vamos a hablar con los profesores.

Dejan a Fernando y Mercedes con su trabajo y regresan al interior del instituto, donde los profesores esperan en la sala de profesores como pollos en el matadero.

El director es el primero en ser interrogado. Un tipo de cincuenta y muchos, calvo y de piel cenicienta. Huele a tabaco como si hubiera fumado un paquete, se hubiera duchado y luego hubiera fumado otro por si acaso. Decir que apesta a nicotina sería generoso. Mónica tiene que contener la respiración mientras él habla para evitar una arcada.

—Álvaro era un buen profesor. Responsable y puntual. También entrenaba al equipo de fútbol infantil. —Tose, y su aliento es como abrir un cenicero—. Tuvimos algunos problemillas con las asignaciones de las actividades extraescolares este año. Padres quejándose, ya sabe. Álvaro no quería el equipo, pero alguien tenía que hacerlo.

La profesora de inglés, Miriam Browning, es la última que vio a Álvaro con vida.

—Hablamos a las seis, seis y diez —dice con voz aguda y temblorosa. Escuchándola, a Mónica le viene a la cabeza la imagen de una lechuza mojada—. Parecía... preocupado. Me fijé en que tenía un moratón en la cara. Dijo que era del boxeo, pero...

—¿Pero?

—Álvaro no hacía deporte, que yo sepa. Nunca lo había mencionado.

En el pasillo de la planta baja, el bedel es el último en ser interrogado. Está sudando como si hubiera corrido una maratón. Se seca la frente con un pañuelo que parece haber visto tiempos mejores.

—Hubo un hombre —dice, secándose el cuello—. Entró a eso de las cinco y media. Parecía enfadado; ya sabe, apretando la

mandíbula y caminando rápido. Lo recuerdo bien porque nunca lo había visto antes, y eso me llamó la atención. —Mira a Mónica—. Supuse que sería el padre de algún chico dispuesto a discutir la nota de su hijo. Si yo pensaba una, mi padre me pegaba con el cinturón. Eran otros tiempos. Ahora se la carga el profesor.

—¿Cómo era? —pregunta Paco.

—No sé... —Se pasa la mano por su rugoso mentón—. De mediana edad. Tenía tripita, pero sin llegar a gordo. Pelo corto, medio canoso. Un tipo normal. El típico que ves en cualquier bar.

Mónica lo anota todo en su cuaderno. Subraya «canoso» tres veces.

—Vale. ¿Algo más?

El hombre traga saliva. La nuez sube y baja como un ascensor averiado.

—El hermano de Álvaro, Sergio. Apareció cuando yo estaba cerrando. Serían las diez. Entró como un poseso. Le grité que el centro estaba cerrado, pero... —se encoge de hombros—. Me apartó de un empujón. ¿Qué iba a hacer yo? Tengo sesenta años y dos hernias.

—¿Viste salir del edificio al primer hombre? —pregunta Paco.

—Sí, al cabo de un rato.

—¿Sabes qué hora era?

—Seis y media. Seguro. Tenía la radio puesta y estaba empezando mi programa favorito, *El polígrafo*. ¿Lo conocen? Va sobre crímenes y eso.

Agradecen al bedel su colaboración y ambos inspectores se quedan en el pasillo terminando de organizar sus notas. Entonces, Mónica siente una mano en el hombro. Se tensa por instinto. Luego, una voz.

—¿Mónica?

Se gira y muestra su expresión más cordial, que es también la más fingida.

—Hola, Patricia.

Patricia Herrero sonríe con cierto rubor en los pómulos. Se ha cambiado de look: por fin ha abandonado ese flequillo hasta los ojos tan pasado de moda y se ha puesto mechas castañas. Le favorecen.

Se quedan mirándose. Tres años sin hablarse después de casi treinta de amistad. Ahora, visto en retrospectiva, aquella pelea fue una gilipollez.

—Sigues trabajando aquí —dice Mónica. No es una pregunta.

—Diez años ya. —Patricia juguetea con su collar. Siempre hace eso cuando está nerviosa—. Perdona, sé que llego tarde.

—No te preocupes, llegas justo a tiempo —responde Mónica, forzando una sonrisa.

Paco carraspea. Sutileza, nivel cero.

—Tenemos que seguir —dice.

Mónica revisa su cuaderno.

—Solo queda ella —dice, señalando a Patricia con el mentón—. Paco, te presento a Patricia, profesora de física. Patricia, este es Paco, mi compañero.

Se dan la mano. La de Paco, que es como un guante de boxeo, hace que la de Patricia parezca de muñeca.

—Patri, ¿me esperas fuera? —le pide Mónica—. Salgo en un minuto.

—Lo que necesites.

Mónica tiene una idea.

—Tengo hambre —dice sin pensar—. ¿Te apetece que comamos juntas?

Patricia sonríe. Se toma un par de segundos en responder. Se recoloca el asa del bolso sobre el hombro. Es obvio que la propuesta le ha sorprendido gratamente.

—¡Claro!

Patricia se aleja por el pasillo hasta salir por la puerta principal. Mónica la observa y siente algo removerse en su pecho.

—¿Amiga tuya? —pregunta Paco.

—Del colegio. Desde los seis años.

—Ah.

No dice más. No hace falta. Paco sabe leer los silencios mejor que las palabras.

—Ya hablo yo con ella. Tú puedes irte a casa.

—De acuerdo, disfruta de la comida. Esta tarde iremos a hablar con la madre del muerto.

4

MÓNICA OJEA EL menú plastificado como si fuera el código de Hammurabi, sin poder evitar que su mirada se desvíe hacia Patricia por encima de la carta.

—¿Desde cuándo el arroz con cosas por encima se considera un súper-alimento? —comenta Patricia—. Mi abuela lo llamaba ensalada de aprovechamiento.

Mónica deja el menú sobre la mesa con displicencia

—Todo es súper-algo ahora. Súper caro, sobre todo.

—Poesía —sonríe Patricia—. ¿Qué vas a pedir?

—Arroz y salmón, creo.

—Sigues siendo adicta al salmón.

—Soy un animal fiel a mis costumbres.

Intercambian una mirada más larga de lo habitual.

Pronto, una de ellas se levantará y se incorporará a la cola frente al Poke Paradise, pero de momento siguen sentadas tranquilamente a su mesa, disfrutando de la templada tarde.

La terraza está medio vacía. El sol, perezoso, lame los respaldos de las sillas metálicas, dejando un calor tibio que no calienta del todo. Mónica está sentada de espaldas a la calle, como siempre. Le gusta controlar lo que pasa dentro: el dependiente aburrido, la pareja que discute en voz baja, el viejo que lee el periódico con una caña caliente. Patricia, en cambio, se ha dejado caer frente a ella, con las piernas cruzadas y un cigarro encendido entre los dedos, como las protagonistas de las películas. Lleva el pelo recogido en

una coleta que la hace parecer más joven. Tiene cuarenta años, pero podría pasar por treinta. Siempre fue la guapa del grupo. En el instituto, los tíos hacían cola para invitarla a salir. Mónica era la amiga graciosa. La que les hacía los deberes de matemáticas a cambio de tabaco.

—Toma. —Patricia empuja un cenicero de plástico hacia Mónica con un guiño forzado—. Por si te animas a caer otra vez.

Mónica suelta una risa corta, negando con la cabeza.

—Ni loca. Lo dejé hace tres meses. Bueno, casi.

—Claro, *casi* —se burla Patricia, dando una larga calada. El humo se enrosca en el aire. No pregunta si molesta. Mónica tampoco dice nada.

—¿Te acuerdas del primer día que te dignaste a dirigirme la palabra? —Patricia exhala el humo por la nariz—. Estaba llorando en el baño como una idiota porque se reían de mi acento gallego.

—Les partí la cara a los tres.

—Teníamos seis años, Mon. No les partiste nada.

—Les tiré arena en los ojos en el recreo. Cuenta como agresión. Patricia se ríe.

—Mi heroína de primaria. Tantos años después y sigues partiendo caras. Solo que ahora te pagan por ello.

Mónica asiente con nostalgia. Añora esa época.

—Tienes cara de no dormir mucho —dice Patricia, dejando caer la ceniza en el cenicero.

—Gracias, mujer. Igualita que mi suegra.

Patricia vuelve a reír, una risa contagiosa que recuerda a noches de copas y mañanas de confidencias.

—Venga, Mon, que tú siempre has sido de las guapas. Aunque con esas ojeras pareces un mapache.

Mónica pone los ojos en blanco, pero ha de admitir que está a gusto. Por un segundo, es como cuando eran estudiantes y se pasaban las clases mirando a los chicos e inventando motes para los profesores. Mónica y Patricia siempre mantuvieron una relación especialmente cercana, pero eso cambió a raíz de la discusión. Ambas dijeron cosas de las que se arrepentían, y, probablemente,

tenían razón en algunas cosas y estaban equivocadas en muchas otras.

Antes de la pelea, quedaban a comer cada dos semanas. No lo perdonaban por nada; era su ritual. Al principio hablaban de todo: ligues, exámenes, jefes insoportables. Pero cuando Jorge apareció en la vida de Mónica, algo cambió. Mónica no paraba de mencionarlo —Jorge esto, Jorge aquello— y Patricia siempre encontraba la manera de cambiar de tema. Un «¿has visto la última de Netflix?» aquí, un «tengo que irme, se me hace tarde» allá. Las señales estaban claras: a Patricia no le gustaba Jorge. Las comidas se espaciaron. Las excusas se multiplicaron. Hasta que todo estalló.

—Será mejor que vaya a por nuestra comida —dice Patricia.

—Añade extra de aguacate a la mía.

—¿Tú nunca cambias?

Mónica alza la vista y sonríe, con la luz del sol ofendiéndola.

—Ese es mi súperpoder.

Patricia se levanta para ir a pedir. Mientras espera con impaciencia ese poke de salmón, con extra de aguacate y salsa de soja, Mónica observa a una pareja que discute en voz baja tres mesas más allá. Él gesticula, ella mira el móvil. Relación muerta, se nota a kilómetros. Piensa en su relación con Jorge y le sobreviene un ligero malestar.

Patricia vuelve con dos boles enormes y las bebidas (un matcha *latte* para ella y agua para Mónica).

—Con extra de aguacate para la señorita —dice, dejando el bol delante de Mónica—. Como siempre.

—Eres un sol.

—Ya. —Patricia se sienta y ataca su atún como si hubiera insultado a su madre—. Cuéntame. ¿Qué tal Yago?

Mónica casi se atraganta con el arroz.

Yago. Patricia estuvo colada por él desde el primer día que Mónica se lo presentó, poco después de entrar en la academia. «¡Tu amigo está buenísimo!», le dijo después, con esa cara de adolescente que pone cuando ve algo que le gusta. Nunca dijeron nada, pero Mónica apostararía su placa a que se liaron. Al menos una vez. Quizás dos.

—Ahora es mi jefe. Inspector jefe Flores, para ser exactos.

—¿En serio? —Patricia se ruboriza ligeramente—. Qué... bien.

—Ajá. Muy bien. Sobre todo cuando me da órdenes. —Mónica pincha un trozo de salmón—. Por cierto, su mujer murió hace no mucho. Por si tu mente estaba empezando a fantasear con una vida junto a él, tres hijos y un perro. Olvídalo. No es buen momento.

—No me interesa.

—Ya.

—Que no.

—Vale.

Patricia ataca el atún con más saña. Mónica sonríe. Algunas cosas no cambian.

—¿Y Jorge?

El nombre cae entre ellas como una bomba.

—Bien —miente Mónica.

Patricia enarca una ceja y la mira con esa expresión que significa: *no me jodas*.

—Mon...

—Bueno... —Mónica juega con el arroz—. Hemos tenido rachas mejores.

—¿Qué ha pasado?

La pregunta del millón. ¿Qué coño ha pasado? Hace tres años eran la pareja perfecta. Luna de miel en París, piso nuevo en Chamberí, planes de futuro... Era como un puñetero cuento de hadas. Solo faltaba la guinda del pastel y su vida sería tan ideal que todos la odiarían. Entonces ocurrió el contratiempo. Y todo se fue a la mierda.

—No lo sé. —Y es verdad. No lo sabe—. Es como si fuéramos dos extraños compartiendo hipoteca.

Patricia no dice nada, pero Mónica sabe lo que piensa. Lo mismo que le dijo la noche de su despedida de soltera, con tres gin-tonics encima:

—No te cases con él. No es para ti. Te mereces algo mejor.

A Mónica, aquello la enfureció. No tenía derecho, no conocía a Jorge. Eso fue lo que le gritó. Patricia se marchó del bar sin

despedirse. Mónica la echó de su vida por eso. Orgullo, claro. Y rabia. Patricia no fue a la boda.

Y Mónica la borró de su vida.

Ahora, tres años después, Mónica se pregunta si no debería haberla escuchado.

—No digas nada —advierte Mónica.

—No iba a decir nada.

—Mejor.

Mónica resopla, frotándose las sienes. No quiere pelear. No hoy, y menos con ella.

Comen en silencio. Patricia rebaña el fondo del cuenco de cartón y exhala un suspiro de satisfacción. Mónica mira su matcha *latte* con repugnancia; tiene pinta de ser lo más asqueroso del mundo. Aun así, hace un esfuerzo y le roba un sorbo. Una excusa como cualquier otra para retomar el buen rollo.

—Joder, esto sabe a césped recién cortado.

—Es antioxidante.

—El césped también y no me lo bebo.

Patricia suelta una carcajada. Esa tan contagiosa que Mónica echaba de menos. Así como cuando tenían diecisiete años y se colaban en las discotecas con DNIs falsos. O como cuando Patricia vomitó en los zapatos del director en la fiesta de graduación. Buenos tiempos.

—Bueno —dice Mónica, volviendo al modo policía—. Álvaro Montiel.

Patricia se pone seria.

—¿Qué quieres saber?

—Lo conocías, ¿no?

—Sí, claro. Los dos damos clase en secundaria. O *dábamos*...

—¿Cómo era?

Patricia arruga la nariz.

—Mira, no te voy a soltar el rollo típico que se dice cuando alguien muere. Lo de que era un santo y tal.

—¿Os llevabais mal?

—No, no es eso. —Patricia juega con el tenedor vacío—. Álvaro era... un poco raro. ¿Sabes esos tíos que están pero no están? Pues

eso. En la sala de profesores, se sentaba en la esquina, comía su tupper mirando al móvil... Ni buenos días, ni hasta luego. Como un fantasma.

—¿Tenía enemigos?

—¡Ni que esto fuera la mafia, Mon! Es un instituto público. Más allá de padres cabreados, alumnos suspendidos y compañeros que te odian porque tienes mejor horario, aquí nadie tiene enemigos. — Patricia se encoge de hombros—. No para cometer un asesinato, desde luego.

—¿Lo viste el día que murió?

Patricia asiente.

—En la sala de profesores.

—¿A qué hora?

—A mediodía.

—¿Cómo lo notaste? ¿Algo raro?

—Estaba nervioso. Se sobresaltó cuando entré. Y, ahora que lo pienso, vi a Álvaro discutiendo con el director. Por las clases de fútbol, creo. No le di importancia y pasé de largo.

Mónica anota todo en su libreta mental. Patricia no tiene mucho más que añadir.

—¿Crees que podría haber sido un alumno? —pregunta Patricia.

—No lo sé. Podría haber sido cualquiera, me temo.

—Qué trabajo más jodido el tuyo, tía.

—Tiene sus momentos.

Terminan de comer. Patricia paga —«yo invito, que cobro más que tú»— y caminan hacia el coche de Mónica.

—Ha estado bien —dice Patricia—. Volver a vernos.

—Sí.

Se quedan ahí, sin saber muy bien cómo despedirse. ¿Dos besos? ¿Un abrazo? ¿Un apretón de manos?

Patricia la abraza. Lleva el mismo perfume de siempre.

—Si necesitas hablar... —empieza Patricia.

—Lo sé.

—Lo de Jorge, quiero decir.

—Ya. Gracias.

Se separan. Patricia vuelve al instituto caminando. Mónica se sube al coche.

No ha sacado mucho sobre Álvaro. Un tipo raro y distante. Vaya novedad. Pero al menos ha recuperado algo que creía perdido: una amiga. De las de verdad. De las que te dicen que tu marido es gilipollas aunque no quieras oírlo.

Arranca el coche y pone rumbo de vuelta a Jefatura. Dentro de media hora ha quedado con Paco. Irán a hablar con Lola y Sergio, la madre y el hermano de la víctima, respectivamente. Confía en salir de esa visita con una imagen más clara de quién era Álvaro Montiel. En la radio, alguien habla sobre una ola de calor que viene de África.

Como si Madrid necesitara más calor.

5

—¿QUÉ vio cuando llegó al baño?

La pregunta de Mónica sale dirigida como una flecha hacia Sergio Montiel. Él fue quien encontró el cadáver de su hermano y, por lo tanto, el que mejor puede describir la escena. Incluso aún mejor que Fernando Vara y su equipo de sabuesos.

Mónica conoce bien este momento: el instante exacto en que la investigación choca con el dolor humano. Como inspectora, ha aprendido que la parte emocionante del trabajo queda en pausa al tocar el timbre de la familia de la víctima. Es entonces cuando el caso deja de ser un expediente y se convierte en lágrimas reales y silencios pesados.

Hace un rato, cuando han llamado al telefonillo del bloque de ladrillo rojo en Prosperidad, Lola Robles les ha abierto sin preguntar quiénes eran. Como si ya no importara. Como si, tras perder a un hijo, cualquier otra amenaza fuera irrelevante.

Mónica y Paco han tomado el ascensor (un viejo y ruidoso aparato del siglo pasado) hasta el tercero. Han venido para presentar sus condolencias a la familia directa de Álvaro y, de paso, obtener toda la información posible sobre lo que ocurrió ayer.

La mujer que les ha recibido en el descansillo tenía los párpados hinchados y enrojecidos, con dos medias lunas violáceas bajo unos ojos que habían llorado hasta quedar secos. Setenta años mal llevados, el cabello teñido de un castaño que intentaba disimular las canas rebeldes, y ese aire de clase media española que se aferra a

las apariencias incluso cuando el mundo se derrumba. Se ha hecho a un lado sin decir palabra.

El piso estaba en penumbra. Las persianas medio bajadas filtraban una luz amarillenta que convertía todo en sepia, como una fotografía antigua. Ni una sola lámpara encendida. Claro que el sol pega fuerte y los días cada vez se alargan más, pero ya cae la tarde y Lorenzo ha comenzado su descenso hacia el horizonte madrileño. Mónica se ha descubierto moviéndose con cuidado, casi de puntillas, pues el ambiente que reinaba en la casa no propiciaba otra cosa.

No estaban solos. En el salón les esperaba Sergio, el hermano. Treinta y tantos años y complexión de corredor compulsivo: hombros estrechos, brazos fibrosos y esa delgadez nerviosa de quien quema la ansiedad a base de kilómetros. La mandíbula angular se le marca demasiado, como si apretara los dientes incluso dormido. Las manos le tiemblan ligeramente —«no es el café», piensa Mónica, «es el shock que todavía no ha procesado»—. Tiene los ojos hundidos y enrojecidos, con esa mirada que no se fija en nada porque está viendo algo que los demás no pueden ver: el cadáver de su hermano, probablemente, reproducido en bucle en el teatro de su mente.

Lo que más ha sorprendido a Mónica es el contraste del lugar. El edificio es viejo, el barrio humilde, pero el interior del piso parece sacado de una revista de decoración: sofás de diseño italiano, una Smart TV que ocupa media pared, electrodomésticos de esos que cuestan lo que ella gana en dos meses... Como encontrar un Porsche aparcado en un desguace.

Lola ha servido agua para todos con movimientos automáticos, esos que haces cuando necesitas mantener las manos ocupadas para que no tiemblen, y se ha sentado junto a su hijo con las manos entrelazadas sobre las rodillas.

—Somos los inspectores Mónica Lago y Paco Cereceda —se ha identificado Paco con esa voz suave que reserva para estos momentos—. Sentimos mucho su pérdida.

Ellos han asentido en silencio. Acto seguido, Mónica les ha pedido permiso para realizar algunas preguntas. Y aquí están ahora,

esperando que Sergio encuentre las palabras para describir lo indescriptible.

—Mi hermano estaba... —La voz le sale rota, un susurro que apenas cruza la mesa de centro—. Cubierto de sangre.

Mónica espera. Ha aprendido que el silencio a veces dice más que las preguntas.

Paco tampoco dice nada.

—Sentado en ese baño —continúa Sergio después de dar un trago de agua—. Con el pecho rojo. Y ese puñal clavado. Su mirada...

Se detiene. El llanto le impide seguir hablando.

—Tranquilo —le calma Paco.

Pero no hace falta que termine. Mónica conoce esa mirada a la que se refiere. La ha visto demasiadas veces.

—¿Saben quién lo hizo? —La voz de Lola surge de repente, afilada por la rabia. Saca un pañuelo de tela del bolso, de esos que ya nadie usa, y se lo aplica con cuidado en la comisura del ojo.

—Eso es precisamente lo que vamos a averiguar —responde Mónica.

—Parece muy segura.

—Lo estoy.

Guardan silencio. Mónica espera, mientras piensa en cómo abordarlo. Hay preguntas que necesita hacer, pero esta mujer acababa de perder a su hijo. Hay que caminar con cuidado ante el riesgo de tropezar con una mina terrestre emocional.

—Necesitamos que nos cuente todo lo que hizo ayer, desde que notaron la ausencia de Álvaro hasta que lo encontró —dice Mónica, volviendo la atención a Sergio—. En orden, si es posible.

Lola pasa un brazo sobre los hombros de su hijo, un gesto maternal que parece darle fuerzas, porque cuando Sergio vuelve a hablar, su voz suena más firme:

—Estaba en mi casa cuando mi madre llamó preocupada porque Álvaro no había llegado. Eran las diez menos cinco, lo he comprobado en el móvil. —Mónica busca confirmación en el rostro de Lola, que asiente levemente—. Salí a buscarlo. Primero fui al bar donde suele... donde solía ir. Nada. Nadie lo había visto. Entonces

pensé en el instituto. Tal vez se había mareado o se había quedado encerrado... Yo qué sé. Lo encontré en el baño del cuarto piso.

—¿Tiene alguna teoría sobre lo que pasó? —pregunta Mónica.

—¡Que alguien lo mató! —La voz de Lola estalla como un petardo—. ¡Eso es lo que pasó!

El tono acusador golpea a Mónica como si ella tuviera la culpa, como si todos los policías del mundo fueran responsables de no haber estado allí para impedirlo. Sergio toma la mano de su madre, un gesto que invierte los roles por un instante.

—Tranquila, mamá —susurra. Luego se vuelve hacia los inspectores—. La verdad es que Álvaro y yo... éramos uña y carne de niños, pero los años nos fueron separando. No sabría decirles qué problemas tenía exactamente. A veces creemos conocer a nuestros seres queridos, pero...

De nuevo, no puede terminar la frase.

—¿Cuándo empezó a sospechar que algo iba mal? —Mónica dirige ahora la pregunta a Lola.

La mujer se libera suavemente de la mano de su hijo y se inclina hacia adelante, como si quisiera asegurarse de que los inspectores no se pierden una sola palabra de lo que tiene que decir.

—Álvaro era un hombre de costumbres. Salía del instituto para comer y casi siempre venía a casa, pero ayer no. Luego volvía para las clases de la tarde. A veces, al terminar la jornada, paraba en el bar a tomar algo rápido y llegaba a casa antes de las nueve, que es cuando cenamos siempre. Ayer tenía preparados sanjacobos, su comida favorita desde niño.

Mónica intercambia una mirada con Paco. Habla de su hijo como si tuviera quince años. Sanjacobos, su plato favorito desde niño. Un hombre de cuarenta y tantos que pide permiso para salir. Hay algo profundamente erróneo en esta dinámica, algo que va más allá del hijo que le cuesta abandonar el nido.

—Si se quedaba por ahí hasta tarde o dormía fuera, siempre me avisaba —añade Lola, como si les leyera el pensamiento—. Pero ese día no lo hizo. Normalmente, entre semana cenaba y dormía en casa. Le gustaba acostarse temprano porque al día siguiente tenía que madrugar.

—Entiendo. ¿Qué más? —pregunta Mónica.

—A las nueve y pico empecé a preocuparme. Lo llamé al móvil, pero no me contestó. Probé con el bar donde él iba siempre, pero no lo habían visto. Luego llamé a mi hijo —acompaña la frase apoyando una mano temblorosa en la rodilla de Sergio—. Para entonces ya estaba al borde de un ataque de nervios. ¿Sabe lo que es eso? ¿Saber que algo va mal pero no poder hacer nada?

Mónica lo sabe. Claro que lo sabe. Recuerda muy bien esa sensación de impotencia mientras esperaba las palabras del médico. El reloj del hospital marcaba las 3:47 cuando todo cambió. Cuando las palabras del médico convirtieron la esperanza en ceniza. Cuando supo, antes de que se lo dijeran, que algo iba terriblemente mal.

—Lo entiendo perfectamente, señora Robles —dice Mónica, y lo dice de verdad. Paco señaló una vez que Mónica sentía un exceso de empatía por las personas, y cuando ella contestó: «Lo dices como si fuera algo malo», Paco dijo: «En este oficio, podría serlo»—. ¿Qué más pueden contarnos sobre Álvaro? Su vida, sus rutinas...

Lola cierra y abre las manos convulsivamente, una y otra vez, clavando la mirada en Mónica hasta que esta tiene que apartar la vista. Observa de nuevo la estancia, los muebles caros, el contraste. Cualquier cosa con tal de no enfrentarse al dolor en los ojos de esa madre. Observa un jarrón Lladró en la repisa. Una fortuna de porcelana española vigilando un piso donde las paredes tienen grietas como venas varicosas. El dinero tiene que venir de algún lado, y Mónica apostaría su placa a que no es de la pensión de esa mujer.

—Mi hijo estaba divorciado —comienza Lola con voz monótona, como si recitara un informe—. Luz, su exmujer, lo dejó hace cuatro años. Fue por las deudas... Álvaro tenía problemas con el juego. Apostaba más de lo que podía permitirse. Por eso ella se fue. Por eso tuvo que vender la casa, malvenderla más bien. Y por eso volvió aquí, conmigo.

Mónica y Paco se miran de nuevo.

—¿Dónde está ella ahora?

—Se fue a París, o eso creo. La verdad es que le perdí la pista. No quiere saber nada de nosotros. No tenemos forma de contactar

con ella.

Paco anota el dato en su libreta.

—¿Álvaro dormía bien? —pregunta Mónica—. ¿Había notado cambios en su comportamiento últimamente?

—Apenas dormía. Se levantaba a las tres o a las cuatro de la madrugada. Lo oía caminar por el pasillo. A veces salía a la terraza a fumar, aunque se suponía que lo había dejado.

—¿Sufría amenazas? ¿Alguien que quisiera hacerle daño?

—Los del juego —responde Lola—. Esos a los que debía dinero. Aunque últimamente parecía más tranquilo. Decía que había encontrado la manera de solucionarlo todo.

Paco levanta imperceptiblemente la ceja izquierda —su gesto de «aquí huele a mierda»— y Mónica responde con un casi invisible encogimiento de hombros que significa «ya lo sé, pero cállate». «La manera de solucionarlo todo». Cuántas veces habrán oído esa frase antes de que todo se fuera al carajo.

El interrogatorio continúa otros veinte minutos. Más detalles, más lágrimas contenidas, más silencios incómodos. Antes de marcharse, piden ver el dormitorio de Álvaro.

—Es el protocolo —explica Paco—. Por si encontramos algo importante para la investigación.

El dormitorio es un estudio en contradicciones. La cama individual pegada a la pared —la misma que probablemente tuvo de adolescente, con el cabecero de madera oscura y arañazos de décadas— contrasta con el portátil MacBook de último modelo sobre el escritorio. Hay dos mundos chocando: el del niño que nunca se fue y el del adulto que tuvo que volver.

Las paredes conservan las marcas de las chinchetas donde antes colgaban pósters. Ahora solo cuelga un cuadro, uno de esos paisajes genéricos que compras en Ikea cuando necesitas llenar un vacío. La mesilla de noche está atestada: un vaso de agua con cerco de cal, pañuelos de papel y el cargador del móvil enredado con el cable de unos auriculares. El armario entreabierto deja ver camisas planchadas junto a sudaderas viejas del instituto donde impartía clase.

Lo más triste es el intento de dignidad: una colonia cara sobre la cómoda, los zapatos de vestir perfectamente alineados bajo la ventana, una corbata colgada en el pomo del armario como si mañana fuera a tener una cita importante. Son los pequeños gestos de un hombre que intenta convencerse de que esto es temporal, de que algún día volverá a tener su propia vida.

Mientras Paco consuela a Lola, Mónica examina las pertenencias de la víctima, buscando algo de interés, tal vez una pista que les abra una vía para encontrar al asesino. Abre armarios y rebusca entre la ropa. Mira detrás de las cortinas y hasta debajo de la cama, donde encuentra una revista porno de los noventa, con las páginas pegadas por el tiempo y el uso. «Qué clásico», piensa Mónica. «Un cuarentón viviendo con mamá y tocándose como un quinceañero». En uno de los cajones de la mesilla, encuentra algo que despierta su interés. Tal vez no sea la pista definitiva para resolver el caso, pero sí es interesante al fin y al cabo.

Ni lo pienses, le dice una voz interior, una a la que rara vez hace caso, aunque le iría mejor si eso cambiara.

Cuando finalmente se despiden, Mónica siente el peso del día en los hombros.

—Manténganse en contacto —dice Paco en la puerta—. Cualquier cosa que recuerden, por pequeña que parezca...

—La encontrarán —dice Lola de repente—. A la persona que hizo esto. La encontrarán, ¿verdad?

—Haremos todo lo posible —responde Mónica, y odia lo vacías que suenan esas palabras. ¿Cuándo se convirtió en un cliché de novela policiaca barata?

En el ascensor, Paco la mira de reojo.

—¿Te apetece una caña? Para quitar el mal sabor.

—Mejor me voy a casa —miente Mónica.

Paco asiente. Su silencio es elocuente. Sabe que las cosas con Jorge no van bien, aunque Mónica nunca se lo haya dicho

explícitamente. Los buenos compañeros no necesitan palabras para estas cosas.

Lo que Paco no sabe es que Mónica no llegará a entrar en casa. Aún no. Hay otro lugar al que debe ir primero. Otra cosa que hacer.

Y querrá hacerlo sola.

6

EL MINI COOPER DE MÓNICA lleva diez minutos aparcado frente al portal con el motor apagado, pero ella no sale. Arriba, en el quinto piso, la luz del salón proyecta un rectángulo amarillento contra las cortinas. Mónica se queda un buen rato observando a través de la luna del coche, sin ver nada.

Se siente sola. Mirar a la muerte a la cara siempre le da que pensar. Los rostros desencajados de Lola y Sergio se le han quedado grabados. ¿Lloraría Jorge así por ella? Paco sí. Yago también, a su manera. ¡Incluso la pánfila de Mercedes! Pero de Jorge... lo duda. Y eso la llena de pena. Probablemente esperaría un tiempo prudencial antes de consolarse con la becaria.

Qué pensamiento más jodido para un martes por la noche.

«Al menos —se dice, buscando el lado positivo—, puede que hoy haya recuperado a una amiga». El almuerzo con Patricia ha sido de lo poco salvable del día.

La luz del quinto parpadea —alguien pasa por delante de la ventana— y Mónica siente ese pellizco familiar en el estómago. El mismo que sentía de adolescente cuando había suspendido un examen y tenía que entrar a casa a dar explicaciones.

Qué patético. Cuarenta años y sintiéndose como una cría.

Hace no tanto, habría subido las escaleras de dos en dos, habría abierto la puerta con una sonrisa idiota en la cara y le habría plantado un beso a Jorge antes incluso de quitarse la chaqueta. Ahora, el simple hecho de pensar en cruzar ese umbral le produce

una fatiga infinita. Simplemente, no tiene fuerzas para otra discusión que no llevará a nada.

¿Cómo han llegado a esto?

Sabe la respuesta, claro. La respuesta tiene fecha y hora: 15 de junio del año pasado, 3:47 de la madrugada. Y olor a desinfectante hospitalario. Y sabor a lágrimas tragadas.

Pero no es solo eso. O tal vez sí. Tal vez todo lo demás —los silencios, las mentiras— sea consecuencia de ese momento. Como fichas de dominó cayendo a cámara lenta.

Enciende la radio. Spotify escupe a Andrés Calamaro cantando algo sobre palomas y cazadores. Lo apaga. El silencio es peor, pero la música tampoco ayuda. Nada ayuda últimamente, excepto...

Excepto el trabajo.

En situaciones como esta, en las que solo quiere mandarlo todo a la mierda, el trabajo es lo único que aún parece tener sentido. Un cadáver es un problema que se puede resolver. Un asesino es una ecuación que tiene solución.

Y hablando de problemas solucionables...

Desde que estuvieron en casa de Lola Robles, tiene una idea rondando en su mente.

Una idea traviesa.

«Que deberías olvidar cuanto antes, y bien lo sabes».

Su mano va sola al bolsillo, donde un manojo de llaves produce un tintineo metálico. Las saca y las observa bajo la luz mortecina del coche. Cada llave tiene su etiquetita perfectamente rotulada: *Gimnasio. Sala de material. Sala de profesores.* Pertenecen a Álvaro, pero, en fin, él ya no las va a necesitar.

No lo hagas, le advierte esa voccita interior que suena sospechosamente a Paco. *Es allanamiento. Es ilegal. Es una estupidez monumental.*

Arranca el coche.

El instituto, que está al final de la pendiente, ahora parece abandonado bajo la luz de las farolas. Mónica aparca en la calle de un único sentido que pasa por detrás de la escuela y toma su linterna de la guantera. No es que espere encontrarse con alguien —son casi las diez de la noche—, pero la paranoia es una vieja amiga

en este trabajo y no quiere que nadie la vea entrar. Los arbustos del parque le brindan la cobertura necesaria mientras, a hurtadillas, se acerca a la verja de hierro. Arriba, en un arco, letras de forja forman la palabra Nueva Esperanza. El lugar no es intranquilo; la autopista pasa cerca y el viento fresco trae el zumbido constante del tráfico.

Titubea un instante. Podría ir de cara. Esperar a mañana y entrar durante el día, con Paco, como una inspectora normal.

Sí, podría.

Pero no quiere.

Seguir lo establecido no le ha ido demasiado bien hasta ahora.

Saca las llaves de Álvaro del bolsillo. Las ha robado esta tarde — sí, robar, llamémoslo por su nombre— mientras Paco consolaba a la madre. Un impulso estúpido. De esos que la meten en líos.

Pero los líos son mejores que subir a casa y fingir que todo va bien. Que el 15 de junio no existió.

Ahora, Mónica sonríe entre dientes. En un mundo donde cada vez estamos más cortados por el mismo patrón, ella se enorgullece de saltarse las normas de vez en cuando y vivir al margen de la manada.

Lanza una mirada por encima del hombro para asegurarse de que no la han seguido e inserta la llave con la etiqueta VERJA. La puerta cede con un leve gemido y Mónica entra, confiando en que en el vecindario nadie aparte los ojos del show de Pablo Motos para mirar por la ventana y ver a esa mujer rubia de mediana edad entrando al instituto a horas intempestivas.

Cierra la verja tras de sí y escucha el chasquido del cerrojo.

Hace lo mismo con la puerta de acceso al edificio, que se abre con la tercera llave. Esta chirría ligeramente al abrirse, pero, de nuevo, confía en que ninguno de los vecinos la haya oído.

El vestíbulo está sumido en una oscuridad tan espesa que casi se puede tocar. Si el instituto ya le da escalofríos durante el día, entrar a oscuras resulta aterrador. Pero no quiere arriesgarse a encender las luces.

De repente recuerda, aliviada, la linterna y reza para que la batería esté cargada. Por suerte, lo está. El resplandor de la luz la tranquiliza un poco. Ante ella se revela el tablón de anuncios, los

trofeos polvorientos en sus vitrinas y el horario de autobuses que seguramente nadie consulta porque todos tienen móvil.

Camina hacia las escaleras. En el segundo piso se detiene. ¿Ha oído algo? No. Solo el viento contra las ventanas y el zumbido lejano de la M-30.

Sube hasta la última planta. En realidad, ni ella misma sabe qué ha ido a buscar allí. Solo espera que ningún vecino, o alguien que pase por allí, vea la luz y llame a la policía.

El pasillo se extiende ante ella como una garganta oscura. A la izquierda, el despacho del director —una sombra más densa entre las sombras—. Bermúdez lleva una década jubilado, pero los lugares guardan memoria. Mónica puede sentirlo: el olor a tabaco barato y colonia rancia, el crujido de su silla cuando se inclinaba para gritarte.

«¡Lago! ¡Eres un desastre!»

Dieciséis años. Un Fortuna entre los dedos en el baño del segundo piso. Una hora de pie mientras ese desalmado le escupía su futuro de mierda, de cómo acabaría siendo una don nadie, una fracasada más. Las palabras se le clavaron como chinchetas en el cerebro, y ahí siguen, oxidándose.

Pasa de largo. La placa de inspectora pesa en su bolsillo como una pequeña venganza.

Entonces lo ve.

Álvaro.

Al final del pasillo, tambaleándose hacia ella. La camisa blanca convertida en un mandil de carnicero. El mango del puñal sobresaliendo de su pecho. Los ojos —Dios, los ojos— mirándola sin mirar, vidriosos como canicas sucias.

No está allí. Lo sabe. Es su cerebro jugándole una mala pasada. Pero el corazón no entiende de lógica y se le dispara como si quisiera salirse por la garganta.

«Para ya. Céntrate.»

Utiliza otra de las llaves del manojó para entrar a la sala de profesores. Cuando cruza el umbral, una angustia la golpea. Dentro, el aire está viciado, cargado con el aroma rancio del café recalentado y los tupperes olvidados. Barre la estancia con la linterna; los estores están corridos y las lámparas apagadas. Es un espacio amplio, con

varias mesas ordenadas en hileras, una pizarra blanca con restos de rotulador que nadie se ha molestado en borrar del todo y espacios separados por grandes librerías a modo de biombos. La sala está ordenada, y lo único que perturba el orden es una taza de café sucia sobre una de las mesas; por su diseño, con unicornios, purpurina y la frase *But first, coffee* en letras cursivas, Mónica duda que pertenezca a Álvaro. La mezcla de tonos verdes y naranjas en las paredes, que ella recuerda tan bien de su niñez, ha sido sustituida por otra más clara, en tonos blancos y azules. Al igual que las aulas y los baños, la sala de profesores fue reformada después de que Mónica terminara la educación obligatoria, pero el ambiente opresor y carcelario no ha desaparecido. Al menos, es la impresión que le da a ella, y eso nunca cambiará, por muchas reformas que se acometan.

Se le eriza el vello de la nuca al pensar que, hace solo unas horas, Álvaro Montiel respiraba este mismo aire y tocaba estos mismos muebles.

Mira a su alrededor, buscando cartas, fotografías, signos de que Álvaro pudiera estar en problemas. En la pared, junto a la puerta, hay un armario con compartimentos, cada uno con su candado y etiqueta, como las taquillas de los institutos americanos.

«¿Los cajones personales de los profesores?»

Mónica se dirige directamente hacia allí. Encuentra la taquilla de Álvaro Montiel en la segunda fila, tercera por la izquierda, y se da cuenta de que no tiene candado. La abre y apunta dentro con la linterna. En su interior encuentra: un maletín de cuero desgastado, un cargador de portátil enrollado con una goma elástica, un termo que aún huele a café rancio cuando lo abre, un paraguas plegable, una caja de ibuprofeno y unas gafas de repuesto en su funda. Nada, absolutamente nada que grite «me van a matar», «debo dinero a gente peligrosa» o siquiera «tengo un secreto oscuro».

Está a punto de cerrar cuando lo oye. Un sonido que le hiela la sangre. El inconfundible ruido de un motor en el aparcamiento.

«Mierda. ¿Y ahora qué?»

El haz de la linterna tiembla mientras la apaga de golpe. La oscuridad la envuelve como una manta húmeda. Escucha la puerta

principal abrirse cuatro pisos más abajo. Luego, pasos. Decididos, no vacilantes. Alguien que conoce el camino.

«Piensa. Rápido.»

No puede salir. Alguien está subiendo las escaleras —puede oír el ritmo constante de los pasos, cada vez más cerca—. La ventana no es una opción, a menos que quiera explicar cómo una inspectora de policía terminó con las dos piernas rotas en el patio de un instituto.

Los pasos se acercan cada vez más. Luego se detienen, como si la persona en cuestión dudara un instante ante la puerta de la sala de profesores.

«No me jodas que va a entrar también aquí».

Mónica se mueve por instinto más que por lógica, rodeando una estantería-biombo hasta quedar oculta en el espacio trasero dedicado a las mesas.

Justo a tiempo.

La puerta de la sala se abre y entra una figura. Mónica se agacha aún más, se hace todo lo pequeña que puede. Una gota de sudor le baja por la columna vertebral.

Tiene una ocurrencia: «¿Y si es el asesino? ¿Y si me ha visto entrar? Joder, joder, joder... Si no es él, ¿quién? ¿Qué otra persona podría tener motivos para entrar a hurtadillas en el instituto?», se pregunta Mónica, sin pararse a pensar que ella misma tampoco tiene, precisamente, ninguna invitación por escrito para estar allí.

Ojalá hubiera cerrado con llave. ¿Cuándo se le ha ocurrido ir allí a husmear? Ganas le dan de darse de tortas por su estupidez. En realidad, no sabe por qué está allí. Bien podría haber esperado hasta mañana y examinar la sala con Paco, como una inspectora convencional. Entonces, ¿por qué lo ha hecho?

La respuesta corta le hace sonreír: ella no es una inspectora convencional.

La respuesta larga es tan obvia como dolorosa: esta adrenalina que implica saltarse una pequeña norma y, tal vez, descubrir algo importante sin ayuda de nadie es preferible a volver a casa y comprobar si Jorge y ella tendrán o no la fiesta en paz.

«Patético, Mon.»

El visitante enciende la luz, y Mónica parpadea repetidamente hasta acostumbrarse. Se siente desnuda. Por suerte, no parece haber reparado en ella, que contiene la respiración tras el mueble. Mónica comienza a sentir un cosquilleo en la nariz. La mueve desesperada para remediar el problema y no estornudar.

La persona empieza a recorrer la sala como si buscara algo. Está tan cerca que Mónica puede oler su perfume, que parece de mujer. Su corazón late tan deprisa que está convencida de que él (o ella) puede oírlo.

A través de una rendija entre los libros, solo puede ver fragmentos: una mano delgada, dos anillos, el movimiento de una melena oscura.

«Es una mujer.»

La nariz le pica y tiene que apretar los dientes para no estornudar.

La intrusa va directa al armario de Álvaro. Sin dudarlo, sin buscar. Como si supiera exactamente qué quiere y dónde está. Es una suerte que ese armario esté junto a la puerta; de lo contrario, seguramente habría rodeado la estantería y la habría pillado.

Se oye el roce del metal contra metal, algo que cae en un bolsillo, el clic suave del compartimento al cerrarse.

Mónica siente un impulso casi irresistible de salir y mostrarse. Es policía, joder. Debería estar deteniendo a esa mujer, no jugando al escondite como una cría. Pero entonces tendría que explicar qué hace ella allí, con llaves robadas, sin orden judicial y sin haber informado a nadie.

«Genial, Mónica. Vas a salir en los periódicos: *'Inspectora pillada jugando al escondite en la escena del crimen'*. Yago y Paco se van a mear de risa. Si no te matan antes», piensa sin mucho humor.

La mujer se da la vuelta. Por un momento, puede ver su perfil: nariz recta, barbilla afilada, el ceño fruncido en concentración. Algo en ella le resulta familiar, pero no puede...

Y entonces se va. Así de simple. Apaga la luz y sale de la sala cerrando la puerta con cuidado. Sus pasos se alejan por el pasillo.

Mónica cuenta hasta veinte. Hasta cincuenta. Hasta que está segura de que no es una trampa. Entonces sale de su escondite y

corre hacia la ventana.

Ve a la mujer cruzando el aparcamiento. Mónica realiza un rápido perfil mental: pelo oscuro y largo; complexión media, alrededor de un metro sesenta; pantalones vaqueros y zapatillas de deporte; edad aproximada: treinta y cinco años.

La intrusa se mete en un Honda Civic blanco y se esfuma de allí, aunque no tan rápido como para llamar la atención.

«¿Quién es...?», se devana Mónica los sesos mientras baja las escaleras de tres en tres. «Yo he visto a esa mujer antes».

Su Mini arranca al segundo intento. El Honda ya ha girado la esquina, pero Mónica conoce estas calles como la palma de su mano. Gira por una paralela, acelera y lo alcanza dos semáforos más adelante. De pronto, siente la adrenalina por las nubes. No seguía a nadie desde aquella vez que persiguió a un camello de poca monta por media M-30 hasta Vallecas. Iba en un Ibiza tuneado que se oía venir desde tres manzanas de distancia. Lo atraparon en un cruce porque el idiota se detuvo a comprar tabaco. A veces los criminales son así de estúpidos.

La persecución —si es que se puede llamar así a seguir a alguien que va a cuarenta por hora y respeta todos los semáforos— dura menos de cinco minutos. El Honda se detiene frente a un adosado en una de esas urbanizaciones que brotaron como setas en los noventa. Jardincito delantero, puerta de PVC blanco, el típico hogar de clase media con hipoteca a treinta años.

Mónica detiene su coche una manzana más atrás y se apea con sigilo. Ni siquiera cierra la puerta, no quiere arriesgarse a que el menor ruido la delate.

Se acerca unos pasos, se esconde tras una marquesina y observa.

La mujer ha salido del Honda. La luz del porche la ilumina ahora por completo y Mónica sufre un sobresalto.

«¡Joder, es ella!»

La profesora de matemáticas. Flequillo perfecto, nariz pecosa y sonrisa nerviosa. Paco y ella la han entrevistado esta mañana.

—¡Cariño, ya estoy en casa! —grita al entrar, y su voz suena diferente. Más ligera. Como si se hubiera quitado una máscara.

A través de la ventana de la cocina, Mónica ve dos siluetas que se encuentran. Un hombre —alto y corpulento— la abraza. Y la besa.

Una vida normal. Una vida perfecta. Una vida que probablemente incluye mentiras, porque, ¿qué demonios hacía esa mujer rebuscando en el armario de un muerto a las diez de la noche?

Mónica apunta la dirección en su libreta: *Urbanización Los Rosales, 23. Beatriz Sierra*. Sí, ese era el nombre. Beatriz Sierra, profesora de matemáticas, emparejada y definitivamente ocultando algo.

Mañana tendrán una charla. Una charla larga y detallada sobre qué hacía exactamente en el instituto esta noche. Y, más importante aún: qué ha cogido del armario de Álvaro que era tan importante como para arriesgarse a que la pillen.

El viaje de vuelta a casa se le hace eterno y, al mismo tiempo, demasiado corto. Mónica no se siente del todo en calma hasta que regresa a su calle y apaga el coche por segunda vez hoy. Ya ha tenido suficientes emociones por esta noche. Una buena copa de vino le tranquilizará los ánimos y ahuyentará parte de sus temores.

Alza la vista desde la acera. La luz del salón sigue encendida.

Mientras espera al ascensor, comprueba que no ha transcurrido más de una hora. Se sorprende. A ella le ha parecido una eternidad.

Lo que no sabe es que el vino que piensa tomarse le va a saber a ceniza.

—Hola, cariño —anuncia, cansada, al cruzar la puerta de casa—. Ya he llegado.

7

CUANDO MÓNICA DESPIERTA, el sol le da de lleno en los ojos. Trata de incorporarse y hace una mueca al sentir un dolor sordo en la espalda baja.

Genial. Otra noche en el sofá.

No recuerda en qué momento se quedó dormida, pero los duros cojines de cuero sintético le han dejado la columna hecha un cromo. Deja caer la cabeza en la almohada y se mira: lleva puesta la ropa de ayer.

Joder.

Se incorpora con torpeza, con el cabello revuelto, el rímel corrido y marcas del cojín en la mejilla. La manta de cuadros —la que Jorge odia porque dice que parece de pensión barata— cuelga medio caída, como todo en su vida últimamente.

Luna, la gata siamesa con la que comparten espacio desde hace meses, la observa desde el respaldo del sofá. Esos ojos verdes la juzgan sin piedad. Extiende su pata hacia ella. Al verse ignorada, prueba con un maullido agudo y demandante. Parece que quiere jugar. O tal vez tenga hambre. Mónica lo desconoce; es demasiado temprano para intentar adivinar los pensamientos de un gato.

—Buenos días a ti también, astuto animalejo —murmura con voz rasposa.

Luna salta hasta el suelo con un movimiento grácil. Un nuevo maullido.

Nunca se llevaron bien.

El cenicero en la mesa de centro está a rebosar. Y apesta a derrota. Colillas apretujadas unas contra otras, como si cada cigarro fuera un intento desesperado de calmar la ansiedad. Se prometió que era definitivo esta vez. Iba a dejarlo. Pero anoche...

Anoche fue una mierda.

Se pasa la mano por la cara y luego la deja caer sobre el muslo. El piso está medio desordenado: una copa de vino vacía en la mesa baja, un plato con restos fríos de lasaña... y las luces del extractor de la cocina aún encendidas. Otro intento fallido de normalidad doméstica.

Se levanta y el cuerpo protesta. Cuarenta años no son tantos, pero el sofá los multiplica por dos. Camina descalza y renqueante hasta el dormitorio. Jorge ya no está, por supuesto. Desde lo de anoche, no esperaba encontrarlo. Aun así, una parte idiota de ella — esa que aún cree en gestos amables y segundas oportunidades— abre la puerta del dormitorio, esperando encontrar a su marido dormido.

La cama está vacía.

Las sábanas del lado de Jorge están estiradas con precisión militar. Ni una arruga. Como si quisiera borrar cualquier evidencia de su presencia. Ni siquiera hay una nota en la mesilla. Nada que diga *siento lo de anoche* o *hablamos luego*, o siquiera un frío *he salido temprano al trabajo*.

«Compañeros de piso», piensa. «Eso es lo que somos ahora. Compañeros de piso que una vez se amaron».

El partido estaba en el minuto setenta y tres cuando Mónica abrió la puerta. Lo sabe porque Jorge se lo recordó después, como si fuera importante, como si ella hubiera interrumpido algo trascendental con su mera existencia.

—Hola, cariño —dijo ella, dejando las llaves en el cuenco de cerámica que compraron en Santorini—. Ya he llegado.

Jorge pausó el partido. El silencio frío que reinaba en el salón, tan espeso que podría cortarse con el mismo cuchillo que mató a

Álvaro Montiel, era un claro indicio del mal rollo que había entre ambos desde hacía tiempo.

—¿Qué tal el día? —La voz de Jorge sonaba forzada, como si las palabras le costaran dinero.

—Bien. Agotador.

No le contó lo del instituto. No le dijo que había estado escondida detrás de una estantería como una delincuente. Ni que le temblaban las manos desde entonces.

—¿Y el tuyo? —pregunta.

—Bien. Como siempre.

Jorge es comercial. Vende motores industriales a empresas extranjeras, aunque a Mónica eso le suena a chino. Una vez intentó explicarle cómo funcionaban, pero la mitad de las palabras parecían sacadas de un idioma muerto. Lo único que entiende es que viaja mucho: aeropuertos, hoteles impersonales, maletas medio hechas. Antes, esas ausencias la dejaban vacía. Esperaba sus mensajes a medianoche, contaba los días para su regreso...lo echaba de menos a rabiar. Pero últimamente... últimamente respira mejor cuando él no está. Y eso, aunque no quiera admitirlo, le da más miedo que la soledad.

—¿Has cenado? —pregunta Jorge sin mirarla.

—He picado algo.

Jorge suspiró. Ese suspiro significaba *otra vez lo mismo, Mónica*.

—He hecho lasaña. Tu favorita —dijo él—. Ha sobrado más de la mitad, por si quieres. La tienes en la encimera.

De pronto, se sintió culpable. Jorge había cocinado su plato favorito. Había esperado. Había hecho un esfuerzo, y ella...

—Gracias —murmuró.

Ella, que nunca ha sido de efusivas palabras de agradecimiento, sintió la necesidad de recompensar a su marido. Se acercó al sofá en busca de algo, cualquier cosa. Un roce. Una caricia. La confirmación de que todavía eran algo más que dos extraños compartiendo hipoteca.

Jorge tensó los hombros cuando ella se acercó, ese micro-movimiento que solo nota quien conoce a alguien de memoria.

—Estás sudando —dijo, sin mirarla—. ¿Por qué no te duchas primero?

Las palabras cayeron sobre ella como cubitos de hielo. «Antes no le importaba —pensó—. Antes me habría abrazado aunque viniera cubierta de barro.»

—Vale —dijo, levantándose—. Pero primero voy a cenar.

Se sirvió la lasaña en el salón.

—¿No vas a calentarla? —preguntó Jorge sin apartar la mirada de la tele. Había vuelto a darle al play, pero ella sabía que no estaba viendo el partido.

—Es igual.

Mónica hundía el tenedor en la pasta. El metal chirriaba contra la cerámica, un sonido áspero que le provocaba dentera. La lasaña estaba fría y gomosa, el queso formaba hilos duros cuando lo levantaba. Tragó sin masticar del todo. Sabía a cartón con tomate.

—¿Cómo está Raquel? —preguntó, odiándose por hacerlo. Era la rabia la que hablaba por ella.

—¿Quién?

—Ya sabes quién —dijo, procurando sonar más despreocupada—. Tu nueva becaria.

—Bien. Es muy aplicada.

«Apuesto a que sí», pensó Mónica, imaginando piernas suaves y sonrisas fáciles, todo lo que ella ya no era.

Las manos todavía le temblaban. Ahora que estaba en casa, la magnitud de su estupidez la golpeaba. No debería haber ido sola al instituto. Podría haberla pillado alguien. Podría haber perdido su placa, su carrera, todo por un impulso idiota.

—¿Estás bien? —Jorge la miraba de verdad por primera vez en toda la noche.

—Ha muerto un profesor. En el instituto Nueva Esperanza. Lo han asesinado.

El grifo de la cocina goteaba. Ploc. Ploc. Ploc. Llevaba semanas así. En la tele, los comentaristas murmuraban estadísticas que ninguno escuchaba.

—No tenía ni idea. —Jorge volvió a pausar el partido—. ¿El Nueva Esperanza no es donde tú estudiaste?

—Ajam.

—¿Y cómo estás?

Mónica posó el tenedor en el plato y se quedó mirando fijamente a Jorge. Esperaba un acercamiento por su parte. Un abrazo, una caricia, tal vez un beso... Que le metiera la mano por dentro del pantalón habría sido mucho pedir. Hacía tanto tiempo que eso no pasaba, que casi le parecía ciencia ficción. Pero él no se movió del sofá. No extendió los brazos. No hizo ningún gesto que indicara que ella era bienvenida en su espacio.

—Cansada. Mañana tengo que madrugar. Vamos a interrogar a los alumnos.

—Qué novedad. Últimamente siempre tienes que madrugar.

—Es mi trabajo, Jorge.

—Ya. Tu trabajo. —Otro suspiro—. Por cierto, Luna necesita ir al veterinario.

—Lo suyo sería castrarla de una vez.

Jorge se giró bruscamente.

—¿Lo suyo? Querrás decir lo mío.

—¿Qué insinúas?

—Que a lo mejor lo suyo sería que no volvieras tan tarde para que yo no tenga que ocuparme de todo.

—¿De todo? Es un gato, Jorge.

El gato. Siempre volvían al dichoso gato. Luna había llegado el pasado julio, cuatro semanas después del aborto, cuando Jorge decidió unilateralmente que un animal compensaría el vacío. Una idea pésima. Como si el maullido de una gata pudiera llenar el silencio donde debería estar el llanto de un bebé.

La sensación de pérdida no se había mitigado y ahora la casa parecía un territorio comanche felino. La butaca de Jorge tenía las esquinas destrozadas, hilos colgando como vísceras de tela. Las cortinas del salón lucían escaleras de enganchones desde el suelo hasta media altura. Hasta las patas de la mesa del comedor parecían haber pasado por una trituradora en miniatura.

Y luego estaba el tema del celo. Cada tres semanas, como un reloj biológico implacable, Luna se transformaba. Los maullidos empezaban suaves, casi ronroneos, pero escalaban hasta convertirse

en aullidos guturales a las tres de la madrugada; atravesaban las paredes. Se restregaba contra todo —muebles, paredes, sus piernas— dejando un rastro de pelo y esa secreción transparente y pegajosa que marcaba su territorio. La encontrabas con el trasero en alto, temblando, arrastrándose por el suelo como poseída. Y cuando intentaba escapar —porque siempre lo intentaba— se lanzaba contra las ventanas con una desesperación que daba pena y miedo a partes iguales. Una vez había conseguido salir y volvió tres días después, más flaca y con esa mirada vidriosa de quien ha estado en la guerra.

Mónica quería que la castraran y hasta pidió hora al veterinario. Era un procedimiento simple: una incisión pequeña, ovarios fuera, dos días de recuperación y problema resuelto. Pero Jorge había anulado la cita. No le había dicho por qué, aunque Mónica tenía sus sospechas. La realidad era que ese asunto de la castración de Luna era solo el campo de batalla donde libraban una guerra que ninguno quería nombrar. «Lo pensaré», así había concluido la última discusión. Mónica todavía estaba esperando a que se lo pensara.

—No es solo el gato. —Jorge apagó la tele—. Es la compra, es la limpieza, es pagar las facturas...

—Yo también hago cosas en casa.

—¿Cuándo fue la última vez que fuiste al supermercado, por ejemplo? ¿O que llamaste al fontanero por esa gotera del baño?

—Trabajo doce horas al día investigando asesinatos. Perdona si no tengo tiempo para...

—Contigo siempre es lo mismo, ¿no? Tu trabajo es más importante.

—No he dicho eso.

—No hace falta que lo digas. —Jorge se pasó la mano por el pelo—. Mira, Luna es solo... Es que estoy cansado de ser el único que se preocupa por mantener esto funcionando.

—¿Esto? ¿Te refieres a la casa o a nosotros?

Silencio.

—Las dos cosas, supongo.

Mónica dejó el tenedor en el plato.

—Si tanto te molesta el gato, ¿por qué lo trajiste?

—Ya sabes por qué.

—No, dímelo tú.

—Pensé que... —Jorge miró hacia la ventana—. Pensé que nos ayudaría. Que tener algo que cuidar juntos...

—Fuiste tú quien quería un animal. —Las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas—. Yo quería un niño.

El silencio que siguió fue diferente.

—Ya, y lo tendremos —dijo Jorge mirando la oscura pantalla—. Pero no siempre conseguimos lo que queremos, Mónica. Ya hemos hablado de esto.

«No, no hemos hablado —pensó ella—. Tú has decidido y yo he callado.»

—Ya no estoy segura de... —Se detuvo, miedosa de terminar la frase.

—¿De qué?

—Nada. Déjalo. Mira, oye, hoy ha muerto un hombre. Ha sido un día de locos.

—Sí, cómo no.

—Mira, lo siento —mintió. Mónica solo quería evitar otra discusión—. La próxima vez te mandaré un mensaje.

—No se trata del mensaje, Mónica. Se trata de que nunca estás. Y cuando estás, estás en otra parte.

—Eso no es justo.

—¿No?

—¡Pues no! ¿Qué pasa con tus viajes?

—Desde que me ascendieron ya apenas viajo, y lo sabes. Oye, ¿cuándo fue la última vez que hicimos algo juntos? ¿Que hablamos de verdad?

«En el hospital —pensó—. Cuando me dijiste que todo iría bien mientras yo sangraba nuestro futuro.»

Pero se limitó a seguir comiendo, esta vez insertando el tenedor en la lasaña con rabia, sin decir palabra. Tal vez no le hablaría más en lo que quedaba de noche.

—Mira, es tarde —dijo Jorge al cabo de un rato incómodo, levantándose—. Me voy a acostar.

Arrojó el mando a distancia contra los cojines con un gesto brusco, pasó junto a ella sin rozarla y desapareció por el pasillo.

Mónica se quedó sola con la lasaña a medio comer y Luna observándola desde su rincón.

Recordó otras noches, cuando Jorge la esperaba despierto sin importar la hora. Cuando hacían el amor aunque ella llegara exhausta, sudada, con olor a muerto. Cuando sus cuerpos hablaban el idioma que sus bocas han olvidado.

Ahora ya ni siquiera compartían cama.

Mónica rescata los platos olvidados del fregadero y los frota debajo del grifo con rabia mal contenida. La lasaña seca se resiste, pegada al plato como los buenos recuerdos a su memoria. El agua sale con demasiada fuerza, salpicándole la camiseta. Maldita sea, no tiene paciencia.

Se seca con el trapo y revisa el móvil. Tiene una llamada perdida de Paco y varios mensajes.

¿Dónde estás?

Llevo media hora esperando

Los alumnos empiezan a llegar

Mónica, en serio, ¿estás bien?

Mira la hora. Las 8:47.

Mierda. Mierda. Mierda.

Había quedado con él a las ocho en el instituto. Los interrogatorios. Beatriz Sierra.

Se viste con lo primero que encuentra: vaqueros, camiseta negra y la chaqueta de cuero que Jorge dice que la hace parecer una adolescente rebelde en lugar de una policía. No hay tiempo para maquillaje. Apenas para un cepillado rápido de dientes que no elimina el mal sabor de la noche.

Luna maúlla desde su esquina.

—Come pienso —le dice, cortante—. O llama a Jorge.

La gata responde con un nuevo maullido. Al menos, tiene carácter.

Mientras conduce hacia el instituto, solo puede pensar en tres cosas:

Si Paco sabrá de su incursión ilegal de anoche.

Qué coño cogió Beatriz Sierra del armario de un muerto.

Y cómo va a decirle a Jorge que ya no quiere tener un hijo.

8

EL MINI rojo de Mónica derrapa al entrar en el aparcamiento del instituto. Las 9:12. Joder. Una hora y doce minutos tarde.

Mónica corre por el patio vacío, con las llaves tintineando en una mano y el móvil vibrando con otro mensaje de Paco en la otra. Un grupo de chavales fumando junto a la verja —esa verja que ayer ella cruzó como una delincuente— la mira pasar con esa mezcla de curiosidad y desprecio que solo los adolescentes dominan. De reojo, ve que uno le da un codazo mal disimulado a otro y, riendo, murmura por lo bajo. A Mónica le parece oír la palabra «Milf» y se pregunta qué demonios significará eso.

Paco la espera en la entrada con los brazos cruzados.

—Una hora, Mónica...

—Lo sé, lo sé. El tráfico estaba...

—El tráfico ya no cuela. —Paco suspira, pero no hay verdadera rabia en su voz. Nunca la hay. Ella es su debilidad y ambos lo saben—. Los chavales tienen recreo en veinte minutos. Si queremos pillarlos antes de que se dispersen...

—Ya. Perdona. De verdad.

Él la mira con más atención.

—¿Estás bien?

—Perfectamente. ¿Por dónde empezamos?

Antes de que Paco pueda responder, Mónica entra al vestíbulo y él la sigue.

Patricia aparece por el pasillo. Lleva dos libros de texto bajo el brazo y esa sonrisa de profesora favorita que no necesita practicar frente al espejo porque ya la usaba de joven para seducir a los chicos.

Se detiene al verla.

—¡Mónica! Buenos días.

—Hola, Patri.

Se besan en las mejillas.

—Oye, una cosa —dice Mónica, intentando sonar casual—. Beatriz Sierra, la de matemáticas... ¿sabes si está por aquí?

Patricia arquea una ceja perfectamente depilada. A su lado, Paco frunce ligeramente el ceño.

—¿Bea? No, los miércoles tiene las mañanas libres. No viene hasta las cuatro para las tutorías. ¿Por?

—Nada, es que ayer me quedé sin hacerle un par de preguntas. Protocolo, ya sabes.

—Claro. Bueno, os dejo trabajar. —Mira a Paco y sonríe—. Suerte con los interrogatorios.

Se aleja por el pasillo. Mónica la observa con esa mezcla de admiración y resentimiento que reserva para las mujeres que tienen su vida bajo control.

—¿Beatriz Sierra? —Paco no es idiota—. ¿Qué pasa con la profesora de matemáticas?

Mónica mira hacia otro lado. El peso de la culpa —por mentirle, por ocultarle cosas, por ser una compañera de mierda cuando él siempre está ahí, pasándole todo— la aplasta.

—Verás. Anoche...

Se detiene. No tiene agallas para decírselo.

—¿Qué hiciste anoche, Mónica?

Suspira. No hay forma elegante de decirlo.

—Volví al instituto con las llaves de Álvaro Montiel. Las cogí de su dormitorio.

El silencio de Paco es peor que cualquier grito.

—Vi a Beatriz Sierra —prosigue ella, necesitando argumentar su pequeña aventura nocturna—. Entró en la sala de profesores y cogió

algo del armario de Álvaro. Algo que debía de ser lo suficientemente importante como para arriesgarse a venir de noche.

—Me cago en la puta. —Paco se pasa la mano por la cara—. ¿Allanamiento? ¿En serio? ¿Sin orden judicial? ¿Y sin avisarme?

—Paco...

—¿Tienes idea del marrón en el que te podrías haber metido?

—Lo sé, pero...

—No, no lo sabes. Si te pillan, no es solo tu placa. Es la investigación entera. Es mi culo también por no controlarte. Joder, Mónica, ¿en qué coño estabas pensando?

«Ahora tú no, Paco. Ya he tenido mi dosis diaria de bronca masculina.»

Algo en su expresión debe delatarla porque Paco se ablanda inmediatamente. Esa capacidad suya para leerla como un libro abierto.

—En serio, ¿va todo bien en casa?

La pregunta la golpea justo donde duele. «No, Paco. Nada va bien», se dice, reviviendo lo de anoche. Jorge regresó al salón media hora después de su salida dramática en mitad de la discusión. Mónica seguía en el sofá con un cigarro entre los dedos y el resto de la lasaña estaba abandonada en la encimera.

—Mañana tengo el día más libre —dijo él, con tono conciliador—. Podríamos comer juntos.

Mónica apagó el cigarro. Un gesto de buena voluntad.

—Mañana no puedo. Estoy en medio del caso.

Jorge asintió despacio, como si ya lo supiera.

—Entonces comeré con Raquel. Necesita que alguien revise su proyecto de fin de carrera. Aprovecharemos para trabajar mientras comemos.

Raquel. Siempre Raquel.

—¿Raquel otra vez? Pareces pasar mucho tiempo con esa niña.

—¿Niña? Tiene veintisiete años.

—¿Veintisiete? Vaya, sí que le costó terminar la carrera.

—¿Te estás riendo de mi becaria? —La voz de Jorge se endureció—. Madura un poco, ¿no?

—Madura tú. No te j... —El sonido de la «j» se le enquistó en la garganta como la espina de una lubina.

—Al menos ella sí valora cuando alguien le dedica tiempo.

El golpe fue certero. Mónica sintió la rabia subirle por la garganta como bilis.

—¿Qué insinúas?

—Nada. Solo digo que algunos todavía apreciamos el esfuerzo de los demás.

—Vale, mira... —Mónica hizo un último intento—. ¿Y si cenamos juntos? Puedo intentar salir antes...

Jorge se rio. Una risa seca, sin humor.

—No prometas lo que no vas a cumplir.

—Si estás enfadado, vete ya a dormir.

—¿Y tú? ¿No vienes?

—No. Me quedo en el sofá.

—Como quieras.

Se fue sin mirar atrás. El clic de la puerta del dormitorio sonó como un disparo.

Mónica se quedó sola en la oscuridad, fumando y mirando el móvil. Las fotos de hace dos años: Jorge y ella en Menorca, bronceados y sonrientes. Antes del embarazo. Antes del aborto...

...y antes de la prueba.

No podía dormir. La mano le iba sola al vientre, donde la piel todavía se siente diferente, más fina, como papel de fumar, recordando aquel día como en un bucle sin fin. El día de la laparoscopia, el pasado marzo. Jorge radiante, después de los resultados de la prueba: «¡Podemos seguir intentándolo! ¡Vamos a ser padres!» Y su propia cara de pánico que él, cegado por la emoción, no vio.

«¿Tan fina es la línea divisoria? —piensa ahora, mientras los primeros alumnos bajan por las escaleras provenientes de sus aulas, tras las primeras clases matinales—. ¿Tan fácil es pasar al otro lado? Pones mala cara, suspiras, alargas un silencio más de lo necesario, mencionas a otra, te cruzas de brazos, levantas la voz... prendes la mecha... ¿Así de fácil? Cuatro años construyendo lo que creíamos que era sólido. Dos años intentando quedarnos embarazados.

Quince semanas llevando una vida dentro. Y luego nada. Un aborto espontáneo, un ascenso que llegó justo cuando más lo necesitaba para no volverme loca, y de repente somos dos extraños discutiendo por un puto gato. ¿Eso ha bastado para convertirnos en una de esas parejas que se tiran los trastos a la cara?».

—Ya hablaremos —dice Mónica, cortando la preocupación de Paco—. Ahora tenemos trabajo.

El timbre del recreo suena como una alarma de incendios. En segundos, el pasillo se llena de adolescentes que brotan como hormigas de un hormiguero pateado.

Reúnen a un pequeño y ecléctico grupo de secundaria en el patio trasero. Cinco chavales que apestan a marihuana, dos chicas con faldas demasiado cortas y maquillaje demasiado espeso, y un chico con acné y sudadera del Real Madrid.

—Erais alumnos de Álvaro Montiel. —No es una pregunta.

Los chavales se miran entre ellos, como decidiendo quién habla primero.

—Sí —dice finalmente Sudadera Real Madrid—. Nos daba francés. El tío era un coñazo, pero no se merecía eso.

—¿Lo visteis el pasado lunes?

Más miradas. Una de las chicas, la del piercing en la nariz, asiente.

—A la hora de comer. Estábamos en la puerta del chino, ya sabe, comprando chuches para la tarde.

—¿Y?

—Lo vimos entrar en la tienda de deportes. La que está en la esquina con López de Hoyos.

Mónica siente un escalofrío. Conoce esa calle. Es la misma manzana donde ayer vio entrar a Beatriz Sierra.

—¿Estáis seguros?

—Sí, tía... digo, señora inspectora. —El chico del porro se pone nervioso—. Nos pareció raro porque el profe Álvaro no era muy de deporte, ¿sabe? Más bien todo lo contrario.

—¿Cuánto tiempo estuvo dentro?

—No sé, no nos quedamos a cronometrarlo —dice Piercing con esa insolencia adolescente que Mónica recuerda bien—. Cuando

salimos del chino volvimos al insti.

Paco y Mónica intercambian una mirada.

—¿Algo más? ¿Algo raro en su comportamiento últimamente?

Los chavales vuelven a mirarse. Esta vez es diferente. Hay algo que no quieren decir.

—Venga —insiste Mónica—. Está muerto. Ya no puede suspenderos.

Sudadera Real Madrid se ríe sin ganas.

—Es que... las últimas semanas estaba raro. Como... no sé, como nervioso. Se le caían las cosas, repetía las mismas cosas dos veces. Una vez lo pillamos hablando solo en el pasillo.

—¿Qué decía?

—No sé, algo de que todo iba a salir bien. Que pronto se acabaría todo.

Mónica siente otro escalofrío.

—Vale, podéis iros. Si recordáis algo más...

Los chavales desaparecen como el humo. Literalmente, en el caso del del porro.

—Una tienda de deportes —dice Mónica—. En la misma calle que la profesora.

—No me jodas. ¿En serio?

—Sí. No es casualidad.

—No, no lo es. Propongo ir a curiosear —dice Paco.

—Okey. Además, la profesora no vendrá hasta las cuatro.

—Exacto. Tiempo de sobra para averiguar a qué fue Álvaro allí.

—Paco la mira con firmeza—. Pero esta vez vamos juntos. Y no pienso discutir.

Mónica asiente.

Pero mientras caminan hacia el coche, sabe que están a punto de abrir una caja que alguien quiere mantener cerrada.

Mónica saca el móvil. Tiene un mensaje de Jorge: «He cancelado la comida con Raquel. Por si te interesa.»

Lo borra sin responder. El pulgar tiembla un segundo sobre la pantalla antes de confirmar.

El Mini Cooper arranca al segundo intento. En el retrovisor, el instituto Nueva Esperanza se hace pequeño, pero los secretos que

esconde parecen crecer con cada metro de distancia.

—¿Sabes qué es lo peor de todo esto? —dice Mónica mientras gira hacia la calle López de Hoyos.

—¿Qué?

—Que Álvaro sabía que iban a matarlo. Los chavales lo han dicho: *Pronto se acabaría todo*. No hablaba del curso escolar.

Paco no responde. No hace falta. Ambos saben que están persiguiendo a alguien que planificó esto durante semanas.

Y que Beatriz Sierra tiene las respuestas.

9

LA TIENDA, insulsamente bautizada como «Deportes BP», tiene la luz apagada y un cartel que dice *Vuelvo enseguida* en el cristal de la puerta.

—Qué oportuno —murmura Mónica.

Paco resopla.

—¿Esperamos?

—O probamos en la gasolinera. —Mónica señala la Repsol de enfrente—. Si el tipo tiene un negocio aquí, alguien lo conocerá.

Cruzan la calle, esquivando a un motorista que casi se los lleva por delante. El muy payaso ni se molesta en disculparse.

La gasolinera es de esas que han sobrevivido a la modernización: surtidores viejos, olor a gasóleo y un *minimarket* que vende de todo menos comida de verdad. No hay clientes a esta hora. El dependiente, un hombre de cuarenta y pico, barba descuidada y barriga cervecera contenida por un polo blanco con el logo descolorido, los mira con esa mezcla de aburrimiento y suspicacia reconocible en todos los que trabajan de cara al público.

—Policía. —Mónica muestra la placa—. Necesitamos información sobre la tienda de deportes de enfrente.

—Ya. —El tipo ni levanta la vista del móvil—. ¿Qué quieren saber?

—¿Conoce al dueño?

—No. Solo de vista. —Se rasca su rizada cabellera—. A veces viene a por tabaco y no habla mucho. Ah, y siempre paga en

efectivo.

Mónica saca el móvil y busca una foto de Álvaro. La del carnet del instituto servirá.

—¿Reconoce a este hombre?

El dependiente entorna los ojos.

—Sí, vino el otro día. Puso veinte euros de gasolina y dejó el coche ahí —señala las plazas más allá de los surtidores— mientras cruzaba la calle. Me jode cuando hacen eso. Esto no es un parking gratuito.

—Dice que cruzó la calle. ¿Para entrar en la tienda de deportes?

—No lo sé, no me quedé mirando.

—¿Cuándo fue eso?

—No lo recuerdo. No sé ni en qué día de la semana vivo. Solo sé que aún no es viernes.

—¿Podría haber sido el lunes?

—Podría.

—¿Cuánto tiempo estuvo allí?

—Unos diez minutos. Quince como mucho. Lo vi volver por el cristal. —Hace una pausa—. Tenía mala cara.

—¿Mala cara?

—Como si le hubieran dado una hostia. El pómulo hinchado. —Se lleva un dedo a la mejilla—. Juraría que cuando pagó la gasolina estaba bien.

Paco y Mónica se miran.

—¿Seguro?

—Mire, llevo veinte años aquí. Me fijo en las caras. Es lo único entretenido de este trabajo. Ese tío entró normal y salió jodido.

Paco deja una tarjeta sobre el mostrador.

—Gracias —dice—. Si recuerda algo más...

—Sí, ya sé. Les llamo.

Abandonan la gasolinera y vuelven a cruzar la calle.

—Sigue cerrada —dice Mónica, probando el pomo por si acaso—. Este cartel del *Vuelvo enseguida* me recuerda a las falsas promesas de los shows televisivos.

—No puede tardar mucho. Esperémosle aquí —dice Paco, revisando sus notas—. Álvaro estuvo aquí el lunes, y el gasolinero

dice que salió con el pómulo hinchado. Alguien le partió la cara aquí dentro.

Mónica mira la tienda cerrada. El cartel tiene pinta de llevar ahí horas.

—¿Y si el dueño se largó después de la pelea? —Mónica se aparta de la puerta—. Joder, no podemos quedarnos aquí plantados como pasmarotes.

Saca el móvil.

—¿Qué haces?

—Vamos a ver si este sitio tiene Instagram o algo.

Teclea «Deportes BP Prosperidad». Nada. Prueba solo con «Deportes BP». Ya lo tiene: un perfil básico. Cuarenta y tres publicaciones que son, en su mayoría, fotos de zapatillas y pesas. Doscientos seguidores. La foto de perfil muestra a un hombre de unos cuarenta años, con sonrisa de comercial y constitución atlética. El tipo de persona que se hace selfies en el espejo del gym, piensa Mónica. Músculos de exhibición y sonrisa de vendedor de enciclopedias. Y lo más importante: las canas han empezado a asomar en su densa cabellera. Mónica recuerda los restos de cabello gris hallados en la mano de la víctima. Se muerde el labio inferior.

—Mira esto —le muestra la pantalla a Paco—. «Deportes BP: Tu tienda de confianza.» No le darán un premio a la originalidad.

Paco entrecierra los ojos para ver mejor.

—El dueño... Borja Pelayo. Ahí lo pone.

—Borja Pelayo —repite Mónica, saboreando el nombre. Ya está abandonando la aplicación y se ha puesto a escribir a Mercedes por WhatsApp:

Necesito todo lo que puedas encontrar sobre Borja Pelayo. Dueño de Deportes BP, una tienda de Prosperidad. DNI, antecedentes, multas de tráfico, hasta su signo del zodiaco. Para ayer.

Mercedes responde de inmediato con un emoji del pulgar arriba. No pierde la educación ni aunque la apuntes con una pistola, la *jodía*. Al menos, es eficiente.

—Deberíamos volver al instituto —dice Paco—. Enseñarle la foto al bedel. Ver si el musculitos es el tipo cabreado que vio entrar esa tarde.

—Buena idea. Ve tú. Yo me quedo.

—¿Para qué? La tienda está cerrada.

—Tal vez Borja vuelva pronto. Mientras espero, voy a visitar a Beatriz Sierra. —Mónica señala vagamente hacia el este—. Vive en Los Rosales. A cinco minutos de aquí.

—Mónica...

—¿Qué? Son las doce. Hasta las cuatro no volverá al instituto. Y ya estamos aquí. No perdemos nada.

—Deberías esperar a que tengamos más información.

—O podría pillarla desprevenida. A veces funciona.

Paco se frota el puente de la nariz. Ese gesto que hace cuando está calculando si merece la pena discutir. Nunca merece la pena.

—Ten cuidado, ¿vale?

—Siempre.

Se separan en la esquina. Paco hacia el instituto, Mónica hacia la urbanización Los Rosales. El GPS dice que tiene siete minutos a pie. Llega en cinco.

10

MÓNICA LLEGA a la urbanización Los Rosales resoplando como una asmática. Últimamente, ha descuidado el ejercicio y ha comido demasiados dulces. De los cigarros de anoche, mejor ni pensar. Nunca ha sido un prodigio físico, pero jamás se había dejado tanto.

El adosado de Beatriz Sierra es exactamente como lo recordaba de anoche: césped artificial que grita «¡en mantenimiento!», coche familiar que grita «¡sálvame de la rutina!» y una fachada de ladrillo que grita «¡pertenece mansamente a la manada!». Todo muy correcto... y muy aburrido.

Pulsa el timbre.

El sonido resuena en el apartamento, desatando enseguida el llanto furioso de un niño desde el interior. Se oye un ruido de pasos en el vestíbulo y, más que verlo, Mónica intuye que alguien observa por la mirilla de la puerta. Pero nadie abre.

Mónica vuelve a llamar.

—¡Policía! ¡Abra, por favor!

Más silencio. Luego, oye cómo la cerradura gira con resignación. La puerta se abre.

Beatriz Sierra aparece en el umbral. A pesar de presentar las clásicas muestras de agotamiento materno, es una mujer mona: de piel clara, delgada y con el pelo recogido en una coleta simple pero que le queda bien. Una constelación de pecas baña su nariz, restándole años. Está sin maquillar, parece cansada y viste unos pantalones de pijama y una camiseta deportiva con un gran 23 en el

pecho. En brazos lleva a la fuente del escándalo: un bebé de unos diez meses que berrea como si le fuera la vida en ello. El bebé la mira con esos ojos enormes que tienen los críos cuando todavía no entienden de qué va el mundo. Mónica siente algo retorciéndose en el estómago, una mezcla de añoranza y rabia que ya conoce bien. Es la misma sensación que la asalta cada vez que ve un carrito de bebé en el parque, pasa por la sección infantil del Carrefour o Jorge menciona que deberían «volver a intentarlo». Como si fuera tan fácil. Como si aquel día de junio no hubiera dejado una cicatriz invisible. Como si pudiera simplemente olvidar esas doce semanas de ilusión aplastadas en una cama de hospital.

—Inspectora —dice Beatriz, sorprendida al verla.

—¿Podemos hablar?

Beatriz se hace a un lado y la conduce al salón. Este es un santuario al beige: sofá beige, cortinas beige, paredes beige. Como si alguien en esta casa fuera alérgico a los colores vivos. En el televisor están emitiendo una reposición de *Los problemas crecen*. Beatriz la apaga con el mando y la estancia queda en silencio, interrumpido solo por las quejas del niño y el ruido de la lavadora que proviene de la cocina.

El ser humano, esa civilización capaz de llevar un robot a Marte pero incapaz de insonorizar un electrodoméstico.

Las dos mujeres se sientan en el sofá. Beatriz deposita al niño en una alfombra de juegos, donde empieza a dar vueltas con movimientos aún torpes.

—Juega un poco, Mateo.

El crío la ignora y comienza a reptar hacia Mónica con determinación militar.

—Señorita Sierra... ¿Por qué estaba usted en el instituto anoche?

—pregunta Mónica sin rodeos.

Beatriz se tensa y se mordisqueea la uña del pulgar. Las tiene todas destrozadas, mordidas hasta donde empieza la carne viva. En lo poco que queda, hay restos de esmalte rosa.

—¿Anoche? —ríe nerviosa—. No sé de qué me habla.

—La vi. Entró a la sala de profesores a las diez menos cuarto.

—Debe de estar confundida. Yo estaba en casa con mi marido y mi hijo.

Mónica revisa sus notas con marcado desinterés.

—Honda Civic blanco. Matrícula 7832 HJK. Registrado a nombre de Beatriz Sierra Molina.

El color abandona el rostro de Beatriz. No dice nada.

—Metro sesenta aproximadamente. Rebeca gris. Dos anillos en la mano derecha. —Mónica señala los dedos de Beatriz, donde brillan exactamente dos anillos—. ¿Seguimos con la farsa o me cuenta qué hacía allí?

Beatriz cierra los ojos.

—¿Me está culpando de la muerte de Álvaro? —pregunta.

—Depende. ¿Lo mató?

—¿Ayudaría si respondiese que no?

—Sería un principio.

Ella sonríe, pero no hay alegría en su voz. Como la casa, es hermosa, estéril y casi sin alma.

—Está bien —se rinde—. Sí, anoche estuve en la sala de profesores. Pero no es lo que piensa.

—¿Y qué es lo que pienso?

—Que yo maté a Álvaro.

—¿Qué cogió de su armario?

Beatriz se levanta con piernas temblorosas, va a un mueble y vuelve con un sobre manila.

—Esto. Solo esto, lo juro. Fue una estupidez.

Mónica lo abre. Dentro hay un currículum con el nombre de Álvaro y...

—¿Una carta de recomendación?

—Álvaro quería largarse. —Beatriz sigue cebándose con la uña—. Cambiar de vida, empezar de cero en otra ciudad. Yo le estaba ayudando con las solicitudes.

—¿Por qué?

—Porque éramos buenos amigos. —Ve la mirada de Mónica—. Solo amigos, inspectora. Nada más.

—¿Por qué quería irse?

—No lo sé. Nunca me lo dijo claramente. Solo que necesitaba alejarse de todo. Llevaba unos meses muy raro, como si algo le preocupase. Y no dormía bien. Hasta los alumnos lo notaban.

Mateo ha alcanzado su objetivo. Con un gesto triunfal, se agarra al pantalón de Mónica con manitas pegajosas.

—¡Upa! ¡Upa! —exige.

Mónica mira a Beatriz, perdida.

—Claro, cójalo. Le ha caído bien.

Con movimientos inexpertos, Mónica levanta al crío como si fuera una bomba sin desactivar. El niño se acomoda en su regazo y agarra la placa con dedos regordetes. Se la mete inmediatamente en la boca. La cara del bebé se ilumina y le dedica a Mónica una tierna sonrisa que deja ver sus dos dientes como dos pequeños granos de arroz. Mónica se sorprende a sí misma devolviéndole la sonrisa, porque por dentro se ha estremecido. Si las cosas se hubiesen desarrollado de otro modo, Jorge y ella...

Mientras se hace sangre, acaricia sin pensar la pelusilla en la cabeza del niño.

—También había esto. —Beatriz le tiende un libro: *Neuroplasticidad y Resiliencia* de algún autor que Mónica no conoce —. Se lo regalé yo. Está dedicado.

Mónica lo abre con una mano mientras con la otra sostiene a Mateo. *Para Álvaro, hacia nuevos y bonitos caminos. Con cariño, Bea.*

La joven repite las palabras de memoria, con la voz llena de sentimiento.

—Tras su muerte, sabía que estos objetos con mi nombre saldrían a la luz. Ya ve lo que parece.

—¿Por qué no lo dijo ayer durante el interrogatorio?

Beatriz mira a Mónica.

—No podía dejar que se supiese, me vería expuesta. Por eso anoche hice lo que hice. Esperé a que el instituto estuviera vacío y fui a recuperarlos. No esperaba que usted estuviera también allí.

—¿Dónde estaba el lunes por la tarde?

—En el dentista, de seis a siete. Luego, desde siete y media hasta las ocho y media, estuve aquí, dando clase online a un alumno

con necesidades especiales. Puede comprobar ambas cosas. Tengo el comprobante de la cita y la sesión está grabada en Zoom.

«Coartada sólida», piensa Mónica mientras Mateo impregna alegremente su placa de baba. La sostiene entre sus manos gordezuelas y, de vez en cuando, mira a Mónica, como para agradecerle que le haya prestado el juguete.

—¿Qué edad tiene? —pregunta, señalando al bebé.

—Diez meses.

«Diez meses. Casi como habría tenido Tomás.»

El nombre le viene sin querer. Tomás. Así es como iban a llamar al bebé. Al menos, era el nombre que ella había elegido, en honor a su padre, que se llamaba Tom. Jorge prefería Carlos, pero Mónica estaba segura de poder convencerlo. Desde el aborto, siempre que se cruza con un niño pequeño, tiende a comparar su edad con la que tendría su Tomás. No puede evitarlo, así como seguir refiriéndose a él con nombre y todo, como si fuese una persona real.

—¿Conoce la tienda Deportes BP?

Beatriz levanta las cejas.

—Claro. ¿Por qué?

—¿Y al dueño?

—Por supuesto. Es mi marido.

El móvil de Mónica vibra. Mensaje de Paco:

El bedel lo confirma. Es él. Borja Pelayo fue quien entró al instituto la tarde del asesinato.

Mónica vuelve a alzar la vista, procurando que no se le note el entusiasmo.

—¿Borja Pelayo es su marido?

—Sí. ¿Por qué pregunta por él?

—Varios testigos vieron a Álvaro en su tienda el día que murió.

Beatriz palidece un tono, pero no parece sorprendida.

—Álvaro y Borja se conocían. No eran amigos exactamente, pero... —se detiene—. ¿Acaso mi marido es sospechoso?

—No puedo responder a eso.

Mateo protesta cuando Mónica intenta devolverlo a su madre. Se aferra a la placa como si fuera el tesoro del Capitán Garfio. Mónica tiene que irse, así que empieza a tirar con cuidado, pero los granos de arroz que Mateo tiene por dientes resultan ser mucho más fuertes de lo que ella creía. Más experta en este tipo de situaciones, Beatriz consigue, de un firme tirón, quitarle a su hijo la placa y se la devuelve a Mónica. El crío responde con un gruñido de insatisfacción y, en menos de dos segundos, retoma los berridos a pleno pulmón, dejando claro su disgusto ante la injusticia que para él acaba de producirse.

Sujetando la placa entre el pulgar y el índice, Mónica la limpia discretamente en la pernera antes de guardarla en el bolsillo. Luego se levanta. Toma el sobre y el libro.

—Me llevo esto.

—Por favor... —Beatriz la sigue hasta la puerta con el niño berreando en brazos—. No le diga nada a Borja sobre mi amistad con Álvaro. Es muy celoso. Muy... intenso con estas cosas. No quisiera tener problemas con él por una tontería.

Mónica la mira a los ojos y asiente con un gesto silencioso.

El móvil vibra otra vez. Mensaje de Mercedes:

Borja Pelayo. Dos denuncias por violencia callejera.
Retiradas. Una multa por fraude a Hacienda en 2018. Y unas cuantas multas de tráfico, todas pagadas. ¿Necesitas más?

Mónica asiente y sonríe por dentro. Desórdenes públicos. Celos. Una mujer con un amigo que quiere largarse. La caja está abierta. Y ha salido confeti de colores.

Borja Pelayo acaba de convertirse en su sospechoso número uno. Y su mujer no tiene ni idea.

Por supuesto, no le dice nada.

Lo último que Mónica ve antes de que la puerta se cierre son las grandes lágrimas que ruedan por las sonrosadas mejillas del bebé. En algún lugar de su pecho, siente una punzada.

11

—CONFIRME su nombre completo para el registro.

—Borja Pelayo Domínguez.

—¿Edad?

—Cuarenta y uno.

—¿Es usted el propietario de Deportes BP en la calle López de Hoyos?

—Ajá.

Paco anota algo en su libreta. Están en la sala de interrogatorios de la Jefatura. No es como en las series americanas, con cristal espejado y sistemas de grabación de última generación. Aquí solo hay cuatro paredes grises, una mesa metálica atornillada al suelo y la cámara del techo que parpadea con su lucecita roja.

Borja Pelayo no ha solicitado la presencia de ningún abogado, lo que ha acelerado el interrogatorio. Está repantigado en la silla como si estuviera en el sofá de su casa viendo el fútbol. Piernas estiradas, manos cruzadas sobre la barriga. La pose del que se cree intocable.

«Todos se creen intocables hasta que les mencionas el calabozo», piensa Mónica, que no le quita el ojo desde el otro lado de la mesa.

Hace tres horas, dos coches patrulla se han presentado en su tienda. El bedel del instituto lo había identificado sin dudarlo como aquel que, el pasado lunes por la tarde, había entrado al instituto hecho una furia: «Ese es el tipo», le confirmó a Paco cuando le mostró la foto de Pelayo. Lo sacaron esposado delante de media

docena de curiosos con móviles grabando. Esta misma noche, estará en Twitter.

Yago observa en silencio desde la pared del fondo, con los brazos cruzados y una suela apoyada en el hormigón. Está convencido de que tienen a su hombre. Tiene la mirada de oler sangre, y cuando eso pasa, mejor seguirle la corriente.

A Mónica le gustaría compartir su optimismo.

—Señor Pelayo —Mónica toma el relevo—. ¿Qué hacía usted en el Instituto Nueva Esperanza el lunes por la tarde?

—Fui a hablar con mi mujer.

—¿Beatriz Sierra?

—Sí.

—¿Por qué?

—Trabaja allí. Es profesora.

—¿Sobre qué hablaron?

Borja se endereza por primera vez. La mandíbula se le tensa, las venas del cuello se marcan como cables. Mónica observa que tiene las manos de quien trabaja con ellas: nudillos gruesos, una cicatriz antigua en el dorso izquierdo. Manos que podrían empuñar un cuchillo sin temblar.

—¿Eso importa? Se trata de una conversación íntima.

—Importa si un profesor muere a esa hora y en ese mismo edificio.

—Pues ya que preguntan, quería hablar sobre la aventura que mi mujer estaba manteniendo con Álvaro Montiel.

Paco y Mónica intercambian una mirada.

—¿Aventura?

—No se hagan los tontos. Mi mujer se estaba follando a ese cabrón. Así que tal vez deberían hablar con ella.

—¿Tiene pruebas de eso?

—Un marido sabe esas cosas.

—Eso no es una prueba.

—Las miradas. Los mensajitos. Las excusas para llegar tarde. —Golpea la mesa con el puño—. ¡Sé lo que veía!

—Pero sin pruebas...

—No las necesito.

Mónica se recuesta en la silla.

—Álvaro fue a verlo a su tienda ese día, ¿cierto?

—Sí. Vino por la mañana, poco antes de que cerrara para ir a comer.

—¿Qué quería?

—Unas zapatillas de correr. —Una risa amarga—. El muy gordo quería ponerse en forma, decía.

—¿Y?

—Le busqué su talla. Hablamos de rutinas de entrenamiento. Todo muy normal. Y entonces... no pude más. Le dije que sabía lo suyo con Beatriz. Se lo solté de golpe, cuando ya se estaba yendo. Se quedó petrificado.

—¿Qué dijo él?

—Que estaba loco. Que eran solo amigos. Mentiras.

—¿Y entonces?

—Discutimos. Nos levantamos la voz. Hasta que le di un puñetazo. —Se encoge de hombros—. Se lo merecía.

Mónica busca a Yago con la mirada y él le sonríe con cierta satisfacción. Está convencido de que Borja Pelayo es el asesino y que, si se tocan las teclas adecuadas con la suficiente firmeza, tendrán garantizada su confesión.

—¿Por eso fue al instituto? —prosigue ella—. ¿Para continuar la pelea?

—Qué va. Ese mierda me la sudaba. Fui a hablar con Bea. A exigirle la verdad. Ya se lo he dicho.

—El bedel dice que estaba usted muy alterado.

—¿Usted no lo estaría? ¿Si supiera que su pareja le está poniendo los cuernos?

El corazón de Mónica da un vuelco. Piensa en Jorge. En Raquel, la becaria de piernas largas. En las llegadas tarde.

—¿A qué hora llegó al instituto? —pregunta, tratando de concentrarse en el interrogatorio y dejar su penosa vida personal a un lado.

—No lo sé, no me acuerdo.

—¿Habló con su mujer?

—Sí. En su aula. Me dijo lo mismo que Álvaro. —Menea la cabeza —. Que eran amigos. Que estaba paranoico.

—¿Y luego?

—Me fui.

—¿Sin más?

—Sin más.

—¿Vio a Álvaro en el instituto?

—No.

Mónica se inclina hacia adelante.

—Borja, esta mañana he conocido a su hijo Mateo.

Por primera vez, algo se suaviza en el rostro de Borja.

—¿Mateo?

—Un niño precioso. Muy simpático. Me ha babeado toda la placa.

Una media sonrisa aparece en los labios del sospechoso.

—Está en esa fase —dice—. Todo se lo lleva a la boca.

—Diez meses, ¿verdad?

—Sí.

—Debe de ser duro estar aquí en vez de en casa con él.

La media sonrisa desaparece de súbito.

—No intente manipularme.

Mónica ve cómo se le humedecen ligeramente los ojos antes de que Borja parpadee y los seque. «El punto débil. Siempre hay uno.»

—Solo digo que si confiesa ahora, si coopera, las cosas pueden ir mejor. Por Mateo. Por Beatriz.

—Yo no maté a Álvaro.

—Pero le pegó.

—Un puñetazo. En MI tienda. —Se señala el pecho con rabia y perdigones de saliva caen esparcidos por la mesa—. Luego se fue y no volví a verlo.

—¿Beatriz le había sido infiel antes?

—No. Nunca. Por eso esto... —Se detiene—. Con Álvaro siempre hubo algo. Una conexión. Me ponía de los nervios.

—Pues verá, Borja —interviene Paco—. La cosa no se le presenta halagüeña.

Borja emite un bufido desdeñoso.

—¿Un bufido? —Mónica golpea la mesa—. ¿Es eso todo lo que tiene que decir? Está hasta arriba de mierda, por si no lo ha comprendido.

Borja se inclina hacia Mónica, abre mucho los ojos y recalca sin pestañear:

—Les-di-go-que-yo-no-he-he-cho-na-da.

Yago se acerca por primera vez.

—Llévalo a la celda. Que pase la noche pensando.

En menos de un minuto, dos agentes uniformados entran y se llevan a Borja. Antes de salir, se gira.

—Cuiden de mi familia. Por favor.

La puerta se cierra.

Se quedan los tres sentados en la sala vacía. El olor a miedo del sospechoso todavía flota en el aire.

—No ha confesado —se lamenta Mónica.

—Confesará —responde Yago—. Tenemos el testimonio del bedel. La pelea en la tienda. Los celos. Y pronto tendremos los resultados de Fernando Vara.

Mónica no dice nada y se queda pensando. Es cierto. La última persona que habló con Álvaro con vida fue Miriam, la profesora de inglés, entre las seis y las seis y diez. Borja llegó al instituto a las seis y media, justo cuando empezaba *El Polígrafo*, el programa de radio favorito del bedel. Sergio Montiel encontró a su hermano muerto más tarde de las diez, y según Vara, ya llevaba algunas horas muerto, a tenor de las propiedades de la sangre. El marco temporal encaja, y también el color del cabello.

La confesión les habría facilitado el trabajo de modo significativo, pero, aunque Borja se haya mostrado duro de pelar, ellos —Yago en particular— tienen el convencimiento de que lograrán que lo condenen. En efecto, no solo cuentan con el testimonio de Miriam y el bedel, sino que además tienen el informe científico sobre los datos obtenidos en el cuarto de baño: la huella de zapato en la sangre del suelo, los cabellos grises, las marcas en el mango del cuchillo...

—Cuando Fernando nos dé los resultados, aplastaremos a ese cabrón. —Yago se frota las manos.

Paco asiente. Parece convencido.

Los tiempos han hecho que no hayan podido quemar todos los cartuchos el mismo día, pero pronto, Fernando Vara les entregará los resultados de las marcas en el cuchillo, y también de la huella de zapato que encontraron junto al cadáver. Con suerte, en el próximo interrogatorio sacarán toda la artillería. Y aplastarán a ese indeseable.

Es lo que Yago cree.

Mónica, en cambio, no comparte su entusiasmo.

12

MÓNICA SE DETIENE un instante frente a la puerta, con el estómago contraído en ese nudo familiar que aparece cada vez que Jorge intenta esto. Ya conoce el patrón: primero la esperanza —tal vez esta vez sea diferente—, luego el agotamiento anticipado de la discusión que inevitablemente vendrá. Las llaves tiemblan en su mano, no por el frío, sino por esa mezcla tóxica de amor y miedo que ahora define su matrimonio.

El olor a lima y cilantro le ha llegado desde el ascensor. Conoce ese aroma: tacos mexicanos, su plato favorito desde que Jorge la llevó a aquel sitio de Augusto Figueroa donde servían unos deliciosos tacos extragrandes. *Tacotes*, los llamaban. Cuando aún reían con la boca llena y el futuro era una promesa.

La música de Etta James se filtra por debajo de la puerta. *At Last*. Su canción.

Mónica respira hondo y gira la llave.

El salón está transformado. Luces tenues, velas sobre la mesa, dos copas de vino ya servidas. Jorge aparece desde la cocina con el delantal que ella le regaló en su último cumpleaños, ese que dice *Bésame, soy el cocinero*. Sonríe con esa mueca que hace no mucho la derretía por completo.

—Hola, cariño. Llegas justo a tiempo —dice él, acercándose.

Se besan. Un beso suave, familiar, que sabe a intentos desesperados de reparación. Jorge huele a jabón de ducha y loción

de afeitado. Por un momento, Mónica se permite cerrar los ojos y dejarse llevar.

—¿Tacos? —pregunta al separarse, mirando la comida dispuesta en la encimera y en las sartenes.

—Con guacamole casero. Como te gusta.

Mónica lo abraza. Es un abrazo sincero pero contenido, como si tuviera miedo de romperse si se entrega demasiado.

—Debo de oler fatal —murmura contra su hombro—. Todo el día de un lado para otro, interrogando a sospechosos, y con este calor...

—No me importa —Jorge la estrecha más fuerte. Mónica siente sus manos grandes y cálidas en su espalda. La besa de nuevo, esta vez más profundo—. Hoy no quiero que hablemos de trabajo. No quiero saber quién ha matado a quién. Esta noche es solo para nosotros.

Algo se tensa en el pecho de Mónica. *Para nosotros*. Como si ella llevara una doble vida. Como si, al entrar por la puerta, dejara de ser policía por arte de magia.

Se separa con suavidad.

—Déjame darme una ducha rápida antes de cenar —dice, agachándose para acariciar a Luna, acurrucada sobre el cabecero del sofá. Cualquier cosa con tal de no enfrentarse a él. La gata ronronea al contacto de sus dedos.

El cambio en el rostro de Jorge es instantáneo, como una persiana que se cierra.

—Pensé que podríamos hablar —dice—. Como antes.

Como antes. Antes del aborto. Antes de las pruebas y la intervención. Antes de que el mundo se partiera en dos.

Mónica alcanza la copa de vino y se la bebe de un trago. El Rioja le quema la garganta.

—Estoy cansada, Jorge.

—Últimamente siempre estás cansada.

—Tengo un caso de asesinato entre manos, por si no te habías dado cuenta. —De inmediato se arrepiente del tono.

—Es que siempre tienes algo entre manos.

Se miran. La música sigue sonando, incongruentemente romántica.

—Han pasado tres meses desde los resultados —dice él, y Mónica siente cómo el suelo se inclina bajo sus pies—. Podemos intentarlo. ¿Cuándo vamos a hacerlo?

Los resultados. Como si fueran notas de un examen. Como si la laparoscopia que le hicieron, esos ocho mil euros de las pruebas de fertilidad que Jorge pagó sin pestañear porque «merecía la pena saber», fueran solo un trámite. Recuerda su cara de felicidad cuando el médico dijo que sí, que todo estaba bien y podían volver a intentarlo. Justo la misma semana en que a ella la ascendieron a inspectora.

—Jorge, acaban de ascenderme. Estoy en medio de un caso de asesinato...

—Ya, la misma historia una y otra vez —la interrumpe—. Y me alegro por tu ascenso, pero no creas que voy a enviarle una botella de vino a tu amigo Yago por ello.

«Vaya, ahora resulta que es mi amigo», piensa Mónica, perpleja y dolida.

—¿Qué quieres decir?

Él niega con la cabeza.

—Primero fue recuperarte del... del aborto. Luego el ascenso. Ahora este caso. ¿Y después? ¿Qué vendrá después, Mónica? ¿Cuál será tu excusa para no mirar a la vida a la cara?

—¿Pero por qué tiene que ser ahora? ¿Por qué tanta prisa?

—¿Prisa? —Jorge eleva la voz—. ¡Llevamos dos años en esto! Gastamos una pasta en ese estudio. Tú dijiste que lo deseabas.

—¡Deseaba! —Mónica también grita ahora—. ¡Tiempo pasado! ¿No puedo cambiar de opinión? ¿No puedo tomarme un tiempo para estar segura?

Jorge baja la cabeza y suspira, rendido.

—Entonces, todo fue para nada. El tratamiento, las pruebas, las inyecciones...

Durante un momento, Mónica siente la extraña impresión de que sigue interrogando a Borja Pelayo, que ahora lleva una camisa, una peluca y una máscara de Jorge muy bien imitada. Hasta la expresión es la misma: crispada y un poco hosca por fuera, pero vulnerable por dentro.

—Jorge, por poco me muero durante el aborto. —Las palabras salen de su boca como piedras.

Él llena un vaso de agua del grifo y lo bebe de un trago. Mónica nota que le tiembla la mano que sujeta el vaso. Y a Jorge no le suelen temblar las manos; al menos, no hasta que comenzó la pesadilla.

—El médico dijo que fue hemorrágico —continúa Mónica, su voz empieza a temblar—. Todavía tengo pesadillas. Dame un respiro, joder.

Jorge se acerca y le toma las manos. Su voz se suaviza en un intento desesperado por recuperar la noche.

—Pero estás bien ahora —dice lentamente, hablándole como a una niña torpe—. Los médicos dijeron que puedes intentarlo.

—¿Que estoy bien? —Mónica retira las manos con rabia, pero nota que, inconscientemente, su mano izquierda va a su vientre, ese gesto protector que no puede evitar—. Jorge, lloro cada vez que veo un carrito de bebé. Ayer, el hijo de una sospechosa se me subió a las rodillas y llenó mi placa de babas. Todavía se me encoge el pecho al revivirlo...

Las lágrimas llegan como ese sangrado que no pudo parar, imparables y aterradoras, recordándole que su cuerpo la traiciona cuando más lo necesita. Y mientras Jorge la abraza, mientras murmura que todo estará bien, Mónica piensa en cómo puede amar tanto a alguien y, a la vez, sentirse tan lejos. Como si el aborto hubiera abierto un abismo entre ellos y cada intento de cruzarlo solo lo hiciera más ancho.

Lo ama. Dios, cómo lo ama. Pero a veces el amor es como esas vendas que se ponen sobre heridas que necesitan cirugía: no importa cuántas capas pongas, la hemorragia no se detiene. Por un instante, Mónica casi cede. Su olor, el calor de su pecho, la forma en que sus cuerpos encajan después de tantos años. Recuerda noches de domingo viendo series malas, mañanas de resaca compartida, la vez que bailaron descalzos en esta misma cocina.

—Lo sé, lo sé —repite él.

Por algún motivo, esas simples palabras llenas de buenas intenciones la enfurecen. Porque no, él no tiene ni idea del dolor que

siente.

—No lo sabes. Nunca fuiste a las ecografías. «Tengo una reunión importante, cariño», decías. «Pero me cuentas todo después, ¿vale?» Y yo tenía que ir sola, siempre sola, viendo a otras parejas emocionadas mientras sostenía mi bolso en el regazo como única compañía.

—¡Vamos, hombre, eso no es justo! —exclama él con desdén, volviéndole la espalda. Pero ella observa un parpadeo de mortificación en sus ojos—. Nunca cambiarás, Mónica. Cuando algo no va bien, siempre tengo yo la culpa, ¿no? El bruto e insensible de Jorge.

Desde el sofá, Luna maúlla, como si quisiera intervenir. Como si se pusiera en su contra, la muy zorra.

—Basta. Eso no tiene nada que ver. Y no quiero seguir hablando de ello.

—Pero vamos a seguir hablando —él, también enfadado, la atrae de nuevo hacia su cuerpo—. Tú ya has soltado el parrafito. Ahora me toca a mí. Mónica, ya vamos teniendo una edad —añade él ásperamente, echando más leña al fuego—. Más allá de los cuarenta empieza a ser desaconsejable...

Mónica se congela. Se revuelve con brusquedad y se separa de él como si le quemara.

—¿Desaconsejable?

Jorge se detiene, horrorizado por sus propias palabras. Se toca compulsivamente el anillo de boda, ese tic que Mónica conoce tan bien, el que aparece cuando está a punto de romperse.

—No... Dios, no he querido decir... —Se pasa la mano por la cara—. Es que tengo tanto miedo, Mónica. Miedo de que sea demasiado tarde para nosotros. Pasé tres días pintando ese cuarto mientras estabas en el hospital. Solo. Amarillo pastel, ¿recuerdas? El color que habíamos elegido. Y ahora cada vez que paso por esa puerta cerrada...

Su voz se quiebra. Por un momento, Mónica ve al hombre que lloró con ella en urgencias, no al que la presiona cada noche.

Jorge retrocede, abrumado, golpeando con el codo el tarro de guacamole que está abierto encima de la encimera, haciéndolo caer

al suelo. Los pedazos de aguacate aplastado salen disparados en todas direcciones, colándose bajo los muebles, y una mancha de un verde intenso ocupa el suelo de media cocina.

—Oh, mierda... —murmura, consternado—. Yo lo limpio.

—Fantástico —dice ella, también entre lágrimas—. Muchas gracias por una velada tranquila y sin agobios.

Mónica va a pasar por su lado, pero él la retiene asiéndola del brazo.

—Suéltame —sisea ella.

—¡No! —grita él, agarrándola con más fuerza. El furor en su voz no es nada comparado con la rabia y la tristeza de su mirada. «No vas a irte en mitad de la discusión como haces siempre», dice esa mirada.

Ella le da un empujón, llorando con más intensidad.

—¡Déjame en paz!

—Mónica...

Pero ella ya está caminando hacia el baño.

—¡Que me dejes! —grita desde el pasillo—. No voy a quedarme embarazada, lo siento. Por lo que a mí respecta, asunto terminado.

Cierra la puerta del baño con más fuerza de la necesaria. El agua de la ducha ahoga el sonido de la música del salón, pero no el recuerdo.

La sala de urgencias olía a desinfectante y a miedo. Jorge lloraba abiertamente, sin vergüenza, las lágrimas cayendo sobre sus manos entrelazadas con las de ella. Mónica miraba el techo, ese condenado techo blanco, contando las baldosas, sin poder llorar. Diecisiete baldosas de ancho. Veintitrés de largo.

—Hemorragia severa —dijo el médico—. Has perdido mucha sangre.

Jorge la abrazaba, meciéndola como a una niña.

—Lo intentaremos de nuevo, mi amor. Tendremos nuestra familia.

Mónica no dijo nada. Solo contaba baldosas y se esforzaba por pensar en el caso del robo en Chamartín que tenía que resolver, en los informes que debía entregar, en cualquier cosa menos en el vacío que sentía donde antes había habido vida.

El agua caliente cae sobre sus hombros. Mónica apoya la frente contra los azulejos fríos.

Habían sido dos líneas rosas en un test de embarazo. Luego, náuseas matutinas. Después vinieron los planes: lista de nombres, el color de las paredes del cuarto del bebé. Y luego... sangre. Tanta sangre.

Se refugió en el trabajo como quien se esconde en un búnker. Casos, interrogatorios, murales con fotos de desconocidos. Cualquier cosa para no pensar. Para no sentir. Y Jorge había esperado. Paciente. Comprensivo. Hasta que dejó de esperar.

Mónica cierra el grifo, sale de la ducha y se envuelve en la toalla. Las lágrimas siguen empapando sus mejillas. Al buscar su pijama en el cajón de la cómoda, sus dedos rozan algo. Papel fotográfico. Lo saca despacio.

Es la ecografía, aquella en la que apenas se distinguía un punto. Jorge la ha guardado todos estos meses, escondida bajo sus camisetas. En la esquina, con su letra, se lee: *Primer milagro - 12 semanas de la fierecilla.*

Desde el salón le llega un sonido. Al principio piensa que es la televisión, pero no. Es Jorge. Está llorando con esos sollozos ahogados de quien no quiere ser escuchado, de quien se rompe a solas.

«Tal vez... —piensa Mónica mientras sostiene la ecografía contra su pecho—, tal vez aún sea posible. Tal vez podamos superar esto. Con esfuerzo, amor y tiempo, podremos volver a ser esa pareja que reía a carcajadas con los morros manchados de tacotes, que compraba pruebas de embarazo con ilusión en lugar de miedo».

Tal vez.

13

MÓNICA SOFOCA OTRO BOSTEZO, el tercero en los últimos cinco minutos. Ha dormido una mierda después de lo de anoche con Jorge, dando vueltas en la cama hasta las cuatro de la madrugada, y ahora lo está pagando. Los párpados le pesan como si fueran de plomo.

Paco está sentado frente a ella, con su traje arrugado de siempre y un nuevo corte de afeitado en la papada. Yago, a la cabecera de la mesa, juega con un bolígrafo mientras observa el mural del caso. Por el ventanal se ven nubes grises y plumizas que amenazan lluvia.

En la pared, la foto de Álvaro Montiel los mira desde el centro del mural, rodeado de pósits amarillos y líneas rojas que conectan nombres, horas y lugares.

Mónica estudia la cronología escrita con la letra de médico de Paco:

LUNES - DÍA DEL CRIMEN

14:00 APROX - ÁLVARO VISITA DEPORTES BP. ALTERCADO CON BORJA PELAYO.

17:00 APROX - BORJA PELAYO ENTRA AL INSTITUTO.

18:00-18:10 - MIRIAM BROWNING HABLA CON ÁLVARO (ÚLTIMA VEZ VISTO CON VIDA).

18:30 - BORJA SALE DEL INSTITUTO.

22:00 - SERGIO ENCUENTRA EL CADÁVER.

Debajo, las evidencias de Fernando Vara ocupan media pizarra: dos heridas de arma blanca, cuchillo Arcos de cocina, huellas parciales en el mango, cabellos grises en la mano de la víctima, sangre por todas partes, signos de lucha, huella de zapato talla 42.

Yago mira el mural un momento más y luego se recuesta en su silla como si estuviera en el sofá de su casa.

—Solo nos queda esperar a los resultados del laboratorio... — empieza, pero se detiene, negando con la cabeza—. Por cierto, ¿visteis el partido del lunes? Rusia contra España. Menudo desastre.

—No me lo recuerdes —salta Paco, rascándose el bigote—. Dos a uno. Y eso que Rusia no es precisamente el Brasil de los 70.

Mónica los mira con ganas de estrangularlos. Tienen un muerto en la nevera del forense y ellos hablan de fútbol.

La puerta se abre y Mercedes entra con una bandeja de cafés y una carpeta bajo la axila.

—¿Otra vez discutiendo de fútbol? —Mercedes reparte los vasos—. Mi sobrino lleva toda la semana hablando del partido del lunes... Por cierto, estudia en ese instituto. El Nueva Esperanza. Me ha dicho que todo el mundo está asustado. Que han puesto un psicólogo para los críos.

—Normal —murmura Paco—. No todos los días aparece un profe desangrado en el váter.

—¿Podemos centrarnos, por favor? —interrumpe Mónica, llevándose un Chupa Chups de cola a la boca. Es su vicio desde que dejó de fumar y además le ayuda a pensar.

—Relájate, mujer. —Yago se balancea en la silla—. Tenemos a Pelayo detenido. El caso está prácticamente cerrado.

—¿Con qué pruebas? ¿Que le dio un puñetazo en su tienda?

—Cuando Fernando cruce la huella de Pelayo con las del mango del cuchillo, tendremos pruebas. —Revisa su reloj de muñeca, un Casio infantil que lleva con él desde que salió de la academia—. Es cuestión de minutos.

Mercedes levanta un dedo, como si acabara de recordar algo importante.

—¡Ah! Gracias por recordarlo. Acaban de llegar los resultados del cuchillo.

Mónica arranca el sobre de sus manos. Lee en diagonal, saltándose la jerga forense: *Huellas parciales no identificables... exceso de sangre... dos conjuntos de huellas superpuestos... imposible determinar identidad...*

—Mierda. —Tira el informe sobre la mesa—. No sirve para nada.

—Bueno, al menos sabemos que hay dos conjuntos —dice Yago.

Mónica mira el informe. Dos conjuntos de huellas. ¿Por qué dos? La de Álvaro y la del asesino, se responde. «A menos que... No, imposible». Guarda el pensamiento para más tarde.

Mercedes interrumpe sus cavilaciones hojeando otros papeles.

—Qué raro...

—¿Qué pasa?

—Aquí hay una solicitud de cambio de actividad extraescolar que nunca se procesó. Del 10 de febrero. Está marcada como «pendiente de revisar con dirección».

Pero Mónica apenas la escucha. Algo le chirría en la cabeza, como una alarma lejana que no consigue identificar. Mientras ordena sus papeles, Mercedes sigue parloteando con Paco sobre el sobrino de ella y el partido del lunes...

El partido del lunes.

Es como un letrero luminoso en medio de la noche oscura. El llanto de un bebé en una biblioteca silenciosa.

Partido del lunes...

Las piezas flotan en su cabeza sin conectar, hasta que de repente...

—¿A qué hora fue el partido? —La voz le sale más aguda de lo normal.

Mercedes se encoge de hombros.

—A las siete —responde Paco—. Jugaron en Rusia. Me perdí el primer tiempo por...

—¿Qué ocurre, Mónica? —Yago la mira con curiosidad—. ¿Desde cuándo te interesa el fútbol?

Mónica muerde con fuerza el palito del caramelo. Crack. Se parte entre sus dientes justo cuando las piezas encajan en su cabeza.

—¡Maldita sea! —Se levanta tan rápido que tira el café—. ¡Maldita sea, joder, qué estúpida he sido!

—¿Perdona? —Yago se incorpora—. ¿Qué coño te pasa?

—¿Cómo he podido pasarlo por alto? —Se golpea la frente con la palma—. ¡Soy gilipollas!

Los tres la miran como si hubiera perdido la cabeza. Claro, ellos aún no han caído, pero pronto verán la evidencia y maldecirán su torpeza como ella. Mónica saca el móvil. Desliza el pulgar con rapidez y se mueve por las páginas febrilmente. Google: «Programación COPE lunes». *Scroll* frenético.

—¿Te importaría compartir tu epifanía? —La voz de Yago destila sarcasmo.

—¡Aquí está! —Agita el móvil como si fuera un trofeo—. El partido Rusia-España. Retransmitido por la COPE.

—¿Y? —Paco alza una ceja—. Todos los partidos de la selección...

—La retransmisión empezó a las seis y media. —Mónica los mira, esperando a que caigan. Suspira—. Modificaron la programación por el partido. El Polígrafo, que normalmente empieza a las seis y media, lo adelantaron a las seis menos cuarto.

Silencio. Yago parpadea. Mercedes frunce el ceño. Paco se rasca la cabeza.

—Joder —murmura Paco, cayendo primero—. El bedel...

—El bedel dijo que Borja salió cuando empezaba El Polígrafo. —Mónica habla rápido, atropellando las palabras—. Asumió que eran las seis y media porque ese es el horario habitual. Pero ese día, por el puto partido, el programa empezó tres cuartos de hora antes. ¿Lo comprendéis?

Yago se levanta despacio y se acerca a la pizarra. Rendido, coge el rotulador rojo. Tacha «18:30» y escribe «17:45».

—Borja Pelayo salió del instituto a las seis menos cuarto.

—Y Álvaro seguía vivo a las seis —añade Paco—. Miriam habló con él.

Mónica asiente satisfecha al ver que por fin lo han comprendido.

—Y no pudo ser antes porque estaba dando clase —señala.

Se produce un silencio incómodo. La prueba principal contra Borja Pelayo acaba de esfumarse.

—Hijo de puta. —Yago deja caer el rotulador sobre la mesa—. Pelayo no lo mató. No pudo. Salió del instituto quince minutos antes de que Álvaro hablara con Miriam.

Mercedes se acerca al mural, estudiando la nueva cronología.

—Entonces solo tenemos que le pegó un puñetazo. Y los celos.

—Que son la nada absoluta sin el resto —dice Mónica—. Cualquier abogado de tres al cuarto lo exculparía en cinco minutos.

Yago apoya una mano en el marco del mural y suspira. De repente parece diez años más viejo.

—Hay que soltarlo.

—¿Ahora mismo? —pregunta Paco.

—No podemos retenerlo sin cargos. —Yago mira el reloj—. Ya llevamos casi veinticuatro horas.

—Pero sigue siendo sospechoso —insiste Mercedes—. Los celos son un móvil clásico.

Mónica pone los ojos en blanco y se esfuerza por no ser demasiado dura.

—¿Con qué pruebas? ¿Con que su mujer coqueteara con Álvaro? Por favor.

—Oye, no hace falta ese tono...

—Chicas, por favor. —Yago levanta una mano—. Mercedes tiene razón en que no podemos descartarlo completamente. Pero eso ahora da igual: hay que soltarlo. No tenemos nada sólido contra él. Al contrario, el testimonio del bedel le ha proporcionado una coartada.

Paco deja escapar ese suspiro de viejo poli que ha visto demasiadas cagadas.

—Vuelta a empezar.

—No exactamente. —Mónica vuelve a estudiar el mural—. Sabemos que el asesino estuvo en el instituto después de las seis y diez. Sabemos que usó un cuchillo de cocina común. Sabemos que, probablemente, tiene el pelo gris. Y tenemos una huella de zapato.

—Y dos conjuntos de huellas en el cuchillo —añade Yago—. Aunque sean inútiles.

Mónica abre la puerta.

—Paco, ¿vienes conmigo?

—¿Adónde?

—A soltar a Borja Pelayo. Y a disculparnos.

—¿Disculparnos? —Yago la mira como si hubiera sugerido bailar desnudos—. No nos disculpamos. Teníamos motivos razonables para la detención.

—Teníamos una cagada de un bedel al borde de la jubilación. —Mónica coge su chaqueta—. Y un hombre ha pasado la noche en el calabozo por ello.

Sale de la sala sin esperar respuesta. Detrás, oye a Paco suspirar y seguirla.

En el pasillo, mientras esperan el ascensor, Paco la mira de reojo.

—Bien visto lo del programa.

—Debería haberlo visto antes.

—No puedes pensar en todo.

El ascensor llega. Entran. Paco pulsa el botón del sótano, donde están las celdas.

—¿De verdad crees que Borja es inocente? —pregunta mientras descienden.

Mónica lo piensa. Borja Pelayo es un celoso, un tipo con mal genio que le pegó a Álvaro. Pero ¿un asesino?

—Creo que no tenemos pruebas —dice finalmente—. Y eso, en este trabajo, es lo mismo que ser inocente.

Llegan a su destino. Las puertas se abren al pasillo gris de los calabozos. Huele a lejía y a insomnio.

—Vamos —dice Mónica—. Expliquemos a nuestro primer sospechoso que puede irse a casa.

Mientras caminan hacia la celda de Pelayo, Mónica no puede evitar pensar en Jorge. En sus propias palabras, gritadas desde el pasillo: «No voy a quedarme embarazada, asunto terminado». ¿Hablaba en serio o fue un arrebató producto del enfado? Ya no sabe qué pensar.

Y luego está Raquel, la becaria. No es que tenga pruebas, solo sospechas. Mensajes a deshora. Reuniones que se alargan. Comidas

de trabajo. Mónica se reconoce en Borja Pelayo: consumida por unos celos que la hacen sentir pequeña y patética.

Los celos son un veneno lento. Te hacen ver fantasmas donde solo hay sombras. Borja vio un romance donde probablemente solo había amistad. ¿Y ella? ¿Qué está viendo exactamente?

El problema con los celos, piensa mientras se detienen frente a la celda de Pelayo, no es que te hagan ver cosas que no existen.

Es que a veces te ciegan justo a lo que sí está ahí, delante de tus narices.

14

LA LLUVIA CAE con saña sobre Madrid, como si el cielo hubiera decidido vaciar de golpe todas sus reservas del año. Mónica llega al instituto con el paraguas chorreando y los bajos del pantalón empapados. Tiene la esperanza de poder hablar con Patricia durante la pausa del recreo, que está a punto de comenzar.

La encuentra bajo los soportales del patio, fumando con la concentración de un francotirador. No mira el cigarrillo, sino algo más allá de la verja. Como siempre, parece recién salida de una revista de profesoras modernas: pantalones anchos de flores, blazer blanco impecable y bailarinas. Ni la lluvia torrencial ha conseguido despeinarla.

—¿Qué miras con tanto interés? —pregunta Mónica, cerrando el paraguas. Se sacude un poco.

Patricia señala con la barbilla. Al otro lado de la calle, un chico sale de un gimnasio. Camiseta de tirantes y brazos de calendario. Sus músculos brillan por el sudor o la lluvia, probablemente por ambas.

Patricia deja escapar el aire de golpe en una nube de humo.

—Cómo me gusta que la juventud se cuide —dice, sin apartar la mirada de su objetivo.

—A ti lo que te gusta son los jovencitos que exhiben bíceps —la corrige Mónica, sonriendo.

Patricia la mira.

—¿Tanto se nota? —Suelta una carcajada—. Oye, ¿crees que sería muy obvio si salgo corriendo a pedirle el número? Y apártate, que no veo bien.

A través del ventanal del gimnasio se ve el desfile habitual: diferentes ejemplares muy bien dotados, corriendo en las cintas o levantando pesas, todos sudando su cuota mensual. Mónica sospecha que Patricia ha elegido estratégicamente este rincón para sus descansos.

Mónica se ríe y la mira como diciendo: «Fingiré que no te he oído». Aunque es típico de su amiga. En el instituto iban juntas a los partidos de fútbol, y Patricia dedicaba los noventa minutos a evaluar traseros en pantalón corto. Cuando elegía víctima, empezaba con las miradas y los saludos desde la banda. El pobre chaval no solía hacer un gran partido.

—No lo sé, pero de lo que sí estoy segura es de que lleva anillo de casado.

—¡Imposible que lo hayas visto desde aquí! —Patricia le da un codazo—. Además, no soy celosa. ¿Te acuerdas de Nacho Yáñez? Salí con él en 2016.

Mónica medita por unos instantes.

—¿Era el que gemía como un gorila en celo?

—No.

—¿Quién era el que gemía como un gorila en celo?

—No tengo ni idea.

—Quizá saliera conmigo. Antes de Jorge, quiero decir.

—Tal vez. —Patricia se encoge de hombros—. Total, que Nacho Yáñez estaba recién casado. —Sonríe con placidez—. Y, tal y como se comportaba en la cama, no parecía importarle.

Mónica meneaba la cabeza.

—Eres terrible.

—Oye, que el casado era él, no yo.

Por un momento, es como si los años no hubieran pasado, como si volvieran a ser las adolescentes que fumaban a escondidas, puntuaban los culos de los chicos y criticaban a los profesores. Mónica se alegra de tener esto de vuelta, aunque sea en estas circunstancias.

Otro hombre sale del gimnasio. Por desgracia, éste no justifica que se lo queden mirando.

—Oye, ¿podemos hablar cinco minutos? —pregunta Mónica.

Patricia mira su reloj y apaga el cigarrillo. La camaradería parece evaporarse con el humo.

—Claro —asiente, aplastando la colilla—. Aún quedan diez minutos para que tenga que volver a lidiar con las pequeñas bestias del apocalipsis.

—¿Tan mal están?

—Mal es poco. Tercero de la ESO, tía. La edad en la que las hormonas les han comido el cerebro, pero aún no les ha salido sentido común. —Suspira teatralmente—. Menos mal que no tengo hijos.

El comentario provoca una punzada en el vientre de Mónica que Patricia no parece notar.

La lleva a un aula vacía. Patricia se sienta sobre el escritorio, balanceando las piernas. Mónica permanece de pie con los brazos cruzados.

—Me he enterado de que habéis soltado al marido de Beatriz.

—Sí. —Mónica le resume brevemente por qué lo detuvieron y por qué han tenido que soltarlo—. El bedel se equivocó con la hora. Borja Pelayo salió del instituto antes de que Álvaro fuera asesinado.

—Así que vuelves a estar en la casilla de salida.

—Pero sin cobrar los dos mil.

Ambas se ríen por el comentario, aunque sin demasiadas ganas.

—¿Tú lo conoces? —pregunta Mónica—. A Borja.

—No, nunca hemos coincidido.

—¿Y su mujer? ¿Cómo es?

—¿Beatriz? Al principio pensaba que era de esas mojigatas recién salidas de la facultad, una de esas que solo sale de casa para ir a la biblioteca o a clase. Pero es buena gente. Muy comprometida con los chicos.

—Su marido cree que tenía algo con Álvaro.

Patricia casi se atraganta.

—¿Beatriz y Álvaro? Por favor. Ni de coña.

—¿Por qué dices eso?

—Álvaro era... no sé, costaba imaginarlo con cualquier mujer. Era como un monje laico. Muy solitario.

—Pues estuvo casado.

—¿En serio? —Los ojos de Patricia se abren—. Nunca lo mencionó. Aunque tampoco es que habláramos mucho. Procuro mantener mi vida personal alejada de este sitio.

Se queda pensativa, jugueteando con una tiza.

—Había algo raro en él, ¿sabes? Como si cargara con un peso. Y no es de ahora. Ya pensaba lo mismo de él cuando éramos crías...

—¿De crías? ¿Qué quieres decir?

—Álvaro estudió aquí, en el Nueva Esperanza. Era cuatro años mayor que nosotras. —Patricia la mira—. ¿Es que no lo recuerdas?

Mónica niega. No dice nada.

—Su madre lo sacó antes de que terminara secundaria — prosigue Patricia—. De repente, sin explicaciones. Era como si se hubiera producido un suceso en torno a él del que nadie nos hablaba. Recuerdo que durante semanas hubo cuchicheos. Los adultos paraban de hablar cuando nos acercábamos los niños, como si nos estuvieran protegiendo de alguna información.

—No me acuerdo de nada. ¿Y tú no te llegaste a enterar de qué iba todo eso?

Patricia niega con la cabeza.

—En las ocasiones en que intenté escuchar a hurtadillas las conversaciones que, entre susurros, mantenían los mayores, eran las palabras «escándalo» y «escuela» las que más se repetían. Pero no sé más.

—¿Qué tipo de escándalo?

—Ni idea... —Se detiene. Parece que acaba de caer en algo—. Pero se me ocurre que tal vez podrías hablar con Román Salvador.

A Mónica le suena el nombre, pero no lo ubica.

—¡No me lo puedo creer! ¿No te acuerdas? Ni que hubieras estado abducida, chica. Román Salvador era el profe chiflado de filosofía. El que llevaba corbatas imposibles y citaba a Platón para todo. *El mito de la caverna*... —dice, imitando con los ojos en blanco la voz de un demente—. Dio clase a Álvaro y luego a nosotras.

Todavía estaba por aquí cuando yo entré como profesora. Se jubiló hace poco. Vive en Chamberí.

Patricia garabatea una dirección en un pósit.

—Si alguien sabe qué pasó, es él. Era el único profesor que parecía enterarse de todo.

Suena la sirena que indica el fin del recreo y Mónica da un brinco. Esa dichosa sirena del carajo.

Patricia baja de la mesa de un salto. Se abrazan brevemente y prometen seguir en contacto.

Mónica sale del instituto con el paraguas luchando contra el viento. La tormenta ha convertido las calles en ríos urbanos, y el ambiente húmedo y pesado hace que a Mónica se le empiece a pegar la camiseta a la espalda. En un semáforo en rojo, se gira para mirar el edificio una última vez.

El Nueva Esperanza se alza contra el cielo gris como una fortaleza de ladrillo y hormigón. Siempre lo vio como una cárcel infantil: verjas, timbres, normas, castigos, comida de rebaño... Ahora, además, el edificio irradia cierta sensación de zozobra e intranquilidad, como si fuera el escenario de una película claustrofóbica de terror psicológico.

Ha visto suficientes casos para saber que el mal no necesita escenarios góticos. Florece igual en oficinas luminosas que en callejones oscuros. Pero los institutos son especiales. Qué duda cabe que el hecho de que se haya producido un sangriento asesinato en su interior ayuda a generar esa sensación. Sin embargo, algo dentro de ella sabe que hay algo de verdad. Tras esos insulsos muros latan las distintas manifestaciones de la maldad humana, representadas igual que en cualquier otro lugar del mundo habitado por el hombre. El odio, los celos, el resquemor, la codicia, la mezquindad y la inquina fermentan como en un caldo de cultivo entre unas paredes que aparentan proteger la inocencia infantil.

Allí de pie, esperando al semáforo que hace segundos ya está en verde, al contemplar el instituto bajo la lluvia, Mónica se pregunta cuántos secretos guardarán sus muros. Cuántas historias enterradas bajo capas de pintura institucional y reformas educativas.

Se estremece. No es la lluvia. Es la sospecha de que Álvaro Montiel tal vez no fue la primera víctima del Nueva Esperanza.

Y puede que tampoco sea la última.

Con una mano en el paraguas y la otra buscando un Chupa Chups en el bolsillo, Mónica pone rumbo hacia Chamberí, donde vive (si a eso se le puede llamar vivir, como comprobará muy pronto) Román Salvador.

15

LA PUERTA del 3º B tiene el timbre arrancado. Es la segunda señal de decadencia. Mónica ha tenido que subir los tres pisos a pie porque el ascensor tiene un cartel de *No funciona* que parece estar ahí desde la transición. El pasillo huele a col hervida y a pelo mojado de animal. Mónica llama con los nudillos.

Nada.

Vuelve a llamar, más fuerte.

Se oye un arrastrar de pies. La mirilla se oscurece. Pasan diez segundos. Veinte. Mónica está a punto de volver a llamar cuando la puerta se abre dos centímetros, lo que permite el paso de la cadenilla. Dos ojos pequeños como canicas, intensos y paranoicos, la estudian desde el hueco.

—¿Román? ¿Román Salvador?

El silencio es tan largo que Mónica empieza a preguntarse si el hombre ha perdido el habla. O la chaveta.

—¿Quién pregunta? —La voz sale oxidada, como una bisagra sin aceite. Mónica se siente como una intrusa.

—Mónica Lago. Fui alumna tuya en el Nueva Esperanza.

Las oscuras canicas parpadean.

—No me acuerdo.

—Gafas de pasta. Coletas. El piercing en la lengua. —Se señala el brazo—. Y el tatuaje de Stephen King que dijiste que era una profanación del templo corpóreo.

Un bufido al otro lado de la puerta.

—Ah, sí, Lago. La listilla. Eras un grano en el culo.

—La misma. —Mónica saca la placa, ladea la cabeza y sonríe—. Ahora el grano en el culo es inspectora de policía. ¿Podemos hablar?

Román suspira como si le hubieran pedido que donara un riñón. La cadenilla tintinea. La puerta se abre.

Mónica se queda boquiabierta al ver lo que queda de su viejo profesor. Si bien nunca fue un ejemplo de higiene y estética, ahora es un espantapájaros con bata de franela. La piel le cuelga de los huesos como ropa tendida en un día sin viento. Tiene manchas de vejez del tamaño de monedas de dos euros y el pelo —el poco que le queda— es una telaraña gris sobre un cráneo que parece de pergamino. Pero lo peor es el olor: una mezcla de orina mal contenida, aceite frito y ese aroma dulzón de la gente que ha dejado de ducharse a diario.

—Pasa. —Se da la vuelta sin esperarla—. Quítate los zapatos.

Señala un rincón donde ya hay varios pares, todos cubiertos de una capa de polvo que podría tener valor arqueológico. Mónica obedece, intentando no pensar en qué clase de ecosistema puede estar desarrollándose en esa moqueta.

El pasillo es un túnel largo y oscuro de periódicos apilados. El País, ABC, El Mundo, todos amarillentos, formando murallas a ambos lados. Mónica camina de puntillas, siente humedad en sus calcetines en lugares que no deberían estar mojados. Tiene la sensación de estar adentrándose en una caverna.

Como la del mito de Platón.

El salón es peor. Las persianas están bajadas como si la luz fuera el enemigo. Mónica tiene la ocurrencia de que si le preguntara a esas ventanas cuándo fueron abiertas por última vez, la respuesta sería inmediata y en coro: «¡NUNCA!». Hay estanterías que van del suelo al techo, repletas de libros que parecen a punto de colapsar, y cuadros oscuros de bodegones con ostentosos marcos. Una lámpara de pie proporciona la única iluminación, creando sombras que parecen tener vida propia.

Román se desploma en un sofá que suelta una nube de polvo visible incluso en la penumbra.

—Siéntate.

Mónica elige el borde de un sillón que podría haber sido beige en 1975. Ahora es de un color indefinible entre marrón y gris, con manchas que prefiere no identificar. Toma nota de que debería echar los vaqueros a la lavadora tan pronto como llegue a casa.

—Me gustaría preguntarte por uno de tus antiguos alumnos —dice, yendo al grano. Algo le dice que ese hombre tiene tantas ganas de deshacerse de ella como ella de largarse.

Román tarda un segundo en contestar. A Mónica, que está atenta, no se le pasa inadvertida la sombra que acaba de cruzar su rostro, el tic imperceptible en la comisura de la boca o el titilar de sus pupilas.

—Tuve cientos de alumnos y este viejo empieza a perder la memoria —dice.

Se levanta, una manera muy directa de dar la conversación por concluida. Pero Mónica, muy a su pesar, permanece sentada. No se rendirá tan fácilmente.

—Después fue profesor. Tuvo que coincidir contigo. Álvaro Montiel.

El viejo se tensa. Solo un segundo, pero Mónica lo capta. Vuelve a sentarse.

—Ah, sí, Álvaro. ¿Cómo está?

—Lo asesinaron el lunes. En el instituto.

Román parpadea. Su mano derecha tiembla ligeramente antes de que la esconda bajo la manga de la bata.

—Qué... qué terrible. ¿Quién?

—Eso intento averiguar. Por eso estoy aquí. —La mirada de Mónica va sola a la manta sobre la que está sentado el viejo y, literalmente, ve todas las bacterias que trae consigo reptando por sus pantalones, por el sofá, por el suelo... Tiene que reprimir el impulso de retorcer la boca de asco—. ¿Cómo era el Álvaro estudiante?

—La verdad es que no lo recuerdo. Hace tantos años...

Algo le dice a Mónica que miente y que está haciendo un esfuerzo sobrehumano por no decir más de la cuenta.

—Su madre lo sacó del instituto antes de terminar secundaria. De repente. Sin explicaciones. ¿No recuerdas los motivos?

Román finge que piensa, junta las yemas de los dedos y apoya la barbilla sobre ellas, en un gesto de reflexión impostado.

—No me acuerdo. Lo siento.

—¿No puedes hacer un esfuerzo?

—Los chicos cambian de centro constantemente. —Román abre los brazos, marcando aún más las arrugas de su frente, en un gesto que indica que su afirmación es más que obvia.

—No cuando hay un escándalo de por medio —dice ella, recordando lo que esta mañana le ha dicho Patricia sobre los cuchicheos de los adultos.

La palabra «escándalo» hace que Román se encoja como si le hubieran dado un calambre.

Ella insiste:

—Recuerdo que, antes de que Álvaro se marchase del colegio, la gente hablaba de algo relacionado con él. ¿Tienes idea de qué podía ser?

—No, no tengo la menor idea. Claro que la gente habla tanto... Ya sabes cómo son. Yo en tu lugar no le daría importancia. Ha pasado mucho tiempo.

Se miran en silencio. El viejo aprieta los labios hasta que desaparecen en una línea fina. Es evidente que sabe cosas y no quiere compartirlas. ¿Habría sido Román uno de los que alimentaron los rumores? ¿O uno de los que miraron hacia otro lado? Mónica se muere por saber más.

—¿De verdad no te acuerdas de nada? Si quieres, podemos hablar en Jefatura, con un café. Tal vez te ayude a recordar si ves sus fotografías.

Él le dedica una mirada firme y severa.

—No salgo de casa —dice de repente—. Desde hace dos años, siete meses y doce días. La última vez fue para el funeral de mi hermana. El mundo de ahí fuera... —Hace un gesto vago hacia la ventana cerrada—. Es demasiado grande. Demasiado impredecible.

Mónica conoce la agorafobia. Interrogó una vez a una mujer que llevaba cinco años sin salir de un piso de treinta metros cuadrados. Había visto a su marido morir atropellado y desde entonces el

exterior era territorio enemigo. Esta es la misma mirada: terror puro cristalizado en pupilas dilatadas.

—Vale, pues no hace falta que salgas —accede—. Solo necesito que me hables de Álvaro y me iré.

Román se levanta con dificultad.

—Sigues siendo un grano en el culo, que lo sepas —gruñe—. Tengo algo que puede servirte. Luego te vas.

Arrastra los pies hasta una estantería. Saca un álbum de fotos que parece pesar una tonelada. Lo abre sobre la mesa de centro, levantando otra nube de polvo que hace toser a Mónica.

Son fotos de clase. Cada página tiene el año, el curso y los nombres. Román pasa las hojas con dedos amarillentos por la nicotina hasta detenerse en una.

—Aquí.

Mónica se inclina. La foto es de hace más de veinte años. Filas de adolescentes posando frente al encerado con el uniforme del Nueva Esperanza. Busca a Álvaro entre los nombres escritos a mano al pie de la foto. *A. Montiel*. Tercera fila, segundo por la izquierda. Un chico delgado, moreno, con una sonrisa que no llega a los ojos.

El chico de al lado tiene el brazo sobre los hombros de Álvaro en un gesto posesivo. Mónica lee el nombre y siente que algo se enciende dentro de su cabeza. Una chispa. Tenue, débil, pero una chispa al fin y al cabo.

Ese apellido... Lo conoce. Todo el mundo en Madrid lo conoce.

—Hostia puta —murmura.

Román cierra el álbum de golpe.

—Ahora vete.

Mónica sale de esa cueva y baja las escaleras de dos en dos. El apellido que ha visto en la foto le quema en la cabeza. Podría no significar nada y podría explicar mucho. Como por qué Román tiene tanto miedo a hablar.

O por qué Álvaro fue asesinado.

16

EL BOSTEZO le nace desde los dedos de los pies y le sube por todo el cuerpo como una ola de agotamiento. Mónica no recuerda la última vez que estuvo tan cansada. Ni tampoco tan confusa.

El caso es un rompecabezas con distintas capas. Hasta ahora, cada testigo le ha ofrecido migajas: el bedel y su testimonio equivocado, Beatriz y el plan de Álvaro de marcharse, Patricia con sus recuerdos borrosos del instituto... Todos saben algo, pero nadie parece querer hablar de más.

Pero eso ha sido hasta esta mañana. Gracias a su visita a Román Salvador, Mónica ya sabe que Álvaro fue a clase —y tal vez fueron más que compañeros— con Pedro Figueroa. El apellido le quema desde que lo vio en la foto de Román. Los Figueroa son intocables en este país. El padre, Gonzalo, fundó Automotores Figueroa en los ochenta y ahora factura millones. Tienen edificios con su nombre, una fundación benéfica y contactos en todos los ministerios. Pedro Figueroa es el único hijo del empresario (lo ha buscado en Google) y, por cómo pasaba su brazo por el hombro del pequeño Álvaro en la fotografía antigua de Román Salvador, tal vez sepa qué le pasó a Álvaro.

El problema es que Pedro Figueroa es un fantasma. No está en redes sociales. No tiene antecedentes. Google apenas arroja resultados más allá de fotos antiguas en galas benéficas, siempre al lado de papá.

Mónica se levanta, estira la espalda que cruje como leña seca y vuelve a sentarse. Acostada sobre el respaldo de su silla, le cuesta concentrarse en la pantalla y en los papeles sobre su mesa, que se han multiplicado como gremlins húmedos. Un asesinato como este genera cantidades ingentes de documentos, y su trabajo consiste en revisarlos detalladamente con el fin de encontrar una pieza, pequeña pero vital, que pueda hacer avanzar la investigación. Se frota los ojos con los dedos índice y pulgar y respira hondo para reunir fuerzas y seguir con el trabajo.

Necesita café. O anfetaminas. O un milagro.

Una de las pilas de papeles que más ha crecido de ayer a hoy es la que contiene información sobre la vida de Álvaro. Mónica conoce la razón: Mercedes, con su eficiencia de hormiga obrera, ha ido dejando carpetas ordenadas por fecha, tema y relevancia.

«Maldita seas, Mercedes, y tu perfección obsesiva.»

Aún no conoce la conexión de Pedro Figueroa con la muerte de Álvaro, pero algo empieza a tomar forma en el extrarradio de su conciencia. Sombras que desaparecen y se apartan tan pronto como ella intenta concentrar su razón en ellas, pero que le indican que va tras la pista correcta.

Hace una anotación en su bloc antes de continuar con la penosa revisión del material que tiene ante sí. Su caligrafía es tan deforme que Yago siempre bromea diciendo que debería haber sido médico en lugar de policía, pero ella entiende lo que ha escrito y eso es lo importante. Entre las notas aparecen algunos puntos de tareas pendientes, pero la parte dominante son las preguntas que estos datos van generando, las cuales marca con grandes signos de interrogación.

¿Por qué quería Álvaro marcharse de la ciudad y empezar de cero en otro sitio?

¿Qué pasó durante su adolescencia para que la madre de Álvaro lo sacara precipitadamente del instituto?

Una pregunta martiriza en especial a Mónica, tanto que la subraya en amarillo varias veces, con fuerza, para desahogar su irritación.

Lo asesinaron en el instituto... ¿Por qué allí?

Cuarta planta, baño de profesores... Son datos que le susurran en voz baja teorías que se tornan en evidencias a cada segundo: el asesino trabaja —o estudia— en el Nueva Esperanza. ¿Un profesor? ¿Un alumno? Mónica se muerde una piel muerta del pulgar al tiempo que apoya los pies sobre la mesa.

También está la huella, correspondiente a un número grande, probablemente de hombre, y zapato de suela de goma. Y las dos puñaladas mortales —¿por qué dos?—, así como los restos de papel higiénico por todo el lavabo. La autopsia les dará más respuestas, pero por ahora, la lista de interrogantes crece sin parar.

Una voz flota desde el otro extremo de la oficina. Mónica echa un vistazo por encima del monitor y lo confirma: Mercedes está charlando con la señora de la limpieza sobre alguna serie de Netflix. Hasta las que limpian la adoran.

Mónica se debate. Necesita hablar con alguien y Paco no está; se ha ido a casa a comer como una persona normal. La Jefatura está casi vacía. La hora de la comida ha convertido la oficina en un cementerio de escritorios con salvapantallas bailando. Joder. Solo quedan ella y la pánfila. Sí, va a tener que ser Mercedes.

Se levanta antes de arrepentirse y cruza la oficina. Se deja caer en la silla contigua sin pedir permiso. La limpiadora la fulmina con la mirada y se marcha murmurando algo sobre la mala educación.

El escritorio de Mercedes parece un condenado jardín botánico. Tiene plantas por todas partes, prosperando contra toda lógica en esta cueva sin ventilación y escasa luz. Además, la obsesión de Mercedes por las infusiones provoca que en torno a su mesa siempre huelan a limón, jengibre o menta.

Mercedes la observa con esa calma zen que la pone de los nervios.

—¿Puedo coger una? —pregunta Mónica, señalando una caja de chokolatinas que Mercedes tiene en una esquina.

—Claro.

Mónica hace una mueca cuando se lleva el dulce a la boca y lo mastica. Alza las cejas. El regusto final no está tan mal.

—¿Qué es?

—*After Eight*. Chocolate y menta. ¿A que están ricas?

—Casi tan bueno como el sexo. —Mónica fuerza una sonrisa—. Verás, me preguntaba si no podrías hacerme un breve resumen de lo que has averiguado de Álvaro Montiel.

—Te lo he dejado todo en tu mesa. Ordenado por...

—Ya sé que me lo has dejado. —Mónica se muerde la lengua para no añadir «pesada»—. Pero prefiero que me lo cuentes. A veces hablar ayuda a ver conexiones.

Mercedes asiente y se gira hacia su pantalla.

—Veamos. Empecé por el momento de su muerte y fui retrocediendo. Lleva viviendo en Madrid desde que comenzó a trabajar en el instituto, en 2004. En 2009 se casó con Luz Carrasco. No funcionó. Se divorciaron siete años más tarde. No tuvieron hijos y la mujer se fue de España tras el divorcio, desconozco adónde. En cuanto a Álvaro, se fue a vivir con su madre.

—Vale, pero dime algo que no sepamos ya.

—Antes de 2004... —Mercedes continúa sin inmutarse— pasó ocho años en Bruselas. Los últimos cinco en la universidad, estudiando Filología Francesa. Hoy he recibido sus calificaciones y la verdad es que superó los exámenes en la primera convocatoria y con buenos resultados. No era un estudiante brillante, pero tampoco era malo y se mantuvo siempre en la media. Pero antes de eso...

Hace una pausa dramática que Mónica no sabía que Mercedes tenía en su repertorio.

—Tres años en la Escuela Internacional Saint-Michel de Bruselas. Privada. Carísima.

Mercedes subraya especialmente la última palabra.

—¿Cuánto es carísima?

—Unos cinco mil euros por trimestre, redondeando. En los noventa. Sin contar alojamiento, comida, libros... Y lo he comprobado, los precios eran igual de elevados cuando Álvaro se matriculó allí.

Mónica silba.

—¿Cómo pudo Lola Robles, mujer viuda de clase media, permitirse enviar a Álvaro allí? Por lo que yo sé, ha sido siempre ama de casa y no es posible que su pensión le llegara para poder afrontar esos gastos. Además, el instituto Nueva Esperanza es mucho más

económico que esa escuela privada de Bruselas. No sé, Mercedes, esto es muy extraño. ¿Has comprobado...?

Mercedes asiente. Parece casi orgullosa de que Mónica haya llegado a la misma conclusión.

—Pedí información sobre quién pagaba las facturas, pero me dijeron que no podían divulgar esa información. La única manera sería presentar una orden de la policía belga, pero con los trámites burocráticos, tardaríamos meses en conseguirlo.

—Mierda.

—Pero... —Mercedes levanta un dedo— estoy esperando los movimientos bancarios de la familia. Por si habían heredado de algún pariente, quién sabe. El banco dice que tardará unos días.

Mónica asiente. Odia admitirlo, pero Mercedes es buena. Muy buena. Al fin y al cabo, puede que la señorita Padre Rico no sea tan inútil. Pero, por el momento, sus hallazgos solo originan más interrogantes. ¿A qué se debió ese cambio tan radical en los estudios de Álvaro? ¿Cómo pudo su madre pagar una escuela privada de esas características? Seguro que hay una razón, solo tiene que encontrarla. Pero al mismo tiempo tiene que haber algo más. Aún le ronda la cabeza la fotografía que Román Salvador le ha enseñado esta mañana.

—¿Qué sabes de Pedro Figueroa?

Mercedes frunce el ceño.

—¿Tiene algo que ver con Gonzalo Figueroa?

Mónica asiente.

—Su hijo.

—¿Y por qué...?

—Solo búscalos. Por favor.

Mercedes teclea. Sus uñas perfectamente cuidadas repiquetean sobre el teclado como castañuelas.

—Qué raro...

—¿Qué?

—Hay muy poco. Nacido en 1978. Hijo único. Estudiante brillante hasta... —Se detiene—. Aquí hay algo. Un artículo de 1997. *La familia Figueroa pide privacidad ante la ausencia prolongada de su hijo Pedro.*

—¿Ausencia prolongada?

Mercedes sigue leyendo.

—Desde 1996 se desconoce su paradero. Hay rumores... —Baja la voz— de que está muerto. O internado en algún sitio. La familia nunca ha dado explicaciones.

Mónica siente que las piezas empiezan a encajar. 1996. El mismo año que Álvaro abandonó el Nueva Esperanza. El mismo año que lo enviaron a Bruselas con todos los gastos pagados. El estómago se le encoge. No es coincidencia. No puede serlo.

—Mercedes.

—¿Sí?

—Buen trabajo. —Las palabras le salen como si se sacase una muela, pero son sinceras—. De verdad. Has hecho un trabajo cojonudo.

Mercedes parpadea, sorprendida. Por un momento parece que va a abrazarla. Por suerte, no lo hace.

—Gracias, Mónica. Es... gracias.

Mónica vuelve a su mesa. Las piezas del puzle flotan en su cabeza, buscando su lugar. Álvaro y Pedro. Aquello que tal vez ocurrió en 1996. La huida a Bruselas pagada por alguien con mucho dinero. El regreso en 2004. Y ahora, Álvaro muerto en el mismo instituto donde empezó todo.

No pierde más tiempo y desbloquea el móvil para llamar a Paco. Contesta al segundo tono.

—Paco, tenemos que hablar con la madre de Álvaro. Ya.

—¿Qué has descubierto?

—1996, Paco. Todo pasó en 1996.

Es hora de que Lola Robles les cuente la verdad.

17

LOLA ROBLES ENTRA en Jefatura con pasos vacilantes. Su hijo Sergio la sigue de cerca, con una mano protectora en su espalda, como si temiera que fuera a desmoronarse en cualquier momento.

—Mi hijo no ha querido que viniera sola —explica Lola mientras Mónica les estrecha la mano.

Sergio asiente con la mandíbula apretada. Es más corpulento que su difunto hermano y tiene esa mirada vidriosa de quien ha tenido que hacerse cargo de demasiadas cosas demasiado pronto.

—Por supuesto —dice Mónica—. Por aquí.

Los conducen a la sala de reuniones. Menos hostil que las de interrogatorios del sótano, pero igualmente impersonal.

—¿Café? ¿Agua? —ofrece Paco.

Ambos aceptan agua. Los vasos sudan sobre la mesa de formica mientras el silencio se espesa.

—Lo primero de todo, gracias por venir con tan poca antelación —empieza Mónica.

Lola trata de sonreír, lo cual no debe de ser fácil en días como estos.

—No es nada. Nosotros...

—¿Ha habido alguna novedad? —interrumpe Sergio, inclinándose hacia adelante—. No hemos recibido ninguna noticia y...

—Estamos avanzando. Es lo único que podemos decir por ahora —responde Paco con su tranquilizadora voz de poli veterano—. Pero necesitamos aclarar algunas cosas.

—Lo que sea —dice Lola. Sus manos no paran de moverse: del bolso a la mesa, de la mesa al vaso, del vaso al bolso.

Mónica consulta su libreta, aunque no necesita mirar nada. Las fechas están grabadas a fuego en su cabeza.

—En 1996, sacó a Álvaro del instituto cuando estaba en cuarto de la ESO. ¿Por qué?

El silencio dura varios latidos.

—Encontré un centro excelente para él y decidí matricularlo — responde finalmente Lola—. No veo qué puede tener de extraño.

—Lo llevó a Bruselas. ¿No había buenos institutos en Madrid?

—No digo que la educación de aquí sea mala, pero... quería que Álvaro perfeccionara otros idiomas. Que conociera otros países. La red de contactos que podía adquirir...

Las manos de Lola se frotan compulsivamente. No los mira a los ojos. Mónica piensa en las palabras de Patricia: *los adultos paraban de hablar cuando nos acercábamos, como si nos estuvieran protegiendo de alguna información.*

—Pero lo hizo a mitad de curso. ¿Por qué la prisa?

Sergio frunce el ceño, mirando a su madre como si la viera por primera vez. Es como si él no se hubiera planteado estas cuestiones hasta ahora.

—No entiendo a qué vienen estas preguntas. ¿Qué tiene que ver dónde estudió mi hijo hace veinticuatro años? —La voz de Lola sube una octava—. Mi hijo está muerto y me interrogan como si fuera culpable. ¡La víspera de su funeral, por el amor de Dios!

—Señora Robles... —Paco intenta calmarla—. No queremos causar más molestias de las que ya tiene. Sabemos que está pasando por momentos muy difíciles, pero es nuestro deber hacerle estas preguntas.

Lola mira a su hijo. A Mónica. A Paco. De vuelta a Sergio. Se aclara la garganta.

—Abusaron de Álvaro cuando tenía quince años.

El bolígrafo de Mónica se escurre de entre sus dedos y rueda por la mesa. Aunque lo sospechaba, oírlo en voz alta es como un jarro de agua helada. La foto destella como un flash: Pedro, diecisiete

años, sonrisa de tiburón, el brazo pesado sobre los hombros hundidos de Álvaro, posesivo, depredador.

—Por eso lo saqué del colegio y me lo llevé al extranjero. —La voz de Lola se quiebra—. Lo violaron. Era solo un niño y...

Aprieta el puño contra los labios para infundirse valor. Respira. Continúa.

—Los primeros indicios... Dios, ahora que lo pienso, estaban todos ahí. —Se toca la sien con dedos temblorosos—. Álvaro empezó a ducharse dos, tres veces al día. Decía que hacía calor, que sudaba mucho. En invierno. Gastábamos una fortuna en gel y champú. El agua siempre hirviendo. Salía del baño con la piel roja como una langosta.

Sergio la mira con los ojos muy abiertos. Mónica recupera el bolígrafo y hace un esfuerzo por centrarse en la libreta que tiene ante sí, aunque sabe que no olvidará estos detalles.

—Dejó de comer. Al principio pensé que era cosa de adolescentes, ya saben, la imagen corporal y esas cosas. Pero no. Era... —hace una pausa, buscando las palabras— era como si la comida le diera asco. Masticaba y masticaba, pero no tragaba. Escupía en servilletas cuando creía que no miraba. Perdió ocho kilos en dos meses.

—¿Y no le preguntaste? —La voz de Sergio tiene un filo peligroso.

—Claro que le pregunté. —Lola lo mira con ojos húmedos—. Pero él... cambiaba de tema. Sonreía. Esa sonrisa horrible, vacía. Como si alguien hubiera apagado la luz detrás de sus ojos. «Estoy bien, mamá. Solo cansado», decía. Siempre cansado.

Mónica reflexiona sobre todos los casos que ha presenciado. Los patrones son siempre los mismos, pero cada historia es única en su horror.

—Una noche lo oí llorar —continúa Lola—. Eran las tres de la madrugada. No era un llanto normal, era... —se estremece— como el de un animal herido. Gemidos ahogados en la almohada. Cuando entré, fingió estar dormido, pero las sábanas estaban empapadas de sudor. Y ese olor... era a miedo. El miedo tiene olor, ¿saben?

—¿Cuándo empezó exactamente? —pregunta Paco con suavidad.

—En septiembre del 96. Álvaro había empezado cuarto con ilusión. Le gustaba la literatura y quería estudiar algo relacionado con las letras. Pero en octubre... —Lola se detiene y mira sus manos—. En octubre empezó a llegar tarde. Decía que se quedaba en la biblioteca, pero un día llamé. No había estado allí en semanas. Cuando lo confronté, se puso... no violento, pero sí desesperado. «No preguntes, mamá. Por favor, no preguntes.»

La imagen mental de Pedro Figueroa se vuelve más nítida en la mente de Mónica. Dieciocho años, repitiendo curso, más grande y fuerte que los demás.

—Los profesores comenzaron a llamar. Álvaro se dormía en clase y no entregaba trabajos. Un día, su tutor me citó. Me dijo que Álvaro había tenido un... incidente. Lo habían encontrado encerrado en el baño, sollozando. No quiso salir en dos horas. Tuvieron que llamar al conserje para forzar la puerta.

—¿Y entonces fue cuando...? —Mónica deja la pregunta en el aire.

—No. Todavía no. —Lola niega con la cabeza—. Fui tan estúpida. Pensé... pensé que era acoso escolar. Bullying, como lo llaman ahora. Lo cambié de clase. Hablé con el director. Pero empeoró. Dejé de hablar casi por completo. Solo asentía o negaba. Y los ojos... —se toca el pecho— los ojos de mi niño estaban muertos.

Sergio se levanta bruscamente y camina hasta la ventana. No puede seguir mirando a su madre.

—Fue en diciembre cuando lo supe. Llegó a casa con la ropa rota. Dijo que se había caído. Pero tenía... —Lola traga saliva— tenía marcas. Moratones con forma de dedos en los brazos. Y cuando le pedí que se quitara la camiseta para ver si estaba herido, se derrumbó. Cayó al suelo de la cocina, se hizo un ovillo y empezó a gritar: «No me toques, no me toques, no me toques.» Una y otra vez.

El aire en la sala se ha vuelto denso. Paco carraspea. Mónica sigue escribiendo, aunque le tiembla ligeramente la mano.

—Tardó tres horas en calmarse. Y entonces me lo contó. No con detalles, solo... «Él me hace cosas, mamá. No puedo pararlo. Es más

grande. Dice que si se lo cuento a alguien, dirá que fui yo quien empezó. Que soy un marica. Que todos se reirán de mí.»

—Hijo de puta —susurra Sergio desde la ventana.

—Esa misma noche decidí sacar a Álvaro del instituto. No volvió nunca más.

Mónica y Paco intercambian una mirada. El aire acondicionado zumba.

Lola tiene que parar para aclararse la garganta de nuevo.

—Si mi marido hubiera vivido, tal vez él... Pero no hay excusa. Debería haberlo visto antes. Aunque, ¿quién podía imaginar...? Ni en mi peor pesadilla podría haber imaginado tal cosa...

Lola baja la cabeza y retuerce nerviosamente el asa de su bolso. Sergio ha vuelto a la mesa. Está lívido y con los ojos muy abiertos, como anestesiado. Mónica calcula: en 1996 tendría unos once años. No sabía nada.

—Resolví el problema como pude, en silencio —continúa Lola—. Tres días después estábamos en Bruselas. Pensé... —Lola se seca las lágrimas— pensé que con distancia llegaría a olvidarlo. Quería que estuviera lejos. Cuanto más lejos, mejor.

Algo en su tono hace que Mónica la mire con más atención. Por algún motivo, no siente por ella la lástima que debería. No es solo dolor maternal. Hay algo más. Es la vergüenza de quien eligió el silencio sobre la justicia, la reputación sobre la verdad.

Sergio Montiel sale por fin de su estado hipnótico.

—¿Por qué nunca me lo dijiste? —Su voz tiembla de rabia contenida—. Sabía que me ocultabais cosas, pero... ¿esto?

Lola posa una mano en el brazo de su hijo, pero él la aparta.

—Eras un niño, Sergio. Y después... —Lola se encoge—. Supongo que solo quería olvidar lo ocurrido.

—¿Quién fue el violador de Álvaro? —pregunta Mónica. El nombre de Pedro Figueroa le quema en la garganta—. ¿Alguien del colegio?

Lola asiente.

—¿Fue...? —Mónica vacila un segundo—. ¿Fue Pedro Figueroa?

—¿Quién coño es Pedro Figueroa? —Sergio casi escupe las palabras.

—Un compañero de Álvaro. —La voz de Lola es apenas un susurro—. Repetidor dos años seguidos. Hijo de Gonzalo Figueroa, el empresario.

—¿Y dónde está? ¿En la cárcel?

—Desapareció hace veinticuatro años. Nadie lo ha visto desde entonces.

—¿Por qué no denunció? He revisado nuestros archivos y nunca se presentó ninguna denuncia contra él. —Mónica no pretendía sonar acusatoria, pero lo cierto es que así ha sonado.

Lola cierra los ojos. Una lágrima escapa.

—No, nunca presenté ninguna denuncia. Cuando Álvaro me contó lo que había sucedido, fui a ver a Gonzalo Figueroa. Entré en su oficina hecha una furia y le expliqué lo que había hecho su hijo. Tenía la intención de denunciarlo a la policía, y así se lo hice saber a Gonzalo, pero...

—¿Pero qué, mamá? —Sergio está pálido como el papel.

—Me hizo una oferta. —Lola se sienta como una estaca en la silla—. Me propuso que lo resolviéramos sin involucrar a la policía. Dijo que no había motivo para humillar a Álvaro aún más, como sucedería si todo el barrio comenzaba a chismorrear sobre lo ocurrido. No pude más que admitir que tenía razón y decidimos que a mi hijo le sería más beneficioso que lo solucionáramos en el ámbito familiar. Gonzalo me prometió que Pedro no volvería a causarnos problemas: se encargaría de él del modo más adecuado. Más tarde supe que lo había enviado a estudiar a Estados Unidos.

En medio del silencio que se ha generado, Mónica percibe la avalancha de sentimientos que refleja el rostro de Sergio. Dadas las circunstancias, es comprensible. Él no sabía nada de lo que había ocurrido en su familia, quizás ni siquiera lo intuyó.

Un leve gemido interno de Paco indica que él también lo ha notado y que le incomoda.

—Fue Figueroa quien financió la escuela Saint-Michelle, en Bruselas, para Álvaro —deduce.

Mónica parpadea. Cinco mil euros por trimestre. Los muebles caros en casa de Lola. Todo encaja con una simplicidad brutal. Tras la violación, Gonzalo Figueroa compró el silencio de Lola Robles.

—Supongo que no era tan noble como para rechazar su generosidad —admite Lola con amarga honestidad. Luego mira a su hijo buscando algo. Comprensión. Perdón.

Sergio aparta la vista.

—¿Cuánto duraron los abusos? —pregunta Paco.

—No sé exactamente. Álvaro nunca quiso hablar de ello. Meses. Tal vez un año.

Lola levanta la mano para alcanzar su vaso de agua, pero tiembla tanto que tiene que volver a apoyarla en la mesa. Una gota de sudor le resbala desde la sien, dejando un rastro brillante que se pierde en el cuello de su blusa. Se lleva los dedos al escote, como si el aire de la sala se hubiera vuelto demasiado espeso.

—¿Tú sabías algo? —pregunta Mónica a Sergio.

—¡No! —La palabra sale como un latigazo. Mira a su madre con furia apenas contenida—. No sabía una mierda.

Pero los ojos de Mónica se van a Lola, que ha empezado a respirar de forma extraña. Respiraciones cortas, superficiales, como un pez fuera del agua. El color se le drena de la cara en tiempo real, pasando de rosa pálido a gris ceniza, como si alguien estuviera ajustando el contraste de un televisor viejo.

—Señora Robles...

Los ojos de Lola se vuelven hacia atrás, mostrando solo el blanco amarillento atravesado por venitas rojas. Su cuerpo se tensa por un instante —todos los músculos contraídos en un espasmo silencioso— y luego se afloja completamente, como una marioneta a la que le han cortado los hilos.

Cae hacia adelante. Su frente impacta contra el borde de la mesa con un sonido seco y denso, como un melón golpeando el asfalto. El vaso de agua se vuelca, extendiéndose como sangre transparente.

—¡Mamá!

Sergio la atrapa antes de que se caiga de la silla. Su cabeza cuelga de lado en un ángulo antinatural, la boca abierta. Ya se está formando un bulto morado donde ha impactado la mesa, hinchándose como una fruta podrida.

Mónica rodea la mesa y presiona dos dedos contra el cuello de Lola. El pulso está ahí, débil y errático. Paco ya está en la puerta,

llamando a los paramédicos.

—Respira —le dice Mónica a Lola, aunque no cree que pueda oírla—. Solo respira.

Pero mientras sostiene a esa mujer rota, Mónica piensa en Pedro Figueroa, desaparecido; en Álvaro, muerto en el mismo instituto donde empezó todo; y en Sergio, que mira a su madre desmayada con un velo de rabia en su rostro. Como si acabara de entender algo terrible.

No sobre su hermano.

Sobre sí mismo.

18

PERO NO HA OCURRIDO ninguna de estas cosas.

Todo ello —la sangre en el baño de los profesores, la lasaña que se quedó fría, las noches sin dormir, la incursión nocturna de Beatriz Sierra, Patricia relamiéndose ante los muchachos del gimnasio como una gata en celo, el repugnante sofá de Román Salvador, la horrible historia de abuso que Lola Robles confesó entre lágrimas sobre su hijo Álvaro—, todo ha existido solo en la mente de Mónica Lago durante los pocos segundos que tarda en empujar la puerta de la consulta.

Bueno, una de esas cosas sí pasó: Yago estaba organizando una barbacoa para la despedida de Paco, y dentro de la cabeza de Mónica se conecta un circuito de memoria que le permite oír a Mercedes decir, con la mirada fija en sus notas: «Aquí hay una solicitud de cambio de actividad extraescolar que nunca se procesó...».

Ahora Mónica sigue estando embarazada y Jorge la acompaña, la mano en su hombro, apoyándola mientras atraviesan el umbral. Ella lleva la mano izquierda protectora sobre su vientre abultado, ese monte sagrado que alberga su futuro.

«Por favor, Dios, si es que existes y no eres solo otro cuento para dormir adultos asustados, haz que el bebé esté perfectamente sano. Que tenga diez deditos en las manos y diez en los pies. Que su corazón lata fuerte. Que no le pase nada.»

La doctora Mendoza los recibe con una sonrisa profesional. La sala huele a desinfectante y a nerviosismo mal disimulado, ese que desprenden todas las consultas de obstetricia donde se deciden futuros.

—¿Cómo nos encontramos hoy, Mónica?

—Como una ballena varada —responde, y Jorge ríe. Es su broma privada desde el sexto mes.

El papel desechable cruje bajo su espalda como hojas secas cuando se tumba. La doctora le sube la camiseta premamá —horrible, piensa Mónica, todas las camisetas premamá son horribles, diseñadas por alguien que odia a las embarazadas— y aplica el gel sobre su vientre.

—Está frío —dice Mónica.

—Sí... —responde la doctora, pero hay algo en su voz, una nota discordante que Mónica no sabe identificar.

El ecógrafo se desliza sobre su piel. En el monitor, sombras grises danzan como fantasmas submarinos. La doctora frunce el ceño, mueve el aparato hacia la izquierda, luego hacia la derecha, presiona un poco más fuerte. El gel hace un sonido obsceno, como algo ahogándose.

—¿Ocurre algo? —Jorge se inclina hacia delante. Su mano busca la de Mónica.

La doctora no responde inmediatamente. Sus ojos están fijos en la pantalla, leyendo señales en ese lenguaje de sombras que solo los médicos comprenden. Mónica siente que el tiempo se espesa. Cada segundo dura una hora. Cada latido de su propio corazón es un tambor de guerra.

Y entonces... ¡Oh!

El corazón del bebé aparece en el monitor, un pequeño puño luminoso que late, late, late con la furia de la vida.

—¡Ahí está! —dice la doctora, celebrándolo como si hubiera encontrado pepitas de oro a orillas del Mississippi. Su sonrisa es genuina ahora—. Perfectamente sano. Mirad de nuevo ese corazón. Fuerte como el de un atleta.

Mónica llora. No puede evitarlo. Jorge también llora, y se abrazan sobre la camilla mientras el bebé resplandece en la pantalla.

—¡Mónica, estás sangrando por la nariz! —dice Jorge, sacando un pañuelo.

Ella ve la mancha roja en la sábana de papel, y su mano pringada cuando se la lleva a la cara. La sangre es brillante, casi festiva.

—Pues no es lo más grave que me ha pasado —dice entre lágrimas y risas—. Por si no te has dado cuenta, voy a expulsar un precioso bebé por aquí abajo.

Y Jorge la abraza con tal fuerza que casi la rompe, y llora en su hombro como no ha llorado nunca, ni siquiera cuando murió su padre.

Por un instante, fugaz como un parpadeo, Mónica piensa: «Si hubiera perdido este bebé, me habría vuelto loca». Pero el pensamiento se desvanece como humo porque el bebé está ahí, está bien, todo está bien. Todo aquello no han sido sino fugaces imaginaciones que han cruzado por su mente mientras Mónica acudía a su revisión rutinaria, una soleada tarde de junio.

Tomás nacerá una tarde de octubre con los ojos muy abiertos, como si tuviera prisa por verlo todo. Irá a la escuela primaria del barrio, donde destacará en matemáticas. A los nueve años, Mónica lo apuntará a natación porque el pediatra dice que es bueno para la espalda, y resultará que el niño demostrará unas extraordinarias y sorprendentes aptitudes.

—Es como si el agua lo reconociera —dirá el entrenador—. Algunos niños pelean contra el agua. Tomás baila con ella.

A los doce años pasará el verano entero en el campamento *Delfines de Tenerife*, y Mónica llorará en el aeropuerto como si le estuvieran arrancando un órgano. Jorge se burlará de ella. A los catorce ganará el campeonato nacional infantil, y el locutor dirá su nombre por megafonía: «Tomás Gómez Lago, nuevo récord nacional», y Mónica gritará tan fuerte que asustará a la señora de al lado.

Será un muchacho alto y fibroso, pero seguirá siendo el mismo Tomás que de pequeño le llevaba escarabajos muertos como ofrendas de amor, que lloraba con las películas de perros, que

llamaba a Mónica cada noche desde Tenerife para contarle que las estrellas allí eran diferentes.

—Más brillantes, mamá. Como si alguien las hubiera pulido.

A los dieciocho, en la cocina de casa mientras Mónica prepara torrijas —las únicas que le salen bien, su única victoria culinaria—, Tomás soltará la bomba:

—Me han aceptado en la Universidad de Westminster. En Londres.

El plato que Mónica está secando se le escapará de las manos.

—Es por ella, ¿verdad? —dirá Mónica—. Por esa inglesa tatuada.

Ophelia. Se llama Ophelia, como la novia muerta de Hamlet, y tiene el pelo rojo fuego y un tatuaje de medusa que le sube por el brazo derecho. Tomás la conoció por Instagram y desde entonces no habla de otra cosa.

—Si esa pécora hippie no está tratando de atraparlo, me como tus calcetines, Jorge —murmurará Mónica esa noche, mientras Jorge finge leer en la cama.

Para cuando cumpla los cuarenta, según Mónica, su precioso hijo será un barman barrigudo, fumador empedernido y seguidor del Chelsea que, entre pañales y potitos, hará oposiciones al infarto.

Pero Mónica se equivoca. Ophelia resultará ser encantadora, veterinaria especializada en fauna marina, y será ella quien deje a Tomás por un biólogo marino australiano. Tomás volverá a Madrid con el corazón roto y dos segundos menos en su tiempo de cien metros mariposa.

Formará parte del equipo olímpico español. Una tarde de agosto, veintidós años después de aquella ecografía, Mónica y Jorge se sentarán en su sofá —el mismo sofá donde hicieron a Tomás, aunque eso no se lo contarán nunca— para ver la final de doscientos metros estilos.

Tomás saldrá del agua como una criatura mítica, chorreando gloria y cloro. Tercero. Bronce. Medalla para España.

Cuando suene el himno nacional y las cámaras capturen su rostro, con los ojos llorosos mirando la bandera, con la cinta al cuello y el bronce sobre la suave piel de su pecho, Mónica llorará.

—Esto es un sueño hecho realidad —dirá, volviéndose hacia Jorge.

Pero Jorge la mirará con horror. Con un horror tan profundo que parecerá salido de otra dimensión. Los compases del himno se distorsionarán, se volverán disonantes, como una cinta reproducida al revés.

Al volver la vista al televisor, no será Tomás quien esté allí, sino otro muchacho, un muchacho moreno con quien soñara durante un instante en el año 2020.

El muchacho, de nombre Álvaro, de quince años, tiene la piel llena de moratones violáceos y arañazos. En su rostro brillan gotas que no son de agua clorada. Son lágrimas. Lágrimas y algo más viscoso que Mónica no quiere identificar.

«Esto es un sueño...»

La imagen del televisor se rompe como un espejo. Cada fragmento muestra un horror diferente: sangre en las baldosas de un baño, una taquilla abierta, una fotografía escolar, el rostro de Pedro Figueroa sonriendo como un depredador.

«Pero, ¿y mi bebé?»

«¡Mónica, estás sangrando!»

Mónica despierta abrazada a Stitch.

El peluche azul se lo regaló Jorge cuando llevaban seis meses saliendo, después de ver Lilo & Stitch en el cine de verano del Parque de la Bombilla. «Ohana significa familia», había dicho Jorge, imitando la voz del personaje. «Y tu familia soy yo, aunque solo sea un novio torpe que no sabe cocinar.» Desde entonces, Stitch vive en el Mini, guardián peludo de sus trayectos solitarios.

Son las siete de la mañana. El sol se cuela entre los edificios del parking del hospital como un ladrón torpe. Los latidos del corazón le retumban en el cráneo, y cuando mueve la cabeza, le parece que los músculos del cuello han sido sustituidos por hojas de sierra.

Ha llorado en sueños; el peluche está húmedo. Porque mientras soñaba, mientras construía esa vida imposible con Tomás el nadador,

una parte de ella sabía la verdad y lloraba.

«¿He dormido en el coche? Joder.»

Arranca. El motor protesta, frío y reacio. Poco a poco, mientras maniobra para salir del aparcamiento, los recuerdos de la noche anterior van cayendo como fichas de dominó: la ambulancia trasladó a Lola Robles al hospital Ramón y Cajal, donde la atendieron enseguida. Ya había recobrado la consciencia cuando entró por la puerta de urgencias. Querían dejarla en observación, pero ha pedido el alta voluntaria para acudir al funeral de su hijo. Aun así, Mónica y Paco quisieron asegurarse de que se recuperaría y esperaron junto a Sergio Montiel en la sala de espera. Durante las más de tres horas que los mantuvieron esperando, el hombre no dijo ni una sola palabra, con esa mirada de quien acaba de descubrir que toda su vida ha sido una mentira piadosa.

El corazón le galopa al salir del aparcamiento. La bruma mental, provocada seguramente por pasar la noche en el asiento de su coche en el aparcamiento de un hospital, le impide pensar con claridad. ¿Por qué no se fue a casa?

Se quedó dormida antes de arrancar. El cansancio pudo más que las ganas de llegar a casa.

«Sigue mintiéndote, guapa», piensa mientras toma la M-30. «Se te da de maravilla.»

Tal vez —y esto no lo admitirá ni bajo tortura— no quería llegar a casa. No quería enfrentarse a Jorge y a lo que sea que está pasando entre ellos.

La tristeza la golpea mientras conduce, una tristeza que se extiende por todo su cuerpo. No habrá equipo olímpico, ni novia londinense con tatuajes de medusa, ni campamento de verano, ni nada. No habrá Tomás.

Solo la preocupación en la cara de la doctora Mendoza; la sangre; la operación; los llantos; la laparoscopia posterior; los resultados positivos y el presupuesto; la nueva esperanza; la sangre en el baño de profesores; la lasaña fría; Etta James; el sofá pútrido; Álvaro siendo violado...

Ahora, conduciendo como una autómatas por las calles de Madrid, Mónica siente que la pena la acomete de frente. La embiste, se

apodera de ella y le despoja de las defensas que aún le quedan.

Al entrar en casa, encuentra a Jorge en la cocina, sentado de espaldas a ella, comiendo tostadas.

—Buenos días —dice Mónica. Su voz suena extraña, como si perteneciera a otra persona.

Jorge no responde. Ni siquiera se gira. Sus hombros están tensos bajo la camisa.

Mónica no insiste y deja caer las llaves en el mueble del recibidor. Solo piensa en ducharse, quitarse el olor a hospital y a sudor.

Cuando entra al dormitorio, lo ve. En la cómoda donde Jorge siempre deja sus cosas —llaves, cartera, esa obsesión por el orden que a veces la vuelve loca— hay una carpeta. No debería desplegarla, pero lo hace.

Los documentos se muestran como naipes de una mano ganadora.

El primero es una carta de recomendación firmada por Jorge.

Raquel Calero ha demostrado unas capacidades excepcionales... Su dedicación va más allá de lo profesional... Ha sido un verdadero placer trabajar tan estrechamente con ella...

El segundo, un currículum con foto. Raquel Calero, veintisiete años. Grado en Ingeniería Robótica. Máster en Gestión de Proyectos. La foto muestra a una mujer guapa, muy guapa, con esa belleza sin esfuerzo que Mónica nunca tuvo. Sonrisa perfecta. Ojos que camelan y dicen «soy una buena chica» y al mismo tiempo: «pero puedo ser lo que tú quieras».

Por último, un pòsit amarillo:

JORGE, MUCHÍSIMAS GRACIAS POR LA RECOMENDACIÓN. ERES UN
SOL. NOS VEMOS EL SÁBADO EN LA CENA.

Desde la cocina llega el sonido de Jorge masticando. Crunch, crunch, crunch. Como huesos pequeños rompiéndose.

MÓNICA SE HA QUEDADO de piedra.

Nos vemos el sábado en la cena.

Permanece ahí, de pie, mirando los documentos. Desde la cocina llega el sonido de Jorge sirviendo café. Una cucharilla tintinea contra la porcelana.

Mónica cierra los ojos un momento. Piensa en Tomás, el hijo que nunca tendrá. Piensa en Álvaro Montiel, el hijo que alguien perdió. Piensa en las carpetas abiertas y las promociones que se celebran con cenas de dos.

Abre los ojos. Coge los papeles.

El día apenas ha empezado y Mónica ya está exhausta.

Mónica, agitando los papeles en el aire:

—¿Qué narices es esto, Jorge?

Jorge ni siquiera se mueve. El crujido de la tostada entre sus dientes es lo único que rompe el silencio.

—Si te refieres a los documentos, es trabajo.

—¿Trabajo? —La voz le sale estrangulada—. ¿Una cena con la becaria es trabajo?

Jorge suspira.

—Cariño, escucha...

Pero Mónica no quiere escuchar. Está echando chispas.

—¿Le escribes cartas de recomendación a todas las becarias?

—Es para su máster. Me lo pidió.

—Te lo pidió. —Mónica se cruza de brazos—. ¿También te pidió cenar con ella? ¿O únicamente que escribieras que ha sido «un verdadero placer trabajar tan estrechamente con ella»?

—Es una expresión estándar. Siempre se pone lo mismo.

—No me tomes por idiota.

—Mónica...

—¿Te estás acostando con ella? —La pregunta sale como un vómito. Cruda, directa, imposible de retirar.

—¿Qué? ¡No!

De la garganta de Mónica sale algo similar a un zumbido.

—Mentiroso.

—Tiene pareja, Mónica. Y es una cría. No tengo ningún interés en... Ni siquiera sé por qué te estoy dando explicaciones. Y sí, cenamos el sábado para celebrar que la han aceptado. ¿Algún problema?

—Anoche te llamé tres veces desde el hospital. —Las palabras salen atropelladas.

—¿Hospital?

—La madre de Álvaro sufrió un desvanecimiento.

Jorge hace una mueca de fastidio.

—Lo siento.

—Te necesitaba. No respondiste a mis llamadas ni a mis mensajes. ¿Dónde estabas?

—Basta —la ataja él—. No me hables como si fuera uno de tus interrogados.

—Dime. ¿Te estás acostando con otra?

Él sacude la cabeza.

—Ni siquiera puedes mirarme.

Así que lo hace. Jorge levanta la vista y la mira por primera vez a los ojos desde que ella ha entrado en la cocina. Está, como siempre, tremendamente guapo. Mónica siente que algo en su interior comienza a desgarrarse.

—No me acuesto con Raquel, ¿vale?

—Pero te gustaría hacerlo.

—No. —Jorge se levanta y da un paso. Ella retrocede—. No me acuesto con ella porque estoy enamorado de mi mujer. De la futura

madre de mis hijos.

—Oh, qué caballero. ¿Así que te retienes por mí? Espera, creo que voy a llorar.

—¿Retenerme? Pero ¿de qué coño hablas?

Mónica se lleva las manos al pelo y se lo barre con los dedos hacia atrás.

—He sido una idiota —afirma—. He hecho tantas idioteces que es asombroso que no me hayas dejado. Quizá cometí todas esas estupideces porque sabía que podía. Tú siempre me amarías. Por muy estúpido que fuese mi comportamiento, tú siempre me amarías. Así que quizá me merecía una pequeña venganza.

—No es una venganza —niega Jorge.

—Lo sé, maldita sea. —Ella se rodea con los brazos, como si de pronto la habitación se hubiese vuelto muy fría. Como si necesitase un abrazo—. Es lo que me aterra.

Jorge permanece inmóvil, a la espera.

—Tú no engañas, Jorge. No haces el tonto por ahí. No tienes ligues. Tú no eres así, joder. Por lo tanto, la pregunta es: ¿hasta qué punto lo nuestro está muerto?

Jorge levanta las manos.

—No quiero perderte, Mónica.

—No. Lo que no quieres perder es la ilusión de familia que te habías dibujado en la cabeza.

Jorge abre la boca y luego la cierra. Después dice:

—¿Quieres tener un hijo?

Mónica parpadea, pero no responde.

—Te estoy haciendo una pregunta. ¿Quieres tener un hijo o no?

—Si es lo que hace falta para que esto funcione, sí, quiero un hijo.

Jorge sonríe.

—Vaya, qué entusiasmo.

—¿Qué quieres que te diga, Jorge? Dime lo que quieras que te diga y lo diré.

—Esto no es una prueba, Mónica.

—¿Entonces por qué sacas el tema del niño?

—Porque quiero formar una familia contigo. Tener hijos, un perro, una casa más grande. Es lo que siempre he querido.

—Yo también —dice ella, aunque con la boca pequeña—. Pero acabo de pasar por un aborto muy doloroso y traumático. Y me acaban de ascender. ¿Por qué estropearlo? Tengo una oportunidad muy buena de ser...

—¿De ser qué, Mónica? ¿Alguien a quien un día disparen por perseguir a un yonqui cualquiera?

—¡No! Una mujer que vela por un mundo mejor. Para eso me hice policía, ya lo sabes.

Jorge niega con la cabeza.

—¿Qué? —pregunta Mónica.

—Estás dando largas.

—No, no es verdad.

—Tener una familia no es algo que quiera colocar en una fecha conveniente en el calendario.

—Pero es que... ¿ahora? —Mónica pone los brazos en jarra—. ¿Ahora mismo? ¿Es eso lo que quieres de verdad? ¿Una casa en las afueras como tus padres? ¿La canasta de baloncesto en el patio trasero? ¿La pachanga de pádel con el vecino los jueves por la tarde? ¿Las reuniones de padres en el colegio? ¿Es eso lo que quieres de verdad?

Jorge la mira y Mónica siente que algo muy dentro de ella comienza a desmoronarse.

—Sí —dice—. Es exactamente lo que quiero.

El silencio que sigue tiene peso. Es el silencio de dos personas que se aman mirándose desde orillas opuestas de un río que ya no saben cómo cruzar. Es Mónica quien habla primero.

—Me voy a acostar un rato —dice—. En un par de horas es el funeral de Álvaro.

—Siempre el trabajo.

—Es lo único que no me ha fallado —exclama con desdén, volviéndole la espalda. Pero no sin que ella observe un parpadeo de mortificación en sus ojos, como si la viera por primera vez.

—¿Te das cuenta de lo que acabas de decir?

Mónica sí se da cuenta. Y duele. Duele porque es verdad. Ya está avanzando por el pasillo cuando, a su espalda, Jorge habla. Se ha aflojado el cuello de la camisa y su voz suena ronca, cansada:

—Estoy harto, Mónica. Harto de dormir solo. Harto de competir con cadáveres por tu atención.

Ella se detiene en seco. Se vuelve despacio, y cuando habla, su voz es puro veneno:

—Si tan harto estás, vete con tu becaria.

Es un golpe bajo y lo sabe. Jorge palidece. Mónica no espera respuesta; se encierra en el dormitorio. El portazo hace temblar las fotos de la pared.

Desde el otro lado de la puerta, la voz de Jorge llega amortiguada pero clara:

—No es de Raquel de quien deberías preocuparte. Es de la mujer en la que te has convertido. Ya ni siquiera te reconozco.

El silencio que sigue es definitivo. Mónica se apoya contra la puerta cerrada, las piernas le tiemblan. Sabe que Jorge sigue ahí, al otro lado, a apenas dos centímetros de madera de distancia.

Oye sus pasos alejándose. La puerta de la entrada que se cierra.

Y entonces, sola en su dormitorio, Mónica Lago comprende que acaba de ganar la discusión y perder su matrimonio.

20

ÁLVARO MONTIEL ES DESPEDIDO a la una de la tarde.

La iglesia está a rebosar. Mónica y Paco se han colocado en las últimas filas, lo suficientemente cerca para ver y, al mismo tiempo, no llamar la atención. Observar. Es lo que mejor se les da.

Lola Robles ocupa el primer banco. El hematoma en su frente ha virado del morado al amarillo verdoso, como una puesta de sol enferma. Ni todo el corrector del mundo podría disimularlo. Tiene esa palidez cerosa de quien ha pasado la noche en un hospital y, cada pocos minutos, parpadea despacio, como si le costara enfocar. Se aferra al brazo de Sergio con ambas manos —no solo por el dolor de perder a un hijo, sino porque sus piernas aún no son del todo fiables—. Quizás Sergio es lo único que la mantiene anclada a este mundo. Tal vez lo es.

Sergio está rígido. Mandíbula apretada, ojos fijos en el suelo. Todo él es contención. Su madre lo necesita fuerte y él interpretará ese papel aunque se esté desmoronando por dentro. Así funciona el duelo: cada uno elige su máscara y reza para que no se caiga.

Mónica reconoce las caras dispersas por los bancos. Patricia en la tercera fila. El director del instituto acompañado de quien parece ser su esposa. Miriam, la de inglés, susurrando algo a un grupo de alumnos que parecen no entender el significado de la palabra respeto. La muerte a los quince años es un concepto abstracto. A los cuarenta, ya no tanto.

Beatriz Sierra está casi escondida en un extremo de la iglesia. Sola. Tiene los ojos rojos y el rímel corrido que intenta disimular con las manos. Es la más destrozada de todos los profesores, pero mantiene la distancia. Como si no tuviera derecho a ese dolor.

Borja Pelayo no está.

«Sigue convencido de que Beatriz se acostaba con Álvaro», piensa Mónica. La ironía le produce náuseas. O quizás es el olor a incienso.

Ver a Beatriz tan destrozada y sola le hace pensar en su marido —¿todavía puede llamarlo así?—. Después de esta mañana...

No es de Raquel de quien deberías preocuparte. Es de la mujer en que te has convertido.

Las palabras de Jorge resuenan en su cabeza. Se siente exhausta. Vacía. Como si alguien hubiera abierto un grifo en su interior y toda su energía se escapara gota a gota. Se toca el anillo de casada sin darse cuenta. Catorce gramos de oro blanco que pesan como plomo. Sigue ahí, en su dedo. Al menos, de momento.

El cura habla de vidas truncadas y designios divinos. Mónica piensa en su bebé no nato.

Jorge la miraba esta mañana como se mira a una desconocida. Pero el amor seguía ahí, enterrado bajo capas de decepción. Es casi peor. El amor sin esperanza es una forma exquisita de tortura.

¿Lo ama ella?

Antes no habría dudado. Por supuesto que sí. Antes, cuando imaginaba a Jorge enseñando a su hijo a montar en bici. Cuando el futuro tenía forma de familia.

Tal vez Jorge tiene razón. Tal vez se ha convertido en alguien irreconocible. Una mujer que prefiere cadáveres a cunas. Que encuentra más consuelo en resolver muertes que en crear vida.

Ahora, pasado el fervor de la discusión, duda. La idea de volver a casa, pedir perdón, fingir que quiere lo mismo que él... Se imagina embarazada otra vez. El terror le cierra la garganta. No es el bebé lo que la aterra. Es la posibilidad de perderlo de nuevo. De romperse otra vez. No quedarían suficientes pedazos para recomponerla.

¿Está siendo egoísta por priorizar su trabajo y su miedo frente a su marido? La culpa reaparece como una ducha helada. Empieza a

plantearse si no debería cambiar de actitud, pedir perdón a Jorge, luchar por reconducir su matrimonio y centrarse en formar una familia feliz.

No. No puede pensar en eso ahora.

Paco le da un codazo suave.

Mónica parpadea. Fin del psicoanálisis barato por hoy.

—Mira atrás.

Con disimulo, Mónica echa una ojeada tras su hombro.

La mujer que acaba de entrar destaca como una mancha de tinta en papel blanco. Mónica la admira sin que se le salgan los ojos de las órbitas: alta, elegante, con un traje gris oscuro que grita dinero sin necesidad de logos. Tacones que parecen costar más que el sueldo mensual de Mónica. Gafas de sol —¿dentro de la iglesia?—. Cabello moreno cayendo como seda líquida sobre los hombros.

Como si le hubiese leído los pensamientos, la mujer se pasa una mano por sus ondas azabache y se quita las gafas, dejando a la vista un par de felinos ojos verdes que destilan exotismo. No intenta llamar la atención. No lo necesita. Su sola presencia reorganiza el espacio a su alrededor.

Se queda de pie junto a la puerta. Observando.

Mónica y Paco intercambian una mirada. Ninguno la había visto antes.

La misa termina con el *requiescat in pace* de rigor. El órgano toca las notas finales. Mónica se levanta con las piernas entumecidas. Salen al exterior. El sol de junio es inoportunamente obsceno en su brillantez. Como si el universo no supiera que hay un chico muerto.

Lola y Sergio reciben condolencias junto a la puerta. Una fila de rostros compungidos murmuran las frases de siempre. *Lo siento mucho. Era un buen chico. Si necesitas algo.*

Mentiras piadosas. Nadie llamará. Nadie ayudará. En dos semanas, Álvaro será solo una anécdota incómoda.

Beatriz cruza la plaza como un fantasma, esquivando grupos de gente. Sus ojos se cruzan con los de Mónica un instante. Hay algo ahí —culpa, miedo, súplica—, pero desaparece antes de que Mónica pueda descifrarlo. Beatriz se aleja rápido, casi huyendo.

—Menudo circo. —Es Patricia, de pronto a su lado. Luce una estilosa blusa negra por encima de unos vaqueros que le quedan de maravilla. Así es su amiga: lista para despedir a un compañero y encontrar novio al mismo tiempo. Baja la voz—. ¿Has visto a Miriam? Lleva más maquillaje que una drag queen. Como si el funeral fuera la gala de los Goya.

Paco, que pone la oreja con disimulo, deja escapar su sonrisa más traviesa: silenciosa y socarrona.

—Patricia, por Dios.

—¿Qué? Es verdad. Y mira al director, parece que le han metido el palo de una escoba por el... —Se detiene al ver la mirada de Mónica—. Vale, vale. Me callo.

Mónica se ríe por primera vez en la mañana. Echaba de menos esto. Ya no recordaba la capacidad de su amiga para sacarle una sonrisa en los peores momentos.

—Supongo que todos los funerales son un poco circo —comenta, matando el tiempo—. Y los de gente joven, más.

Patricia no dice nada.

—Fui a ver a Román Salvador.

Patricia vuelve la cara hacia ella.

—¿Y? ¿Sigue vivo o lo tienen disecado?

—Vivo, por llamarlo de alguna manera. Agorafóbico y conspiranoico hasta las cejas. Su piso es... —Mónica busca la palabra — una pocilga con pretensiones intelectuales.

Patricia suelta una carcajada que intenta disimular con una tos.

—O sea, exactamente como era en el instituto pero con más mugre.

—Y más libros. Montañas de libros.

—Siempre fue raro. En el instituto ya daba repelús. ¿Te acuerdas de aquella vez que se quedó en la biblioteca porque decía que los demás alumnos «contaminaban su aura intelectual»?

—Eso no pasó.

—Vale, no. Pero podría haber pasado. —Patricia sonríe—. Aunque la vez que llevó un cuervo muerto a clase para «demostrar la fragilidad de la existencia» sí que fue real.

—Era una paloma.

—Da igual. Seguía siendo asqueroso. —Patricia hace una mueca—. ¿Te dio alguna pista útil al menos?

—Me dio ganas de ducharme con lejía.

—Eso también cuenta como pista. La pista de que necesitas subir el sueldo para no tener que interrogar a...

—Patricia. —Mónica señala con la barbilla—. ¿Sabes quién es?

La mujer misteriosa sigue ahí, junto al muro de piedra de la iglesia. Inmóvil. Fumando como una estrella de cine de los años cuarenta. Vuelve a llevar puestas las gafas de sol.

Patricia entorna los ojos.

—Ni idea. Pero tiene pinta de cobrar más en un mes que nosotras en un año. —Esboza una media sonrisa—. Y de matar a sus maridos con veneno.

—Patricia...

—¡Pero mírala! Si hasta fuma con superioridad moral. No la había visto nunca, te lo juro. ¿Crees que es la asesina? Porque tiene toda la pinta.

—Perdóname un minuto.

Mónica se acerca a Lola y Sergio. Paco la sigue.

—Nuestro más sentido pésame —dice Paco con su sonrisa número dos, la que reserva para los muertos y los fans del Atleti.

—Gracias por venir. —Lola aprieta la mano de Mónica. Sus dedos tiemblan ligeramente—. Significa mucho.

Sergio no dice nada, pero a Mónica no se le escapa que sus ojos se desvían constantemente hacia la mujer del traje gris.

—¿La conocen? —Mónica no se anda con rodeos.

Lola sigue su mirada. Su expresión se endurece.

—Es Luz. La exmujer de Álvaro.

Mónica y Paco intercambian una mirada rápida.

—No esperábamos que viniera —continúa Lola—. No sé ni cómo se habrá enterado. Hace años que no sabíamos nada de ella.

—¿Cuánto tiempo estuvieron casados? —pregunta Paco, casual.

—Seis años. Quizás siete. —Lola hace un gesto despectivo—. Álvaro nunca hablaba de ella.

La mujer —Luz— sigue fumando. Exhala el humo como a cámara lenta.

Mónica toma una decisión.

—Discúlpennos.

Mónica no espera respuesta. Se acerca a Luz con Paco pisándole los talones.

La mujer los ve venir sin inmutarse. Cuando están a un metro de distancia, apaga el cigarrillo contra la pared de piedra. El gesto es deliberadamente lento, como si marcara territorio.

—¿Luz...?

—Luz Carrasco. —Su voz es grave, controlada. Les tiende una mano huesuda y fría que parece esculpida en mármol.

Directa. Mónica aprecia eso.

—Inspectores Lago y Cereceda. —Sonrisa número tres de Paco: la profesional con un toque humano, al más puro estilo Tom Hanks —. Sentimos su pérdida.

Luz se quita las gafas de sol. Tiene los ojos secos.

—¿Mi pérdida? Álvaro dejó de ser mío hace mucho tiempo.

Mónica casi sonríe.

—Aun así, está aquí.

—Los exmaridos muertos merecen cierta... cortesía. —Luz saca otro cigarrillo—. Además, quería ver las caras. Los asesinos siempre van a los funerales. ¿No es lo que dicen ustedes?

—¿Cree que el asesino está aquí?

—Solo bromeaba —dice, encendiendo el cigarrillo—. Tenía curiosidad por ver quién vendría a llorarle. —Mira hacia Lola y Sergio —. No muchos, por lo que veo.

Hay algo en su tono. No es solo amargura. Esta mujer sabe cosas.

—Necesitamos hablar con usted —dice Paco—. Sobre Álvaro. Sobre su matrimonio.

—¿Tengo elección? Vuelo a París esta noche.

—En ese caso —replica Mónica—, no hay tiempo que perder.

Luz vuelve a ponerse las gafas.

—¿Dónde? Por favor, no me hagan entrar en una comisaría.

Mónica barre la calle con la mirada y encuentra una cafetería abierta. Mantel de cuadros y menú del día por doce euros.

—¿Le vale allí? —pregunta. Le dan ganas de terminar la frase con un «¿...o no es lo bastante elitista?», pero se contiene.

Luz mira el local como quien mira una cucaracha, pero asiente con un movimiento de mentón casi imperceptible.

—Cinco minutos. —Empieza a caminar hacia el semáforo. Sus tacones marcan el ritmo sobre el empedrado. Clic-clac. Clic-clac. Como el segundero de una bomba.

—Esta no ha venido solo a despedirse —murmura Paco cuando ella está lo bastante lejos.

Mónica asiente mientras observa cómo Luz esquiva los charcos sin mirar al suelo. Luego se vuelve hacia la iglesia. Lola y Sergio siguen recibiendo condolencias, pero ambos están mirando también al semáforo.

Todos en este funeral guardan secretos. Algunos sobre amor. Otros sobre odio. Y al menos uno, sobre asesinato.

La cuestión es descubrir cuál es cuál antes de que haya otro muerto que llorar.

21

—HÁBLANOS de tu matrimonio con Álvaro, Luz.

Luz Carrasco se toma su tiempo. Seguramente sea calculado. Da la impresión de que todo lo que hace esta mujer es calculado. Como el movimiento de la cucharilla al remover su café: tres vueltas en el sentido de las agujas del reloj, ni una más. Se lleva la taza a la boca y da un sorbito pausado, saboreándolo, como si estuviese en un ático de Gran Vía y no en el funeral de su ex.

Cruza las piernas para exhibir su impresionante figura sin renunciar a la imagen de mujer elegante y con clase que irradia.

La cafetería tiene exactamente el aspecto que cabía esperarse. Hay un mostrador con dos tipos ataviados con delantales grises que no paran, y un panel con el menú sobre sus cabezas, que ofrece distintos tipos de cafés, zumos, bollería, tostadas dulces y saladas, y combos de todo lo anterior. Cuando te sientas, una camarera —siempre es una estudiante de instituto— te entrega una carta plastificada y pringosa. El mantel, por supuesto, es de cuadros rojos y blancos. En cada mesa hay un servilletero, salero, pimentero y un dosificador de aceite. Del techo cuelga un televisor que solo emite el informativo veinticuatro horas. En este preciso momento están enfocando el Congreso de los Diputados.

Luz desentona aquí como una modelo de Vogue en una sala de espera del SEPE.

—Nos conocimos en 2009 —dice finalmente—. En la fiesta de fin de curso del máster de gestión cultural. Septiembre, creo. En el

Casino de Madrid.

—¿Álvaro hizo un máster de gestión cultural? —Mónica no puede ocultar su sorpresa.

—Era su intento de reinventarse. Otra vez. —Luz juega con el azucarillo sin abrirlo—. Yo daba una charla sobre mecenazgo y financiación privada. Álvaro se me acercó en el cóctel posterior. Llevaba un traje azul marino que le quedaba grande, como si hubiera perdido peso recientemente. Estaba guapísimo. —Al decir esto, Luz muestra su blanca y perfecta dentadura, y sus ojos brillan sinceros por primera vez—. Me preguntó si creía que el arte podía curar traumas.

—¿Y qué le dijiste?

—Que el arte no cura nada. Solo te da un lenguaje para nombrar lo innombrable. —Una pausa—. Se pasó toda la noche hablándome de Bacon, de Lucian Freud, de todos esos pintores que convirtieron el dolor en algo hermoso. Estaba... intenso. Desesperado por encontrar sentido a algo. Tartamudeaba sin parar, lo cual, por algún motivo, me provocó ternura. Era distinto a los demás hombres. De algún modo, me fascinó.

«Por supuesto que sí —piensa Mónica—. Un hombre roto buscando salvación en los lugares equivocados. El arte, una mujer guapa, un máster. Todo menos enfrentar sus demonios. Muy predecible.»

—Nos casamos seis meses después. —Luz se lleva la taza a los labios. Ni siquiera deja marca de carmín—. Demasiado rápido, ya lo sé. Pero Álvaro podía ser muy persuasivo cuando quería algo.

—¿Y qué quería? —pregunta Paco.

—Al principio, pensé que me quería a mí. —Una sonrisa amarga—. A decir verdad, los primeros meses fueron como un sueño. Luego comprendí que solo quería evitar estar solo con sus fantasmas. En algún lugar leí que los monstruos odian el aire fresco. Yo añadido que adoran la soledad.

Mónica la observa con interés y una pizca de admiración. No sabe mucho de marcas, pero salta a la vista que toda la ropa que lleva Luz Carrasco es tremendamente cara. El bolso —¿Hermès?— descansa en la silla. Ese abrigo, ese vestido negro de falda corta y

chaqueta... no son prendas que ella se pondría, y sin embargo, le dan ganas de alargar el brazo para sentir el tacto de la tela.

Aunque eso le restaría toda autoridad como inspectora de policía.
—¿Por qué os divorciasteis? —pregunta.

Luz se pasa el pelo por detrás de la oreja. El gesto descubre un pendiente de perla del tamaño de una avellana. La melena, con la raya al medio y corte en cascada, le llega más allá del cuello, disimulando su papada. Si llevara un peinado y un atuendo distintos, piensa Mónica, su aspecto sería de lo más vulgar. Sin embargo, se vale de su evidente fortuna para sacarse el máximo partido posible.

Es el tipo de mujer en la que Mónica podría convertirse si tuviera dinero. Y ganas. Y no odiara los tacones.

Mónica se mira las manos. Uñas cortas y sin pintar. Un padraastro en el pulgar que no para de morderse. Jorge siempre le dice que tiene manos bonitas, pero él diría cualquier cosa para no discutir. Su madre es más honesta: «Un poco de maquillaje no te mataría, con lo guapa que tú eres, hija».

La verdad es que Mónica eligió hace tiempo quién quería ser. Cazadora, no presa. La que hace las preguntas, no la que posa para las respuestas. Su uniforme de hoy —camiseta verde militar, vaqueros y cazadora gris— es una declaración de intenciones. No está aquí para gustar. Está aquí para resolver un asesinato.

Aunque a veces, solo a veces, mirando a mujeres como Luz, se pregunta cómo sería la otra vida. Menos cadáveres, más maquillaje. Jorge estaría encantado.

—Yo quería hijos —explica Luz—. Dos, mínimo.

—¿Y él no? —La infancia traumática de Álvaro no se va de la mente de Mónica.

—Nunca me lo dijo así. Pero para Álvaro siempre había algo más urgente. Un viaje, el trabajo, un proyecto, una crisis existencial... Nunca era el momento. Como si todo fuera más prioritario que traer un niño al mundo.

Mónica se muerde la lengua. Las palabras de Luz son estremecedoras. Está hablando como Jorge esta mañana: *Quiero formar una familia contigo.*

Joder. Es como si el universo le estuviera pasando factura con intereses. ¿Cuántas veces le habrá dado a Jorge esa misma excusa? ¿Cuántas veces ha sido ella Álvaro sin saberlo?

A su lado, Paco toma aire. Hay algo en su respiración que le hace comprender a Mónica que sabe lo que ella está pensando. Para confirmar sus sospechas, Paco toma el testigo con discreción:

—Debió de ser duro.

—Lo fue. Pero no tanto como descubrir lo de las apuestas. Eso fue lo que dinamitó todo.

—¿Apuestas?

—Deportivas. —Luz suspira y se masajea la sien con dos dedos—. Fútbol, tenis, carreras de galgos. Le daba igual. Era el subidón lo que buscaba, no el dinero.

—¿Cuánto perdió?

—Empezó con cantidades pequeñas. Terminó debiendo casi cincuenta mil euros. Que yo sepa.

Mónica lo archiva mentalmente. El hombre tenía más capas que una cebolla.

—¿Eso acabó con vuestro matrimonio?

—Eso y... —Luz se lleva la taza a los labios. Un gesto para ganar tiempo—. Bueno, nuestra vida sexual era inexistente.

Mónica arquea una ceja mientras la estudia. Todo en ella grita sexo: los labios carnosos, la forma de cruzar las piernas, esa manera de ocupar el espacio como si fuera suyo. Sí, la vida sexual de esa mujer tiene pinta de ser cualquier cosa menos inexistente.

—Al principio pensé que era por el estrés del dinero. Las deudas. —Luz habla al café, no a ellos—. Luego me culpé a mí misma. Pensé que era yo. Que no era suficiente. Que necesitaba adelgazar, o teñirme de rubia, o aprender trucos nuevos.

Mónica conoce esa voz. Es la voz de todas las mujeres que se han sentido invisibles en su propia cama. Piensa en tenderle una mano, pero no lo hace porque, en ese instante, Luz levanta la vista.

—Pero tampoco era eso.

El televisor escupe noticias sobre corrupción. La camarera adolescente se hace un selfi. La vida continúa, ajena al momento en que todo va a cambiar.

—¿Qué era entonces? —Mónica se inclina hacia adelante. Puede oler el perfume de Luz. Caro. Francés. El tipo de perfume que usas cuando quieres que alguien se acerque lo suficiente para olerlo.

Luz se alisa la falda. Las manos le tiemblan ligeramente. Luego la mira directamente. Sus ojos verdes son pozos de agua helada.

Y Mónica, sintiendo la verdad acercándose como un tren en un túnel, no puede evitar tragar saliva.

22

MERCEDES ESCRIBANO ODIA LOS LUNES. También los martes, los miércoles... y los jueves si llueve.

Pero hoy es viernes y hace sol, así que no tiene excusa para estar de mal humor. Excepto que Mónica y Paco están en el funeral, Yago no para de tararear una canción horrible de un anuncio, y ella está aquí, sola con su ordenador y trescientos expedientes escolares que han enviado del instituto.

Aterrador.

Se ajusta las gafas de lectura —las que jura que no necesita pero sin las cuales no ve ni torta— y sigue *scrolleando*. Expediente tras expediente. Notas, faltas de asistencia, partes disciplinarios... La vida adolescente reducida a PDFs.

«Martínez López, Andrea. Notable en todo. Aburrida.»

«Pérez Sánchez, Carlos. Tres partes por fumar en el baño. Predecible.»

«Rivas Escribano, Pablo.»

Espera. Ese es su sobrino.

Mercedes se inclina hacia la pantalla. Pablo, dieciséis años, es el hijo de su hermana Carmen. El chico al que le regaló cincuenta euros por su cumpleaños y que nunca le dio las gracias. Adolescentes.

Sus notas son decentes. Un siete en matemáticas y un ocho en lengua son sus máximas valoraciones. Ninguna falta de asistencia.

Ningún parte disciplinario. Su sobrino es un alumno invisible. De los que pasan por el instituto sin hacer ruido.

Como ella en la vida, piensa. Invisible desde que Nico murió el año pasado.

«¿Por qué fumarías tanto, imbécil?»

«No. *Stop*. No vayas por ahí.»

Nico está muerto, sí. Cáncer de pulmón que se lo llevó en dos meses. La dejó sola con la hipoteca, el Seat Ibiza y un pendrive con fotos tuyas que guarda en el cajón de las bragas.

Dios, necesita salir más.

—Mercedes, ¿un café? —Yago desde su mesa.

—No, gracias. No te lo tomes a mal, pero prefiero beber lejía.

—¿Tan malo es mi café?

—Tu café hace que el de máquina parezca artesanal. Además, estoy con algo.

—¿Algo interesante?

—Expedientes de críos. Fascinante como ver secarse la pintura.

Yago ríe. Es mono, Yago. Algo mayor para ella, pero mono. Incluso sexy, como puede serlo un veterano de guerra, con la barba de tres días y aspecto de rebelde cansado. Yago es imposible, por supuesto. No solo es su jefe, sino que, ironías del destino, su mujer también ha fallecido hace no mucho. Un incendio en casa. Se llamaba Paloma. La tragedia le costó una baja de tres meses por depresión. No habla de ello, pero es obvio que aún no lo ha superado. Así que sí, mejor olvidarse. Es un estereotipo, pero no por ello deja de ser cierto: los buenos son todos imposibles.

«Para. Concéntrate. Expedientes.»

Sigue bajando por la lista. Más nombres, más vidas adolescentes comprimidas en datos.

Y entonces lo ve.

«Castaño Jiménez, Iker.»

Algo chirría en este.

Mercedes frunce el ceño. Abre el expediente completo. El chaval tiene quince años. Las notas del primer trimestre son buenas. Ochos y nueves. Ninguna falta.

Pero en febrero, todo cambia.

De repente, las notas caen en picado. Cinco faltas en una semana. Luego diez. Luego quince. Los profesores empiezan a dejar comentarios: «No presta atención», «Parece ausente», «Se duerme en clase».

Mercedes sigue excavando. Iker Castaño. Febrero. El cambio brusco. Las faltas. Las notas cayendo. De un día para otro, Iker Castaño pasa de ser un estudiante modelo a un fantasma. Es como ver un edificio derrumbarse a cámara lenta.

¿Qué pasó?

De pronto, tiene una ocurrencia. Abre otra ventana. Busca en el sistema. Partes disciplinarios de esa fecha. Nada sobre Iker. Pero...

«No me fastidies...»

Se quita las gafas y se frota los ojos.

Mira el reloj. Las 13:47. Mónica y Paco ya deben haber terminado en el funeral.

Desbloquea el teléfono y marca.

23

—ENCONTRÉ algo en el disco duro de su ordenador.

La voz de Luz ha cambiado. Ahora suena más pequeña. Frágil.

El móvil de Mónica vibra sobre la mesa. Ella lo ignora. Permanecen sin moverse, como si el tiempo se hubiera detenido en esta cafetería cutre, con su música hortera y sus cruasanes rancios. Entonces Mónica pregunta:

—¿Qué encontraste?

—Al principio no estaba segura. —Luz habla al café, no a ellos—. Bueno, eso es mentira. Sí estaba segura. Solo que no quería estarlo.

Muy pronto, Mónica conocerá esa sensación: la de encontrar algo y desear no haberlo encontrado nunca. Pero por ahora, solo asiente.

—¿Qué era, Luz?

—Pensé en dejarlo estar. —Sonríe amargamente—. ¿No es patético? Vi lo que vi y pensé: tal vez tiene explicación. Como si pudiera haber explicación para algo así.

El móvil vuelve a vibrar. Mónica lo mira. Tres llamadas perdidas de Mercedes en dos minutos.

—No pude dormir —continúa Luz—. No pude comer. Me miraba al espejo cada mañana y pensaba: ¿qué clase de mujer eres?

—¿Qué viste en ese ordenador?

Luz levanta la barbilla. Hay rabia en su expresión. Y vergüenza. Ambas cosas mezcladas de forma horrible.

—Hablé con él. Le dije que lo había encontrado. Él me dijo que si abría la boca, me mataría. —Luz pronuncia cada palabra como si

estuviera masticando vidrio.

Paco tose. Incómodo.

—Por eso te fuiste.

—Por eso hui. —Se limpia una lágrima con el dorso de la mano—. Como una puta cobarde. Sin denunciar. Sin hacer nada. Meses después firmamos el divorcio y me largué a París. No he vuelto a saber nada de Álvaro hasta hoy.

El móvil vibra de nuevo. Mercedes no suele telefonarla. Si llama, es que es importante.

Mónica se disculpa, se prepara para recibir otra mala noticia y contesta:

—Mercedes, estoy en medio de...

—Mónica, tienes que escuchar esto. —La voz de Mercedes suena rara. Agitada—. He estado revisando expedientes del instituto. Mi sobrino estudia allí, conozco a algunos padres y... hay algo sobre las clases extraescolares de fútbol. Mira lo que te acabo de enviar.

Mónica resopla.

—Ahora no puedo mirar nada. Hazme un resumen.

—Uno de los alumnos dejó el equipo en febrero.

—¿Y?

—Iker Castaño. De repente. Sin explicaciones. Los padres dijeron que el chico ya no quería jugar.

Mónica frunce el ceño. No entiende.

—Mercedes, ¿qué tiene que ver...?

La voz de Mercedes se vuelve más intensa.

—Álvaro Montiel empezó a entrenar al equipo infantil de fútbol el año pasado, a principios de temporada.

Silencio.

—Las fechas coinciden, Mónica.

Mónica deja que Mercedes siga hablando. Mientras lo hace, siente cómo el aire desaparece de la cafetería.

«No», se dice.

Pero sí.

Todo encaja de forma horrible y perfecta.

Cuelga sin decir adiós.

Luz y Paco la miran. Esperan.

—¿Todo bien? —pregunta Paco.

—Luz. —Su propia voz le suena extraña—. Necesito que me digas ahora mismo qué encontraste en ese ordenador.

Luz respira hondo. *Prepárate*, dice su gesto. *Porque lo que viene va a doler*.

—Fotografías.

Ahí está.

La palabra que Mónica sabía que iba a oír.

—¿Qué tipo de fotografías?

—De un niño.

Mónica cierra los ojos.

«Por supuesto.»

—No sé quién era. Ni cuándo las tomó. Pero eran... eran...

No termina.

No hace falta.

Todos saben de qué clase de fotografías está hablando.

Paco maldice entre dientes.

Mónica ve a Álvaro en el baño de profesores. Manchado de sangre. Muerto.

De estar de pie, sus rodillas se doblarían.

Y por un segundo horrible, piensa: «bien, se lo merecía».

Mira a Luz.

—¿Dónde están las fotos ahora?

—Las borró. —Luz levanta la barbilla—. Debí haberlas entregado a la policía en cuanto las encontré, lo sé. Pero no podía... ¡Era mi marido! Y luego él me amenazó de muerte.

Mónica asiente despacio.

No dice nada.

No puede.

Las piezas encajan de una manera tan precisa que casi puede oírlo:

Clic.

Y la imagen final no es la que esperaba.

En absoluto.

24

MÓNICA LO HUELE en cuanto cruza el umbral: Ambientador barato y miedo mezclado con desesperación. Ha interrogado a suficientes culpables como para reconocer ese olor tan particular.

Iker Castaño está hundido en el sofá, como si quisiera desaparecer entre los cojines. Quince años, enjuto, con esa delgadez extrema que lucen algunos adolescentes. Mira sus propias manos como si fueran las cosas más fascinantes del mundo.

—Iker —dice Mónica, sentándose frente a él—. Soy la inspectora Lago. Este es mi compañero, Paco.

El chico no levanta la vista.

Jesús Castaño lo observa todo, cruzado de brazos y de pie junto a la ventana. Es un hombre corpulento de manos grandes, la clase de tipo que intimida sin proponérselo. Lleva puestos unos guantes de trabajo amarillos.

—Mi hijo no ha hecho nada malo —dice.

—Nadie dice que lo haya hecho —responde Mónica, manteniendo la voz plana—. Solo queremos hacerle unas preguntas sobre el profesor Montiel.

La mujer de Jesús, una sombra nerviosa en el marco de la puerta, se retuerce las manos.

—¿Quieren café? ¿Agua?

—Estamos bien, gracias —responde Paco.

Mónica se inclina hacia adelante, intentando captar la mirada de Iker.

—¿Te gustaban las clases de francés?

Encogimiento de hombros.

—Es que es tímido —lo justifica su padre—. No está acostumbrado a que dos policías lo interroguen. Ustedes lo intimidan.

—¿Y el fútbol? —insiste Mónica, ignorando a Jesús—. Tu padre dice que jugabas en el equipo del instituto.

El chico se encoge aún más, si es que eso es posible.

—Ya no juega —interviene Jesús—. Lo desapunté.

—¿Por qué? —pregunta Paco.

—Perdía el tiempo. Las notas bajaban.

Mónica observa a Iker. El chico ha comenzado a rascarse compulsivamente el dorso de la mano. Una costrita antigua empieza a sangrar de nuevo.

—Iker —dice Mónica con suavidad—, ¿Álvaro te trataba bien?

Iker se encoge de hombros.

—Hemos oído que a veces daba clases extra después de los entrenamientos —insiste ella—. ¿Te las daba a ti?

—Mi hijo ya ha dicho que no —la voz de Jesús suena dura—. ¿Qué más quieren?

Por primera vez, el chico levanta la vista. Solo un segundo. Pánico puro.

—No... no sé —murmura—. A veces.

Su padre chasquea la lengua y menea la cabeza.

—¿Dónde? —pregunta Mónica.

—En... en la cancha. Después de entrenar.

—¿Solo en la cancha?

El chico vuelve a mirar sus manos. La costra sangra ahora abiertamente.

—Y en los vestuarios —su voz es ahora un susurro casi inaudible. Jesús Castaño da un paso adelante.

—¿Qué coño tiene que ver dónde le daba clases? Están asustando a mi hijo.

Mónica no aparta los ojos de Iker mientras se dirige a Jesús:

—Señor Castaño, ¿por qué lleva guantes?

—¿Perdón?

—Los guantes. ¿Por qué los lleva puestos dentro de casa?

—Estaba montando una estantería. En el trastero. ¿Qué importancia tiene?

—Quíteselos, por favor.

—No veo por qué...

—O se los quita o se los quito.

Jesús mira a su mujer, luego a Paco. Finalmente, se quita los guantes con movimientos bruscos. Todos se fijan en lo mismo: un corte profundo atraviesa la palma de su mano derecha.

Todavía fresco.

Con los bordes enrojecidos.

Mónica juraría que oye el pulso de Paco acelerarse.

—Me corté con la sierra —dice Jesús rápidamente—. Ayer, mientras trabajaba.

No mira a su mujer, que parece no comprender nada.

—Curioso —dice Paco—. Parece más bien un corte de cuchillo.

El silencio que sigue es denso como el alquitrán. Mónica observa cómo Jesús aprieta los puños.

La conversación telefónica de antes con Mercedes empieza a cobrar sentido.

Aquí hay una solicitud de cambio de actividad extraescolar que nunca se procesó...

—¿Recuerdas la solicitud que mencioné el otro día? He encontrado más. —La voz de Mercedes sonaba alterada—. No era solo una solicitud, era un email muy agresivo de febrero. El padre de Iker Castaño exigió que su hijo no tuviera NINGÚN contacto con Álvaro. Quería a Álvaro fuera del equipo. Usó palabras como «inapropiado» y «no permitiré». El director lo archivó sin hacer nada. Falta de entrenadores disponibles.

Mónica siente que las piezas encajan de manera casi palpable. Mira a Iker, que ahora tiembla visiblemente. A Jesús, con su corte en la mano. A la madre, que se ha tapado la boca con las manos.

El salón entero parece haberse congelado.

Las imágenes llegan a la mente de Mónica como fotogramas sueltos de una película horrible: Álvaro, víctima de Pedro Figueroa en su adolescencia. El ciclo perpetuándose. Los vestuarios. Las

duchas. Un chico de quince años atrapado. Un padre descubriendo la verdad. Intentó sacarlo de allí, salvarlo. Pero no lo tomaron en serio. Y después fue demasiado tarde.

Mónica se pone en pie.

—Paco —dice, con forzada frialdad—, llévate a Iker a la cocina. Está sangrando. Que su madre le cure esa mano.

Paco asiente, comprendiendo. Se levanta y ayuda a Iker a ponerse de pie. El chico se mueve como un sonámbulo. Su madre lo sigue, murmurando algo sobre agua oxigenada.

Mónica espera hasta quedarse sola con Jesús Castaño. Ha estado esperando este momento desde que lo vio, desde que se fijó en su cabello cano. Ese detalle, sumado al corte en la palma y el gran tamaño de sus pies, hace que todo encaje como las piezas de un rompecabezas macabro.

—Necesitaré una muestra de su ADN —dice Mónica—. Y también quiero ver su calzado.

Jesús palidece tan de súbito que Mónica teme que vaya a caerse redondo.

—Sé lo que pasó —añade.

Jesús la mira. Ya no hay desafío en sus ojos, solo una fatiga infinita.

—No sabe una mierda.

—Su hijo le contó lo que Álvaro le hacía.

—Cállese.

—Usted fue al instituto. No a buscar a Iker, sino a Álvaro.

—He dicho que se calle.

—Lo encontró en el baño de profesores.

Jesús se tambalea. Abre la boca para negar, pero no sale ningún sonido. Finalmente, se deja caer en el sofá que ha ocupado su hijo. Se mira las manos. La cicatriz sigue ahí, como si gritara lo que sucedió el pasado lunes.

—Ese cabrón era un depredador —dice finalmente entre susurros—. Un asqueroso perverso. ¿Sabe lo que es que tu hijo de quince años te cuente algo así? ¿Sabe lo que es sentir que has fallado en lo único importante: proteger a tu familia?

Mónica no dice nada. No quiere involucrarse. Si lo hace, dejará de ser una profesional.

—Iker no quería contármelo. Pero yo sabía que algo andaba mal. Dejó de comer, dejó de dormir, se encerraba en el baño y vomitaba.

—Jesús tiene la mirada perdida y ausente y ni siquiera parece ver a Mónica—. Mi mujer decía que era la adolescencia, Iker siempre fue muy tímido. Pero yo... yo sabía que esta vez era algo más.

Se frota la cara con las manos. Por un instante, da la impresión de ir a derrumbarse, pero Jesús se endereza en su asiento y se obliga a proseguir. Mónica apenas puede imaginar el enorme esfuerzo que está haciendo.

—La noche del pasado domingo lo oí llorar. Entré en su cuarto y... me lo contó todo. Lo que había estado callando durante meses. Desde septiembre, cuando ese cabrón empezó con el equipo. Las clases extra después de los entrenamientos. Los vestuarios. Las duchas. Yo ya sabía que ese hijo de puta no era de fiar. Lo sospechaba y en febrero traté de pararlo. Pedí a la dirección que lo echaran del equipo, pero sin pruebas... No hicieron nada. Así que saqué a Iker del equipo. Pero, por lo visto, era muy tarde. Mi hijo me confesó que llevaba MESES sufriendo. Si me hubieran tomado en serio..., o si yo hubiera insistido más, tal vez habría evitado... Dios, las cosas que ese hijo de puta le obligaba a hacer...

Su voz se quiebra. Un hombre grande y fuerte, reducido a escombros.

—No dormí en toda la noche. Pensé en ir a la policía y denunciarlo, y debí haberlo hecho. Pero no quería que acabara en la cárcel, sinceramente. Quería destrozarle la puta cabeza. Así que por la tarde fui al instituto. No tenía un plan. Solo sabía que tenía que hacer algo. Lo encontré en el baño. Estaba lavándose las manos, tan tranquilo. Como si no hubiera destrozado la vida de mi hijo.

—¿Llevaba el cuchillo encima?

Jesús niega con la cabeza.

—Lo cogí de la cocina del instituto. Estaba ahí, en el fregadero. Ni siquiera pensé. Solo... actué.

—¿Qué pasó?

—Le dije que sabía lo que había hecho. Él lo negó. Dijo que Iker mentía. Que era un chico problemático que buscaba atención. —Una risa ácida—. Mi hijo, problemático. ¡Qué hijo de puta! Como si no supiera yo quién era el verdadero problema.

Mónica espera.

—Me abalancé sobre él. Forcejeamos. Él intentó quitarme el cuchillo y... —Levanta la mano herida—. Me cortó. Estaba tan ciego de rabia que ni sentí el dolor. No podía parar. Pensaba en mi hijo, en las noches que pasará sin dormir, en los años de terapia que necesitará, en cómo ese cabrón le había robado la inocencia.

Las lágrimas empiezan a caer. Lágrimas de rabia, de dolor, de algo irreparable.

—Lo dejé ahí —dice. Su voz suena monótona, desconectada—. Con el cuchillo clavado. Salí del baño y me fui. Nadie me vio. O si me vieron, no dijeron nada.

Mónica se levanta despacio. Está conmovida, pero se obliga a hablar con calma.

—Señor Castaño, va a tener que acompañarnos.

Él asiente. Parece casi aliviado.

—¿Qué va a pasar con Iker?

—Conseguiremos ayuda para él. La mejor posible.

—¿Me cree? —pregunta de repente—. ¿Cree que ese hijo de puta abusó de mi hijo?

Mónica piensa en Luz Carrasco. En las fotos que encontró en el ordenador de Álvaro. En el matrimonio destruido. En Álvaro, un mártir a los quince años y un monstruo a los cuarenta. El círculo perfecto del horror. Por eso deseaba escapar y empezar de cero en otro lugar, como le contó a Beatriz... Solo que era demasiado tarde.

—Sí —responde—. Le creo.

Jesús Castaño se pone de pie. Las piernas le tiemblan ligeramente.

—No me arrepiento —dice—. Que Dios me perdone, pero no me arrepiento. Volvería a hacerlo.

Paco aparece en la puerta. Mira a Mónica y luego a Jesús.

—¿Todo bien?

—Llama a una patrulla —ordena Mónica—. Y a servicios sociales. El chico va a necesitar ayuda.

Cierra los ojos y cuenta hasta diez. Cuando vuelve a abrirlos, Jesús está abrazando a su hijo. Iker llora contra el pecho de su padre, sollozos mudos que sacuden su frágil cuerpo. La madre los rodea con sus brazos, convirtiendo a la familia en un nudo de dolor.

—Te pondrás bien —murmura Jesús—. Te lo prometo, hijo. Te pondrás bien.

Mónica desea que sea verdad, pero ha visto demasiado como para creer en promesas.

Las sirenas se acercan. En unos minutos, Jesús Castaño será esposado y conducido a comisaría. Iker comenzará un largo camino de terapia y recuperación. La madre quedará sola para recoger los pedazos.

Y Álvaro Montiel seguirá muerto, víctima y verdugo a la vez, otro eslabón en una cadena que parece no tener fin.

—Vámonos —dice Paco suavemente.

Mónica asiente, pero antes de salir, se acerca a Iker.

—Escúchame —le dice—. Nada de esto es culpa tuya. ¿Me oyes? Nada.

El chico la mira con ojos destrozados.

—Él decía... él decía que era especial. Que yo era especial para él.

—Mentía —responde Mónica con firmeza—. Los depredadores siempre mienten.

La patrulla llega. Dos agentes uniformados entran y proceden a la detención. Jesús Castaño no opone resistencia. Antes de que se lo lleven, mira a Mónica.

—Cuide de mi hijo.

—Haré lo que pueda.

Y se lo llevan.

Mónica y Paco salen de la casa en silencio. El caso está resuelto. Deberían sentirse satisfechos, pero solo hay un sabor amargo, como ceniza en la boca.

—Joder —dice Paco al llegar al coche—. Joder.

—Lo sé.

Se quedan un momento en silencio. Desde alguna ventana cercana llega música: una canción infantil, alegre y obscena en su inocencia. Son dos policías que han visto demasiado, que saben que a veces no hay buenos ni malos, solo personas rotas haciendo cosas terribles.

—¿Una cerveza? —pregunta Paco.

Pero Mónica no responde. Su mente se ha quedado en punto muerto, atascada en el caso. Es entonces cuando oye un clic. Mónica siente una ola helada que le recorre el cuerpo hasta estrujarle la boca del estómago. Apenas logra decir adiós antes de marcharse a la carrera.

25

SERGIO MONTIEL ESTÁ LIJANDO una mesa en el exterior, bajo un toldo. El sol de la tarde brilla en su frente, cubierta de sudor. Lleva unos vaqueros manchados de barniz y una camiseta que ha visto días mejores. Sus botas de trabajo son de suela gruesa.

Mónica casi se relame cuando Sergio levanta la vista del tablón y repara en ella, apoyada en el capó de su Mini, con los pulgares en los bolsillos, las piernas cruzadas por los tobillos y gafas de sol que le permiten observar sin ser observada.

Sergio se queda inmóvil un segundo, procesando su presencia. Se endereza despacio, con la lija aún en la mano.

—Inspectora —dice, alzando la voz. No es una pregunta.

—¿Trabajando el día del funeral de tu hermano?

Él menea la cabeza y sonríe.

—Trabajar me ayuda a no comerme el tarro.

—¿Podemos hablar, Sergio?

Él mira hacia la nave. El taller de carpintería está en las afueras de Madrid, en uno de esos polígonos industriales donde nadie hace preguntas y todos se ocupan de sus propios asuntos. La zona está muerta a esta hora de la tarde. Solo están ellos dos y el calor pegajoso de mayo. Mónica ha elegido bien el momento. Sin testigos ni interrupciones.

—Mi jefe no está —dice él—. Podemos entrar si quiere. Hay café.

—Prefiero mi coche, si no te importa.

Algo pasa por los ojos de Sergio. Solo un destello. Luego asiente y deja la lija sobre la mesa.

Las rodillas de Sergio casi tocan el salpicadero cuando se acomoda en el asiento del copiloto del Mini.

—Supongo que viene a informarme oficialmente.

Mónica alza una ceja.

—¿Informarte de qué?

—De que han atrapado al asesino de mi hermano.

Mónica lo estudia. Parece relajado, y aun así, hay algo en la forma en que frota la palma de la mano contra su muslo.

—Hemos detenido a alguien, sí —dice—. Jesús Castaño, el padre de uno de los alumnos de Álvaro.

Sergio cierra los ojos un momento. Suelta el aire. Parece que le han quitado varios kilos de peso de los hombros.

—¿Ya han informado a mi madre?

—No, aún no.

—¿Se sabe por qué lo mató?

Mónica se quita las gafas de sol y lo mira directamente. No se le ocurre una manera sutil de darle la noticia.

—Tu hermano abusaba sexualmente de su hijo.

La reacción de Sergio es la esperada, quizás demasiado. Sus ojos están muy abiertos, la boca entreabierta. Horror y estupefacción a partes iguales.

—Eso es... No, no puede ser. Álvaro no...

—¿Te sorprende? —interrumpe Mónica—. ¿Que tu hermano fuese un pedófilo?

Sergio aprieta los puños.

—Mi hermano tenía sus problemas, pero eso... Joder, es que no puedo creerlo.

—¿Sabes? Tengo una teoría.

Sergio la mira. No dice nada.

—Creo que no fueron solo Iker y tu hermano quienes sufrieron abusos sexuales. —Mónica deja caer la bomba con suavidad, como quien comenta el tiempo—. Creo que, mucho antes que Iker, Álvaro tuvo otra víctima. Precisamente el niño que más cerca tenía. El más accesible.

Por primera vez, Sergio muestra una grieta en su fachada. Un temblor en la comisura del labio. Pero se recompone casi al instante.

—¿Qué quiere decir?

—Tu hermano empezó siendo víctima y acabó transformándose en el mismo monstruo que despreciaba. Pero los patrones no mienten, Sergio. Un adulto que abusa de menores rara vez empieza de golpe. Hay una progresión. Primero tantean. Buscan víctimas accesibles. Vulnerables.

—Eso son generalidades.

—Puede ser. —Mónica estudia su perfil—. Pero cuando interrogué a tu madre, mencionó algo curioso. Dijo que Álvaro y tú erais inseparables de niños. «Uña y carne», fueron sus palabras. Y luego, de repente, cuando Álvaro se fue a Bruselas, todo cambió. Volvió y apenas os hablabais.

Un músculo tiembla en la mandíbula de Sergio.

—La gente crece. Se distancia.

—Creo que te hizo algo. —Mónica suaviza la voz—. Y creo que has estado cargando con ello solo durante demasiado tiempo.

—No sabe de lo que habla.

—Sé lo de las fotos.

Sergio gira la cabeza tan rápido que Mónica teme que se haya dislocado algo.

—¿Qué fotos?

—Las que Luz Carrasco encontró en el ordenador de Álvaro. Fotos de un niño. Un niño que se parecía mucho a ti.

Es mentira. Luz nunca describió al niño. Pero Sergio no lo sabe.

Sus manos empiezan a temblar.

—Sergio —dice Mónica con suavidad. Está a punto de posar una mano en su brazo, pero se lo piensa mejor—. No eres el culpable de nada. Eras un niño. Si algo pasó...

—Si algo pasó —repite Sergio, soltando una risa amarga—. Si algo pasó.

Ve la batalla interior en los ojos de Sergio. El sentido común gritándole que cierre la boca. Y el deseo de hablar, de confesarse, tirando en la dirección opuesta.

Gana el deseo.

—¿Sabes qué es lo más jodido? —dice finalmente—. Que una parte de mí todavía lo protege. Después de todo, sigo sin poder decirlo en voz alta.

—No tienes que protegerlo más. Está muerto.

—Muerto. —Sergio prueba la palabra—. Sí. Está muerto.

Mónica espera. A veces el silencio es la mejor herramienta.

—¿Qué te hizo, Sergio? —pregunta finalmente.

—Compartíamos habitación —empieza Sergio, y es como si se hubiera roto un dique—. Las camas estaban separadas por un metro de distancia. Un metro que él cruzaba muchas noches, cuando nuestros padres dormían.

Mónica no dice nada y deja que hable.

—Empezó con caricias. Decía que era normal, que todos los hermanos lo hacían. Yo tenía once putos años, y él, quince. ¿Qué sabía yo de lo que era normal?

Hace una pausa. Mónica puede ver el esfuerzo que le cuesta continuar. Las manos le tiemblan mientras saca un cigarrillo sin pedir permiso. Baja un poco la ventanilla para que salga el humo y prosigue:

—Me decía que era nuestro juego especial. Que papá y mamá se enfadarían si se enteraban. Decía que me estaba enseñando cosas de mayores, que tenía que protegerme. Si no aprendía, nunca encontraría novia. Los chicos se reirían de mí. Siempre había una excusa, una razón. Y yo era un crío, joder. Once años. No entendía nada. Solo sabía que me daba asco.

El humo sale en espiral, como los recuerdos que está liberando.

—Primero eran sus manos. Luego quería que yo... —Se detiene. La nuez sube y baja—. Dios, nunca se lo he contado a nadie. Ni siquiera puedo pronunciar las palabras.

Es como si hubieran cedido los muros de una presa. Sergio habla sin cesar, las palabras saliendo a borbotones, mezcladas con el humo del cigarrillo.

—¿Sabe qué es lo peor? No era violento. Nunca me pegó. Era... cariñoso. Me susurraba que me quería mientras... mientras me hacía esas cosas. Después me compraba chuches. Cómicos. Como si fuera mi jodido novio en vez de mi hermano. Y yo odiaba las noches.

Odiaba el sonido de sus pies descalzos en el suelo. El crujido de mi colchón cuando se sentaba. Su aliento. El olor a champú. Todavía no puedo oler el coco sin vomitar.

Da una calada profunda, como si el humo pudiera limpiar los recuerdos.

—A veces fingía estar dormido. Pero él sabía. Siempre sabía. Y esperaba. Podía estar ahí sentado una hora, esperando. Hasta que yo no podía más y abría los ojos. Entonces sonreía. Esa maldita sonrisa que decía «sabía que estabas despierto».

—¿Hasta cuándo duró?

—Por suerte, mi madre se lo llevó a Bruselas poco después. Fue muy precipitado; yo nunca comprendí el motivo, pero fue un alivio. Ahora sé que lo hicieron para alejarlo de Pedro Figueroa, después de que su familia comprara su silencio.

—¿Qué pasó cuando volvió?

Sergio arroja la colilla por la ventana.

—Habían pasado muchos años. Parecía otra persona. Un hombre nuevo, renovado. Él actuaba como si nunca hubiera ocurrido nada. Pero yo sabía que lo llevaba dentro, porque no volvió a mirarme a los ojos. Nos convertimos en dos desconocidos que compartían apellido.

—¿Crees que tu madre llegó a enterarse de lo que Álvaro te hacía?

Se vuelve para observarla, con esos ojos suyos tan fríos. Mónica se estremece.

—Estoy seguro de que no. Mi madre vive en su burbuja. Siempre lo ha hecho.

—Debe de ser duro cargar con ese secreto tantos años.

—Te acostumbras. —Sergio enciende otro cigarrillo—. O te rompes. Una de dos.

—¿Y tú? ¿Te rompiste?

—Casi. Pero sobreviví. Como hará el chico, Iker Castaño, supongo. Aunque él tuvo más suerte. Su padre lo defendió.

Mónica nota algo en su voz. Un matiz. Envidia, tal vez. O algo más oscuro.

—El padre de Iker mató a tu hermano por lo que le hizo a su hijo.

—Justicia poética —dice Sergio.

—¿Te parece justo?

—Me parece... incompleto.

—¿Incompleto?

Sergio da una calada larga.

—Jesús Castaño no sabía toda la historia. No sabía que Álvaro también fue víctima. Que Pedro Figueroa empezó todo esto. Es como matar al síntoma sin entender la enfermedad.

—Pero aun así lo mató.

—Sí... —Sergio la mira de reojo.

Mónica asiente despacio. Ha estado pensando en esto desde que salió de casa de los Castaño, desde que vio a Jesús confesar, destrozado, un crimen por amor a su hijo.

—Hay piezas que no terminan de encajar, Sergio. Y eso me irrita bastante.

Sergio frunce el ceño y expulsa el humo. Más tarde, Mónica tendrá que hacer una limpieza a fondo del coche.

—¿Como cuáles?

Mónica se decide por el ataque frontal.

—El forense encontró dos ángulos diferentes en las puñaladas —dice, como si acabara de recordarlo—. Es curioso.

—¿Dos ángulos?

—La primera, ascendente. Como si el agresor fuera más bajo. La segunda, perpendicular y más profunda.

Sergio asiente despacio.

—Eso indicaría que Jesús lo hirió, pero tal vez no lo mató.

—Entonces, ¿quién lo mató?

Sergio la mira. Por primera vez desde que han empezado a hablar, sonríe. Es una sonrisa terrible.

—¿No es obvio? Alguien que llegó después. Alguien que lo encontró herido y decidió terminar el trabajo.

—En el baño había una huella de zapato —continúa Mónica—. No coincide con el número de Jesús. Es una bota con suela de goma gruesa y huella pronunciada.

Sergio no dice nada, pero Mónica ve cómo sus ojos bajan involuntariamente hacia sus propias botas de trabajo.

—También hay dos conjuntos de huellas dactilares en el cuchillo —añade—. Unas encima de otras, como si alguien hubiera sacado el cuchillo y lo hubiera vuelto a clavar.

Mónica lo mira sin pestañear. Las cartas están sobre la mesa.

Sergio ha dejado de respirar. Mónica puede sentir los latidos dentro de su caja torácica. Sonríe nervioso.

—Eso es absurdo. Yo encontré el cuerpo, sí. Por supuesto que mis huellas estaban ahí.

—La huella de zapato estaba EN la sangre, Sergio. Si tu hermano hubiera llevado horas muerto, como pensamos desde un principio, la sangre habría estado seca. Pero las huellas hablan a veces. Pisaste cuando aún estaba fresca. Cuando Álvaro aún no había muerto del todo.

El silencio que sigue es eléctrico.

—Interesante teoría forense.

—¿Sabes qué pienso yo?

—Ilumíneme.

—Pienso que fuiste tú quien encontró a Álvaro. Pero no estaba muerto. Agonizaba, desangrándose en el suelo del baño. Y entonces tuviste que tomar una decisión: llamar a emergencias o...

—O dejarlo morir.

—No. —Mónica lo mira fijamente—. No lo dejaste morir. Eso habría sido pasivo. Tú fuiste activo. Terminaste lo que Jesús empezó.

El silencio se alarga. Mónica espera. Sergio fuma y cierra los ojos. Cuando los abre, hay algo salvaje en ellos.

—¿Sabe qué es lo más extraño de todo esto? —dice—. Que cuando entré en ese baño, no iba buscando venganza. Iba buscando a mi hermano. Mi madre me había llamado por teléfono porque Álvaro no aparecía. Fui a buscarlo por el barrio y acabé en el instituto. La puerta del baño estaba entreabierta.

Da una calada profunda.

—Y ahí estaba. En el suelo. Con un cuchillo clavado en el estómago. Sangrando, pero vivo. Muy vivo. Me miró y... ¿sabe qué vi en sus ojos? Alivio. Alivio de que fuera yo quien lo encontrara. Su

hermanito. El mismo hermanito al que había jodido la vida. «Ayúdame, Sergio. Por favor», me suplicó. Ahora necesitaba mi ayuda, el muy cabrón. Y entonces me acordé de todas las noches. De sus manos. De su peso sobre mí. De las veces que yo le había suplicado que parara. Y él nunca paró. Nunca.

—Así que cogiste el cuchillo.

—Estaba ahí, clavado en su estómago. Lo saqué y... —Se detiene. Una sonrisa amarga cruza su rostro—. Fue tan fácil. Como cortar mantequilla. Murió en el acto. Y después me quedé ahí, mirándolo. Esperando sentir algo. Culpa. Satisfacción. Algo. Pero no sentí nada. Solo... vacío.

—Y entonces llamaste a emergencias. Montaste la escena. El hermano destrozado que encuentra el cadáver.

—¿Qué otra cosa podía hacer? —Sergio apaga el cigarrillo—. Si hubiera sabido lo que le estaba haciendo a ese chico, a Iker... Joder, si lo hubiera sabido, lo habría dejado agonizar. Pero no lo sabía. Solo sabía lo que me había hecho a mí. Y eso fue suficiente.

Mónica ve el momento exacto en que Sergio comprende lo que acaba de confesar. Ve la decisión formándose en sus ojos. Los músculos tensándose. La respiración acelerándose.

Es rápido. Más rápido de lo que esperaba.

Sus manos van hacia su cuello como garras. Mónica echa la cabeza hacia atrás, pero el espacio en el Mini es reducido. Los dedos de Sergio rozan su garganta. Puede oler el barniz bajo sus uñas.

Pero Mónica ya tiene la Glock fuera de la cartuchera. Un movimiento fluido, practicado mil veces. El cañón se clava bajo las costillas de Sergio, justo en la zona del riñón. Fuerte. Sin dudar.

—Ni se te ocurra —sisea.

Sergio se congela. Sus manos siguen cerca de su cuello, pero ya no avanzan. Mónica presiona más el cañón.

—Las manos abajo. Despacio.

Sergio obedece. Sus manos caen como pájaros muertos.

—Me ha tendido una trampa.

Mónica mantiene la pistola firme.

—Ahora vas a salir del coche despacio. Vas a ponerte contra el capó. Y vamos a esperar a que llegue la patrulla que he llamado

antes de venir.

De repente, Sergio parece muy cansado. Y muy joven, casi como un niño.

—Mi madre...

—Tu madre perderá a sus dos hijos de golpe. Pero al menos sabrá la verdad.

Sergio asiente. Sale del coche con movimientos lentos, colocándose contra el capó del Mini.

Mónica sale también, la Glock siempre apuntando.

—¿Sabe qué es lo peor? —dice Sergio sin volverse—. Que una parte de mí siempre lo admiró. Era mi hermano mayor, mi héroe. Incluso mientras me hacía esas cosas, una parte de mí seguía queriéndolo.

Las sirenas se acercan.

—Por eso tuve que matarlo —continúa—. Porque, si no, tal vez lo habría perdonado. Y eso sí que no podía permitírmelo.

La primera patrulla dobla la esquina.

Mónica baja el arma.

El caso está cerrado.

Pero el sabor amargo permanece.

¿CUÁNTOS GOLPES PUEDE AGUANTAR una mujer antes de caer a la lona?

Mónica conduce hacia casa con las manos firmes en el volante. Ha arrestado a dos asesinos en un mismo día; nada mal para un viernes. Jesús Castaño y Sergio Montiel pasarán años tras las rejas. En el caso de Jesús, la premeditación podría considerarse asesinato en grado de tentativa. En cuanto a Sergio, rematar a tu hermano moribundo no es algo que los jueces consideren con buenos ojos, a pesar de actuar bajo una fuerte carga emocional.

Pero ese ya no es su problema desde que los dos se han ido esposados al calabozo.

Por primera vez en meses, siente que algo en su vida tiene sentido. Ha resuelto un caso imposible. Ha hecho justicia. O algo que se asemeja a la justicia.

Marca el número de Jorge desde el manos libres.

Un tono. Dos. Tres.

Nada.

Vuelve a marcar.

Lo mismo.

—Venga, Jorge. Contesta.

El desenlace del caso le ha abierto los ojos. Mientras conducía, ha tomado una decisión: basta de dudas y victimismo que solo le hacen daño. Basta de regodearse en las heridas del pasado y de apegarse a esa maldita cicatriz del vientre. Quiere arreglar las cosas con Jorge. Cenar juntos. Hablar sin gritos, sin reproches. Los

resultados de las pruebas fueron positivos y desea volver a intentarlo. Es un buen punto de partida. Tal vez ese bebé sea lo que necesitan para volver a ser una familia como antes.

El aparcamiento está oscuro. Su plaza, la B-47, junto a la columna con la mancha de humedad que parece un mapa de África. El BMW de Jorge no está.

«Normal. Son las siete. Estará en el gimnasio o tomando algo con los del trabajo», se dice.

Sube por las escaleras. El ascensor sigue averiado y nadie parece tener prisa por arreglarlo.

La casa huele a cerrado.

—¿Jorge? —llama.

Silencio.

Vuelve a llamarlo desde el móvil mientras deja las llaves en el cuenco de la entrada. Esta vez escucha algo: el móvil de Jorge, sonando en alguna parte del piso.

Lo encuentra entre los cojines del sofá. La pantalla iluminada con su nombre: «Mónica ».

El corazón todavía está ahí. Algo es algo.

Es extraño. Jorge nunca olvida el móvil. Duerme con él bajo la almohada. Está enganchado al aparato, aunque no lo admita.

Deja el teléfono en la mesa de centro y lo mira. De fondo de pantalla, el día en que se conocieron: veinticinco de agosto, lo recuerda perfectamente. Una barbacoa en casa de Patricia. Jorge llevaba una camisa hawaiana horrible y ella no paraba de reír.

No. No va a mirar. Es una violación de confianza.

«Pero... ¿por qué se lo dejó?»

De pronto, la pantalla se ilumina. Un WhatsApp.

«¿Y qué?»

«Pues que ya es tarde y podría estar escribiéndole una mujer. Eso.»

No necesita acercarse para ver que es de «Raquel - Trabajo».

«Ahí lo tienes. La famosa becaria.»

Espera nuevos mensajes, pero no llegan y la pantalla vuelve a apagarse. Algo dentro de ella siente alivio. Quizá está siendo una celosa paranoica. Que Jorge y ella estén atravesando una mala

racha no significa que él esté viéndose con otra a sus espaldas. Así que decide olvidarse y aprovechar la tarde. Abrirá una botella de vino y brindará con el espejo por haber resuelto el caso. Tal vez llene la bañera con agua caliente y espuma, encienda velas, se desnude, y...

«¿...y por qué esa chica le escribe a Jorge a estas horas?»

—Oh, venga... —dice en voz alta y se pierde en el pasillo. La gente recibe mensajes constantemente desde que existe WhatsApp.

«Salvo que últimamente Jorge pasa mucho tiempo con esa becaria, ¿recuerdas?»

—Olvídalo ya —murmura, y se detiene a mitad del pasillo, estremeciéndose al oír su propia voz. Está hablando sola y eso es un mal síntoma. Se olvidará de todo y se preparará un buen baño, como se merece.

Trata de silbar —un silbido ambientará el momento—, pero no puede. Las cosas parecen estar bien, pero es un espejismo. Siente la casa terriblemente vacía, y el caso de Álvaro Montiel, junto con las discusiones constantes con Jorge, le pesan en los huesos. La realidad es que las cosas están mal, muy mal, y tiene la corazonada de que pronto empeorarán aún más, lo que le provoca miedo.

Ya en el baño y con el grifo escupiendo agua caliente, Mónica se quita la camiseta cuando el teléfono de Jorge vuelve a sonar desde el salón.

No acude de inmediato, sino que se queda un rato mirándose en el espejo, sintiéndose estúpida, como el tonto de la mesa de póquer.

«No vayas a mirar, ni se te ocurra, porque ese será el acceso a un mundo oscuro de celos y destrucción. Estoy segura de que no tienes ganas de ver lo que hay allí, Mon, seguro que no, de manera que no mires, sigue desvistiéndote y métete en esa bañera. Pero no mires...».

Mónica vuelve a vestirse. Sale del baño, recorre el pasillo y toma el teléfono de su marido, que vuelve a estar bloqueado.

La gente fuma, no se abrocha el cinturón de seguridad, supera el límite de velocidad o engaña a su pareja como si no fuera a pasar nada. «Conque, Mon, ¿qué piensas hacer? ¿Quieres conservar tu

matrimonio o te arriesgarás a saciar tu curiosidad y darle un poco de picante a tu insulsa vida?»

Se le han quitado las ganas del baño. En su lugar, se sirve una copa de vino. El Ribera del Duero que guardan para ocasiones especiales. Resolver un doble homicidio cuenta como ocasión especial, ¿no? ¿Y pillar a tu marido con otra? ¿Es eso una ocasión especial?

Desde la cocina, escucha una nueva vibración del móvil. En la quietud de la casa, es un sonido perturbador.

—No voy a mirar —dice en voz alta—. Ni de coña.

Su voz resuena en el piso vacío. Patética.

Otro mensaje.

Y otro.

—Joder, Raquel, qué pesada eres.

Da un trago largo. El vino está bueno. Es caro, como todo lo que compra Jorge últimamente: ropa nueva, colonia cara... Y esa obsesión repentina por el gimnasio.

El gimnasio.

Jorge va al gimnasio cinco días a la semana desde enero. «Necesito desestresarme», decía. «El trabajo me está matando.»

El móvil vuelve a vibrar y Mónica deja la copa con tanta fuerza que el vino salpica. Corre al salón.

No es Raquel esta vez.

«Elena - Gym 💪»

El emoji del brazo musculoso. Qué moderna.

Mónica coge el móvil. Solo para ver la notificación. No va a abrirlo.

El contenido del mensaje es como el tañido de una campana fúnebre contra la pared de su corazón.

¿Vienes esta noche o no?

Ahí está, clara como el agua. La confirmación de lo que lleva meses sospechando. Siente el miedo creciendo en su pecho.

La ironía le arranca una carcajada amarga. Todos esos celos hacia la becaria de piernas largas. Todas esas noches imaginando a

Jorge con ella. Y resulta que la amenaza venía de otro lado.

De una zorra del gimnasio llamada Elena.

Sus dedos se mueven como guiados por una fuerza externa y el teléfono se desbloquea. Bien, ya está hecho.

Entonces WhatsApp se abre como una caja de Pandora. Los mensajes con Elena están ahí. Docenas. Cientos:

Ayer fue increíble.

No puedo dejar de pensar en ti.

Mi marido está de guardia esta noche.

Mi marido. Elena también está casada. Qué conveniente.

También hay fotos. Elena en ropa de deporte. Elena en lencería. Elena y Jorge en un selfie post-coital que hace que a Mónica se le revuelva el estómago.

Hace *scroll* con el dedo y retrocede en el tiempo. Los mensajes empiezan en enero, más o menos cuando Jorge comenzó en el gimnasio. Justo cuando dejaron de hacer el amor.

Me gustas mucho.

Esto es una locura.

Mi mujer está obsesionada con su trabajo. Ya no me ve.

Mi mujer. Así la llama. No Mónica. Mi mujer. Como si fuera una posesión defectuosa.

Hay reservas de hotel. El Barceló de la calle Princesa. El mismo donde celebraron su quinto aniversario. Habitación 412. Todos los viernes. Cuando supuestamente está en el gimnasio.

No puede parar y accede al correo. Hay correos para Elena en la carpeta de Enviados. Jorge explicándole cómo Mónica se ha vuelto fría desde el aborto. Cómo ya no es la misma. Cómo se siente solo en su propio matrimonio.

«Ella ni siquiera lo intentó», escribió Jorge hace una semana. «Cuando perdimos al bebé, simplemente se cerró. Se volcó en su trabajo. Es como vivir con un fantasma.»

Mónica lee esa línea tres veces.

Ella ni siquiera lo intentó.

Como si perder un bebé fuera algo que se supera con fuerza de voluntad. Como si el vacío en su vientre fuera una elección.

Se queda unos momentos sentada al borde del sofá, mirando a su alrededor con expresión estúpida. ¡Qué extraño se le antoja todo! Aquí mismo estaba ella aquel día soleado de febrero, cuando le dio a Jorge la noticia del embarazo. Lloraron, se abrazaron e hicieron el amor en este sofá. El mismo en el que trató de explicarle, sin que le salieran las palabras, que estaba teniendo sangrados. Donde Jorge lloró en su pecho cuando volvieron del hospital con los brazos vacíos.

En la ventana del rincón, donde siempre ponían el árbol de Navidad, aún quedan restos de esa estúpida gaviota de papel de París que todavía cuelga.

París. Su luna de miel. Jorge le compró esa gaviota en Montmartre. «Para nuestro futuro bebé», dijo. Ahora la gaviota parece burlarse de ella.

Mucho antes, en este salón solo había una colección de cajas de la empresa de mudanza que contenían los enseres y recuerdos de los dos. Ahora piensa en la insignificancia de todos esos objetos personales.

El móvil vuelve a vibrar en sus manos. Del sobresalto, casi se le escapa de los dedos. Es Elena otra vez.

¿Jorge? ¿Estás ahí? ¿Sigue en pie lo de esta noche, cariño?
A las 9 en el hotel de siempre. Habitación 412. No llegues tarde 🥺

Cariño.

Mónica deja el móvil y se sirve otra copa, que vacía de un trago.

Son las siete y media. El tiempo parece dilatarse y contraerse como en un sueño.

A las nueve menos cuarto, oye la llave en la cerradura.

Jorge entra silbando. Mónica tiene los ojos cerrados e hinchados. El mundo parece oscilar ligeramente bajo sus pies, y la voz de Jorge parece llegarle a través de una espesa niebla.

—¿Mónica? —La ve en el sofá—. ¿Qué haces a oscuras?

No se había dado cuenta de que el sol se había puesto.

—Pensar.

Jorge se acerca. Ella tiene que hacer un gran esfuerzo para no apartarse.

—¿Estás bien? Tienes mala cara.

—Ha sido un día largo.

—El caso ese del profesor, ¿no? —Ni siquiera recuerda el nombre—. ¿Habéis avanzado algo?

—Lo hemos resuelto.

—¡Eso es genial! —Se inclina para besarla en la frente. Un beso de hermano, con los mismos labios con los que besa a Elena. Le provoca náuseas—. Deberíamos celebrarlo. ¿Pido algo para cenar?

—No tengo hambre.

Jorge se endereza. Ve su móvil en la mesa. Lo coge con naturalidad, como si no pasara nada.

—Me lo había dejado. Qué cabeza la mía.

Mira la pantalla, lee los mensajes de Elena y escribe algo rápido. Su expresión no cambia.

—Oye, me ha surgido una cosa —dice mientras teclea—. Una cena con un cliente importante. ¿Te importa?

Ahí está. La mentira servida con la misma facilidad con la que respira.

—¿Un cliente?

Un cliente con lencería de noche, carmín rojo y la depilación brasileña a punto. Está claro.

—Sí, uno importante. Ya sabes cómo es esto. No puedo decirle que no.

—¿A qué hora?

—Tengo que estar allí a las nueve.

Las nueve. Habitación 412. Y Elena esperando en bragas.

—Claro —dice Mónica—. No hay problema.

Jorge sonríe. Esa sonrisa que antes le derretía el corazón. Ahora solo le repugna.

—Eres la mejor. —Le da un beso en la frente—. Me voy a cambiar.

Se dirige al dormitorio. Mónica escucha el agua de la ducha. Jorge preparándose para su amante. Afeitándose. Perfumándose.

Sale del dormitorio con una camisa azul que ella nunca ha visto y vaqueros que le marcan el culo. Todo para Elena.

—No me esperes despierta —dice desde la puerta—. Estas cenas se pueden alargar.

—Jorge.

Se detiene.

—¿Sí?

Mónica observa al hombre con el que lleva catorce años. El padre de su bebé muerto. Su compañero. El amor de su vida.

Un desconocido.

—Nada. Ten cuidado.

—Siempre.

Y se va.

Mónica se queda sola en la oscuridad. El piso está silencioso como una tumba.

Se sirve otra copa. La tercera. O la cuarta. Ha perdido la cuenta.

¿Cuántos golpes puede aguantar una mujer antes de caer a la lona?

La respuesta la sorprende cuando llega: todos los que hagan falta.

Porque ahí está la trampa. La lona no existe. No para las mujeres como ella, que han visto a la muerte de cerca en una camilla de hospital y han seguido respirando. Que han resuelto asesinatos mientras su vida se desmoronaba.

Jorge cree que la ha derrotado. Que puede follar a Elena mientras ella se hunde en casa.

Se equivoca.

Mónica Lago no se hunde. Mónica Lago nada. Aunque sea en su propia sangre.

Da un último trago.

Mañana llamará a un abogado y cambiará las cerraduras. Mañana empezará el resto de su vida.

Pero esta noche... esta noche va a llorar todo lo que necesite llorar. Por Jorge. Por el bebé. Por la mujer que fue y ya no volverá a

ser.

Y cuando salga el sol, se levantará. Como siempre hace.
Porque eso es lo que hacen las supervivientes.
Sobrevivir.

MÓNICA INTENTA LIBRARSE de la imagen, pero es como una mancha de vino en una camisa blanca: cuanto más frotas, más se extiende. No tiene alternativa, pero no puede evitarla. No deja de ver los mensajes, los emails... la estúpida sonrisa de Jorge mientras creía que le colaba una última mentira.

No puede evitar sentirse celosa y profundamente rabiosa. Tener celos nunca ha sido su estilo en el pasado, ni siquiera cuando se avecinaba una crisis. Ahora, de pronto, tiene una sensación extraña, como si la bilis y el rencor fuesen a quedarse para siempre. Como si se hubiese abierto un vacío en su interior. Una gruesa y profunda grieta que chupa toda la confianza que le quedaba en los tíos. En la gente, joder.

Duda que eso se cierre algún día.

Es sábado y la oficina está extrañamente silenciosa. Solo el brillo del monitor ilumina el rostro de Mónica mientras teclea el informe final del caso Montiel. Dos asesinos; un profesor muerto; un chaval hecho trizas; y suficientes traumas como para mantener ocupados a los psicólogos de Madrid durante una década.

Los fluorescentes se encienden de golpe, zumbando como moscas enfadadas. Mónica entorna los ojos.

Yago aparece de la nada con dos cafés humeantes, uno en cada mano.

—¿Te queda mucho? Es fin de semana, Mónica. El resto del mundo tiene vida.

—El resto del mundo no tiene que explicar cómo un caso de homicidio simple se convirtió en un episodio de *Juego de Tronos*.

Yago le tiende una taza.

—¿Así que dos asesinos, eh? Quién lo hubiera dicho.

Mónica asiente, soplando el vapor.

—Jesús Castaño, intento de homicidio. Apuñaló a Álvaro pero no lo remató. El fiscal habla de atenuantes. Arrebato, defensa de terceros o lo que sea. Le caerán cinco años, siete a lo sumo. —Traga un sorbo. Quema—. Sergio Montiel es un caso distinto. Homicidio consumado. Su abogado alegará trastorno psíquico severo y abusos por parte de su hermano. Aun así, le caerá otro saco de años.

—¿Y la madre?

—Lola no sabía nada. Nadie quiere imaginar que sus dos hijos...

—Mónica detiene la taza camino de su boca—. Joder, es que ni yo quiero imaginarlo.

—¿Cómo lo ha encajado?

—Se ha derrumbado, literalmente. Las piernas no la sostenían. —Deja la taza y cierra el expediente de golpe—. Me preguntó si Álvaro había sufrido. Le dije que no. A veces mentir es un acto de piedad.

Yago la escanea, deteniéndose en las ojeras de Mónica. Por su expresión, también se ha fijado en que lleva puesta la misma ropa que ayer.

—Vete a casa, anda. El papeleo puede esperar.

Casa. Já. Qué palabra tan curiosa para un piso que nunca volverá a pisar.

—No puedo.

Yago frunce el ceño y se sienta en el borde de la mesa. Ha oído problemas, como un perro rastreador.

—¿Por?

Mónica estira la espalda y los brazos, que crujen como ramas secas. Se lo cuenta todo. Lo de Jorge y Elena. Los mensajes pillados por casualidad. El hotel. Las excusas patéticas.

Yago escucha sin interrumpir.

—La casa es de Jorge, así que es ella quien ha tenido que irse.

No es que él la haya echado —el muy imbécil aún piensa que pueden arreglarlo—, pero ella lo tiene claro: no piensa perdonarlo.

Así que, esta mañana, ha vaciado sus armarios, sus cajones... su vida. Ropa, libros y esa lámpara fea de Ikea que Jorge odiaba. Ahora está todo en un trastero en Legazpi, apilado como basura en un contenedor. Mónica piensa en sus pertenencias amontonadas entre paredes de hormigón. Catorce años que caben en diez metros cuadrados. Patético.

La nostalgia le golpea de repente. No por Jorge, sino por la vida que deja atrás y que daba por sentada. Error de novata. En esta vida no debe darse nada por sentado.

—Joder —es todo lo que dice Yago, rascándose la nuca.

—Ya. Así que adiós casa. Adiós matrimonio. Y adiós también a esa maldita gata que al final me había empezado a caer simpática.

—¿Luna?

—La echaré de menos más que a él, te lo garantizo —miente.

Paco sale del baño, ya con el abrigo puesto.

—¿Venís a tomar algo? Mercedes y los demás están con el aperitivo en *La birra de Brian*.

—No estoy de humor para aperitivos, Paco. Además, voy a ver un piso de alquiler.

Paco y Yago intercambian una mirada triste. Paco carraspea, como si buscara palabras en el bolsillo.

—Si necesitas algo... Un sofá o lo que sea.

—Lo sé. Gracias.

Esta mañana ha sido Paco quien la ha encontrado durmiendo hecha un ovillo en la butaca raída de la sala de reuniones. No ha dicho nada, solo le ha traído un café y un cruasán. Pero Mónica no ha podido contenerse y ha descargado con él, soltando todo el veneno contenido.

—Es gracioso —le ha dicho—. Puedo cazar asesinos como conejos, pero mi vida es un puto desastre.

Paco solo asintió:

—No es lo mismo. A los asesinos los cazas con la cabeza. La vida hay que vivirla con el corazón. Y el corazón es un idiota redomado.

Mónica nunca había llorado en el trabajo.

—Venga, tómate una rápida con nosotros —insiste Yago—. Es una orden.

Mónica agita la cabeza, apaga el ordenador y se incorpora.

—Desde que eres el jefe, te has convertido en un coñazo insufrible.

—Arreando.

Esperando al ascensor, el móvil de Mónica vibra. Es Jorge. Tercera llamada del día. Cuarta si cuenta la de anoche a las dos de la mañana, probablemente borracho y arrepentido.

Desliza para rechazar. El dedo le baila un poco.

El ascensor desciende con un zumbido sordo, y Mónica se siente caer con él.

No deja de temblar hasta que las puertas se abren en la planta baja, soltándola al vacío de la calle.

Un mes después

Las voces flotan desde el otro lado del muro mientras Mónica cruza la calle en dirección a la casa de Yago. El sol de junio le pega fuerte en la nuca.

Paco ya está allí. Lo encuentra en el jardín trasero, junto a Fernando, de la Científica, y algunos miembros de su equipo. Hasta Goyo Velasco, el forense, ha querido participar en la despedida de Paco. Nada dice tanto de un policía como ser capaz de reunir a tantos compañeros de departamentos tan diversos el día que dices adiós.

Paco la ve llegar y corre como un toro torpe para envolver a Mónica en un abrazo. Ella le da un beso en la mejilla, áspera y con olor a Brumel, como cada día de los últimos cuarenta años.

—Ya pensé que te rajabas.

—¿Y perderme el beicon y las cervezas? Ni loca. Toma, esto es para ti. Una chorrada.

Le pasa un paquete envuelto en papel cutre. Dentro, un reloj de pulsera grabado: «Para Paco, que por fin podrá llegar tarde». Él lo desenvuelve y ríe con esa carcajada que retumba como un trueno lejano.

—Era eso o un bastón, viejo. Y ni se te ocurra decir lo de que no tenía que haberme molestado. Odio esa frase.

Paco sonrío emocionado y la achucha de nuevo entre sus anchos brazos.

Yago anda liado con la barbacoa al fondo. Lleva un gorro de chef ridículo y un delantal que dice «Vegetarianos Anónimos: Mi primera reunión». Mónica saluda al personal mientras llegan más. Todos son polis o parejas de polis, cada uno con una botella de vino, licor o algo por el estilo, como si esto fuera una ofrenda al dios de las resacas.

—Cuarenta años en el cuerpo —brinda Paco, levantando su botellín—. Parece un chiste malo.

—No cantes victoria aún —grita Yago, quitándose el gorro para secarse el sudor—. Mañana vienes a rematar el papeleo y a llevarte tus trastos.

Paco suelta una risa gutural.

—Sí, y os invito a cruasanes por el follón de hoy.

—Eso, más colesterol para mis arterias —opina alguien.

—Es alucinante, Paco —dice Mercedes—. Con la cantidad de gentuza con la que has tenido que lidiar.

—La buena gente lo compensa. Como tú, chiquilla.

Le guiña un ojo de manera paternal, y Mercedes se pone roja como un tomate, corriendo a abrazarlo. Sus brazos no llegan ni a la mitad de esa panza.

Mónica pone los ojos en blanco. Qué tierno, joder.

Busca a Yago con la mirada.

—¿Ya sabéis quién te sustituye?

—Ajá. —Yago saca el móvil—. Rayco Medina. De Canarias.

Todos se arremolinan alrededor de la pantalla. En la foto aparece un tipo de unos treinta años, pelo claro, mirada brillante y cara de no haber roto un plato.

—¿Rayco? —Paco estalla en carcajadas—. ¿En serio? Suena a nombre de loro.

—Es mono —murmura Mercedes, sin quitar ojo.

—Es un pipiolo, Merche —opina Mónica—. Míralo, todavía brilla la esperanza en esos ojos. Le doy dos semanas antes de que pida

traslado a su playita.

—Mónica, por favor —suplica Yago—. Trátalo bien. No lo traumáticas el primer día.

—¿Yo? ¿Traumatizar? —Pone cara de santa—. Jamás. Si soy un amor.

Todos ríen. Una risa suelta, sin aristas. Fácil.

Empieza el festín. Aparecen chuletones, costillas... todo un carnaval de colesterol. Para sorpresa de todos, Goyo coloca unas berenjenas en la parrilla y una nube de humo blanco se eleva como una señal al cielo.

—¿Algún problema? —dice, batallando con las pinzas—. Después del caso Montiel, he decidido hacerme vegetariano.

—¿Por la crudeza del asesinato? —pregunta Mercedes.

—No. Por tener que explicar en el juicio cómo un tío puede morir dos veces. Jesús lo apuñala, Sergio lo remata... ¡Es como un videojuego!

—Doble muerte —suelta Mónica—. Suena a thriller de saldo.

—Tu vida sí que es thriller de saldo —replica Yago, guiñando un ojo.

Touché. Qué cabrón.

Alguien saca una baraja. Unos pocos se sientan en torno a la mesa. Cuando Mónica canta *¡Chinchón!*, todos se levantan y la mantean en el aire. Divertido. Yago hasta deja que Mercedes maneje la parrilla un rato —para él, como dejar a un niño con una pistola cargada—. El olor a churrasco impregna todo y la tarde se estira con anécdotas de casos viejos, chistes malos y viejos líos de faldas en la oficina. Nadie pregunta a Mónica sobre Jorge, que se descubre riendo de verdad por primera vez en semanas. Tampoco menciona nadie a las difuntas parejas de Yago y Mercedes. Es como si la mala energía no tuviera cabida hoy aquí.

Las horas pasan. La oscuridad se cuela poco a poco, como ocurre en los cielos de verano de extrarradio. La gente se va despidiendo: besos, abrazos... Fernando es el más efusivo, levantando a Paco como a un saco. Mónica lo ve reír como un niño, y algo se ablanda en su pecho. Paquito, jubilado. De pronto, a Mónica le parece viejo. Eso le asusta. Es su último amigo de verdad en el cuerpo, a

excepción de Yago, que ya no cuenta porque ahora puede darle órdenes.

Ella es la siguiente en despedirse, después de ayudar a recoger. No es mucho, dado que han utilizado platos de papel y vasos y cubiertos de plástico.

Camina hacia el coche sin prisa. Madrid en julio es casi soportable a esta hora. No tiene ganas de ir a casa, donde no la espera nadie. Su nuevo piso de alquiler no es gran cosa, pero tendrá que bastar por ahora.

El móvil vibra en el bolso. Es Patricia.

—¿Comemos el martes? —pregunta sin preámbulos—. En el sitio de siempre.

—Claro.

—Y oye... siento lo de Jorge. Es un gilipollas.

—Lo sé.

—No, en serio. Siempre lo fue. Solo que antes lo camuflaba mejor.

Mónica sonríe, sintiendo un tirón en la comisura de los labios.

—Te veo el martes, bruja.

—Reserva dos horas mínimo. Tenemos tela de qué hablar.

Cuelga, y en el momento en que Mónica guarda el móvil, lo ve.

No se había dado cuenta de que está pasando junto a La Tapería, el italiano donde Jorge y ella celebraban los aniversarios. Jorge está dentro, en una mesa junto a la ventana. La misma donde le pidió matrimonio. Donde, antes del postre, prometió amarla para siempre. El «para siempre» duró cuatro años. No está mal para los tiempos que corren.

No está solo. Elena está con él. Siguen juntos. Y parecen... felices.

No sabe cómo procesarlo.

Debería largarse, pero se queda mirando como una idiota. Hay velas en la mesa. Él bebe vino. Ella, agua.

Y entonces, Elena hace el gesto. Sutil. Inconsciente. Mano en el vientre, círculos suaves. Solo significa una cosa.

Mónica siente un crack dentro. No. Espera. Es alivio. Liberación. Jorge va a tener su crío. Su familia de anuncio. Con otra. Y por

primera vez desde el aborto, se da cuenta: no le importa. Nunca quiso esa vida. La quería por él. Para mantenerlo contento. Para encajar en el molde.

Se gira y cruza la calle sin dejar de caminar. Dejándose llevar por un impulso, saca el móvil y busca «Jorge» en contactos.

Sostiene el dedo sobre llamar. Unas pulgadas más abajo, «Eliminar contacto».

Duda un segundo y...

Clic.

Borrado.

Como su matrimonio. Como sus ilusiones. Como la Mónica de antes.

Sube al coche y arranca. En la radio suena algo sobre una ola de calor que viene del Sahara. Récord de temperaturas. Apocalipsis climático.

Mónica sube el volumen y acelera.

La ola de calor le hace pensar en el que será su nuevo compañero. Rayco. En la foto parecía majo, pero ha aprendido: no fiarse de nadie, especialmente de los tíos. Sea justo o no, no piensa ponérselo fácil. Que se lo curre. Será interesante, después de tantos años combatiendo el crimen junto a Paco.

Inesperadamente, una sonrisa se dibuja en sus labios. Por primera vez en mucho tiempo, ve un resquicio de luz en el mañana. Como si el peso invisible con el que cargaba se hubiera evaporado con esa imagen en el restaurante, esa mano en el vientre.

Toma un desvío y Madrid se abre ante ella. Ocho millones de almas con sus mentiras, sus secretos y sus particulares tragedias. Y una de ellas —Mónica no lo sabe aún, pero lo sabrá pronto— es una mujer cuyo cuerpo acaba de caer a las aguas del río Manzanares, flotando en la corriente oscura hasta que alguien lo encuentre.

ADELANTO DE LA SIGUIENTE NOVELA DE LA SERIE

SI TE HA GUSTADO **La cicatriz de Mónica**, ahora puedes leer gratis los primeros capítulos de **Entre bambalinas**.

Descubre la primera novela de la serie y acompaña a Mónica Lago en su primer caso junto a su nuevo compañero.

Pasa de página para seguir leyendo...



LUIS A. SANTAMARÍA

ENTRE BAMBALINAS

UN THRILLER POLICÍACO
DE MISTERIO Y SUSPENSE

MÓNICA
LAGO
1

Cuando su pie derecho resbaló sobre la barandilla, el suelo se abrió de golpe, y él extendió los brazos por puro instinto, sufriendo en el impacto severas fracturas en los huesos de una mano.

Días después, convertida su vida en un borrón de lo que una vez fue, derramaría lágrimas al recordar aquella noche, la más catastrófica de su existencia. Volverían a sus ojos las ramas del árbol abrazándolo como una inmensa araña.

Unos meses más tarde, sin embargo, esbozaría una sonrisa al preguntarse si aquello ocurrió de verdad o formaba parte de alguna película vista en su adolescencia.

1

—¡No te alejes, Tula! —grita Eloy, pero la perra no parece prestarle atención.

No es lo habitual. Él suele llevarla suelta por el parque, y Tula siempre ha sido dócil y obediente. Fue uno de los requisitos para que papá y mamá la aceptaran en casa: una perrita adecuada para un chaval con... ¿cómo lo llamó el médico? Con el procesador averiado. Desde el accidente en bicicleta, la mente de Eloy no trabaja a la velocidad de los otros adolescentes (C-3PO fue el cruel apodo que le pusieron los repetidores del instituto). A pesar de la desconfianza inicial de sus padres, todos los expertos recomendaron la ayuda de un labrador joven que lo acompañara en su día a día.

Tula resultó ser una perrita ejemplar, pero esta tarde está nerviosa. Nunca, ni siquiera en su etapa de cachorra, ha salido corriendo y cruzado la carretera sin permiso. Por suerte, no hay vehículos circulando en este momento. A pesar de los gritos de Eloy, el animal no se detiene y sigue corriendo hacia el río. El chico acaba por perderlo de vista.

Eloy cruza el paso de peatones y se asoma al parque de Madrid Río. Tula reaparece ante él, olfateando el suelo que limita con el río, arriba y abajo, arriba y abajo. Cuando ve a su amo aparecer tras el semáforo, comienza a ladrar.

—¡Tula! ¡V-ven aqqqqquí!

La perra corre hacia él como poseída por el diablo. Al agacharse para pasarle la correa por el cuello, Eloy se da cuenta de que tiene

el pelo encrespado en esa zona y respira con la lengua fuera. Tula nunca se pone así de nerviosa.

No logra engancharla con la correa, pues el animal sale corriendo de nuevo hacia el río.

—¡Tula! —vuelve a gritar—. ¡Que vennnngas! —Intenta sonar lo más firme posible, pero la labradora no atiende a órdenes de nadie.

Eloy solo tiene una cosa en mente: no puede perder a Tula. Llevan tres años juntos, y todos los buenos recuerdos que guarda son junto a esa perra gorda de pelo dorado, así que le resulta difícil imaginarse sin su compañía. Por eso, cuando la perra se lanza al agua, Eloy entra en pánico. La corriente es tranquila y el animal sabe nadar, pero todavía es temprano y teme que Tula pueda contraer una neumonía.

Corre hacia la orilla bajo la alarmada mirada de algunos viandantes. ¡Ese chico!

Tula gime excitada mientras chapotea con las patas delanteras contra unas hojas secas amontonadas a lo largo de la pared de piedra que limita el río.

—¡S-sal de ahí! —insiste Eloy—. ¡Tommma una chuche! —Trata de comprar a su mejor amiga con lo que más le gusta en el mundo, pero el animal ni siquiera mira el delicioso beicon en forma de hueso y sigue pateando la maraña de hojas mojadas.

Eloy observa y descubre una rama de árbol caída que tal vez le sirva. Si logra alcanzarla, puede hacer que Tula la muerda y arrastrarla así hasta la orilla. Si eso no funciona, no tendrá más remedio que lanzarse él mismo al agua por la perra. La idea le aterrera.

Se inclina para asir el extremo de la rama, que pesa más de lo que le parecía al principio. Al levantarla con cuidado, se permite una muestra de cariño hacia su perra:

—¡Tula! ¿tannto escándalo por este palo? ¿Es que no ves que es demmmasiado grande para t-ti?

Pero la perra no persigue la rama con la mirada. Lo que le interesa es lo que hay debajo. Eloy sigue la dirección de sus nerviosos ojos y descubre algo que flota sobre un tablón, cubierto de ramas y hojas, que ha sido arrastrado por la corriente.

En ese momento, Tula ladra.

2

MÓNICA SE PERFILA FRENTE al espejo y se pasa dos dedos por el vientre. Ha cogido algunos kilos —quizá el caramelo que da vueltas en su boca, uno de tantos, tiene algo que ver—, pero eso le da igual. Los tiempos de lucir un abdomen plano ya pasaron. Y a quien no le guste, que no mire, suele decirse. Es la cicatriz, como una línea curva marcada con tiza en su piel, lo que la ha detenido. Es rara la mañana en que no se detiene a observarla.

Termina de vestirse y se coloca el flequillo de lado. Las patas de gallo son más acentuadas, la piel más seca y —fuerza una sonrisa— las arrugas en torno a las comisuras de los labios más profundas. No será por las veces que hace ese gesto.

Mónica Lago ya no es la inspectora de piernas largas cuyo trasero admiraban en voz baja los agentes más jóvenes siempre que se volvía para escribir algo en el tablero de la sala de reuniones. Claro que, ¿de qué demonios vale eso? Afortunadamente, gracias a la rutina de largos en la piscina, sigue estando en forma, o al menos eso le dice la báscula cada mañana. Es en su interior donde está el problema. Cada día se le hace todo más cuesta arriba, empezando por fregar la taza de café del desayuno.

Se ata las botas, desintegra el caramelo de un mordisco y sale del vestuario. Camina por los pasillos de la Jefatura revisando si tiene algún mensaje o llamada. Nada, ninguna notificación. Cero. Su mirada se posa en la foto de fondo de pantalla. Tras los iconos de las aplicaciones, Jorge y ella sonríen a la cámara desde el pasado. Muy

pasado. Ya va siendo hora de cambiarla. Hace siglos que se separaron, y aunque ella todavía no ha firmado los papeles del divorcio, esa historia es agua pasada. Las últimas fotografías en el Facebook de Jorge, en las que aparece con esa veinteañera que conoció en las clases de boxeo del gimnasio, no dejan lugar a dudas.

—¡Aquí está! —El pasillo devuelve el sonido de una voz fuerte que Mónica reconocería entre la multitud de un estadio de fútbol—. La poli más despiadada de la capital. Y la más guapa, también.

Ya sonríe cuando levanta la vista del teléfono móvil. De nuevo, las arrugas en las comisuras.

—Mientes como el culo, grandullón —le dice, cuando están a la misma altura—. Pero me temo que hoy hay más grasa que ayer bajo esta camiseta. —Estruja su propia cintura con ambas manos y un pequeño michelín se forma bajo la tela.

—Pues toma, sigue alimentando a la bestia.

Paco, que sujeta una pequeña caja de mini cruasanes de mantequilla, le mete uno en la boca.

—¿Y esto? —Traga—. ¡Dios, están de muerte!

—Y que lo digas. Son un vicio —aprueba él, mientras se come un bollito de un solo mordisco.

La inspectora deja caer los hombros y ladea la cabeza.

—¿Quieres dejar de zampar, colega? —le abronca, taladrándolo con la mirada—. Tu diabetes ya nos ha dado más de un susto, y no puedo permitirme el lujo de perder al único amigo que tengo. Así que no me jodas y cuídate. —Se limpia el labio con la punta del dedo índice y le arrebató la cajita de las manos—. Por cierto, ¿a qué se deben?

Las flácidas mejillas del hombre se ruborizan bajo la barba de color ceniza.

—¿Lo has olvidado? Hoy es mi último día. Fin de guardia.

—¿Es hoy? ¡Es verdad! Joder, Paco... cómo te voy a echar de menos.

La voz de Yago Flores, el inspector jefe, resuena tras la puerta de su despacho, que mantiene siempre abierta.

—¡Cuerpo encontrado en Madrid Río a la altura del antiguo Vicente Calderón! ¡Podría ser un cadáver! ¡Mónicaaaaaaaaaa, a

trabajar!

La inspectora pone los ojos en blanco. Paco sonríe.

—Anda, tira. Luego nos vemos —dice.

Mónica se acerca a la puerta del jefe para preguntar si no hay nadie patrullando por la zona. La respuesta es escueta:

—¡Más cerca que nosotros, noooo!

Vuelve a dirigirse a su viejo compañero, con hastío:

—Esta semana nos tomamos una caña. ¿Prometido?

—Hecho. Venga, ve a salvar el mundo, arma letal.

Mónica se ajusta la pistola al cinturón y se dirige a la salida.

—Grandullón trolero...

Al darse la vuelta para enfilear la puerta, choca con un tipo de mirada... ¿asustada? No, lo que está es perdido, pero no hay una pizca de temor en sus ojos.

—Soy Rayco —dice, con cierto acento que Mónica no identifica de primeras, y le tiende la mano—. Un placer.

¿Y tú quién eres?, va a preguntar, pero Yago se le adelanta desde el despacho.

—¡Y llévate al nuevo contigo, Mónicaaaaa!

—Soy el nuevo —confirma el chico, sonriendo. Si es que a eso se le puede llamar una sonrisa.

3

SOLO HABÍA una cosa peor que la música machacona: el dolor. Se originaba en su mano derecha y se propagaba por todo el cuerpo. ¿Significaba eso que se estaba muriendo? Desde luego, no veía ninguna luz; ni siquiera había un túnel. Por no haber, no había arriba ni abajo. ¿Estaría ya muerto? Tampoco tenía respuesta para eso, aunque el simple hecho de planteárselo le hacía pensar que todavía no había atravesado ese umbral.

«Debe de ser un sueño», pensó. «Un sueño terrible.»

Cuando el dolor le concedía una mínima tregua, quedaba a solas con la música. El tema de Sinatra se repetía incesantemente, y aunque sonaba a un volumen alto pero no peligroso para la integridad de sus tímpanos, tenía la sensación de que, si volvía a escuchar la maldita canción una vez más, su cabeza explotaría.

Sonaría cientos, miles de veces más.

Durante un periodo de tiempo que le pareció eterno, el dolor y la música eran las únicas cosas que lo mantenían conectado al mundo real. Hasta que empezó a sentir frío, y el tormento general pasó a localizarse en puntos de su cuerpo cada vez más concretos: la mano, la clavícula, la mandíbula...

Antes de abrir los ojos, recuperó el olfato. Allí dentro (definitivamente dentro, porque hasta el momento no había sentido la más mínima brisa) olía a madera y humedad. Era como estar flotando dentro de un barril en mitad del océano.

Su primer gran reto fue separar los párpados. No es que pesaran. La palabra más cercana a lo que sintió en un primer intento era «pegados». Sus párpados parecían cosidos físicamente, cosidos por sus propias legañas secas.

Los fotones entraron por fin en sus ojos, aunque al principio no distinguía formas, solo manchas claras. Por miedo al dolor, no se atrevió a mover más que los ojos para reconocer el terreno. No quedaba claro dónde acababan las paredes y dónde empezaba el techo, pues allí no había aristas; todo era curvo, natural, como si hubiese adoptado el cuerpo de una ardilla y aquella fuese su madriguera. Solo tres cosas indicaban que por allí había pasado el ser humano: el altavoz que lo torturaba desde lo alto, una bombilla colgante de luz tenue y el papel de periódico que cubría las paredes.

No vio la puerta, camuflada a su derecha entre los titulares de prensa, hasta que se abrió con un chirrido.

Tras ella entró un hombre de mediana edad. Vestía chinos grises y una camisa holgada de color beige. Su cabello, doctorado en alopecia, dibujaba una gran «M» en su frente. Sus ojos pardos brillaban. No, eran más bien los cristales de unas gafas sin montura los que producían ese resplandor. Nada en ese hombre brillaba de forma natural. Habría sido difícil reparar en él en medio de una multitud. Pensó en el conserje de su urbanización, cuando pudo formar una primera impresión del hombre descolorido que acababa de entrar por la puerta.

Los labios del visitante se movieron. Pasaron unos segundos hasta que se percató de algo. Con un gesto cómico, llevó un dedo al reloj de la muñeca contraria, y la música cesó.

Fuera estaba lloviendo. Podía oír el murmullo de una tormenta muy lejos. Su corazón se aceleró.

—Qué alegría, ya has despertado —dijo el hombre con cortesía.

Le llevó unos segundos romper la capa de saliva seca que sellaba sus labios y preguntar con voz de ultratumba:

—¿Dónde estoy? ¿Quién eres?

—Considérame un amigo.

—¿Qué es todo esto?

—Estás en un pueblo de Castilla. Bienvenido, Javier. —Gris mostró su dentadura, en una expresión de emoción parecida a la que pondría un padre que está prometiendo a su hijo una visita al parque de atracciones.

Gris. Así es como Javier lo llamaría para sus adentros incluso después de conocer su nombre.

La siguiente pregunta le salió sobre la marcha, sin pensar. Todavía pasarían semanas antes de que Gris le apuntara con una escopeta, pero en ese momento, nada más formularla, Javier Conde comprendió que estaba en un aprieto.

—¿Por qué no estoy en un hospital? Me muero de dolor.

—Soy médico. En ningún hospital van a ocuparse de ti mejor que aquí.

Gris se inclinó hacia la boca de Javier. Poniendo los dedos en forma de embudo, la mantuvo abierta mientras le introdujo un par de pastillas.

—Esto te hará sentir mejor.

—¿Dónde está mi móvil? Tengo que llamar a mi familia.

—No llevabas encima ningún teléfono cuando te encontré. De todas formas, aquí abajo no hay cobertura. Pero descuida, yo me encargaré de informar a los tuyos de tu estado. Cuando mejores, podrán venir a verte.

El dolor menguó.

«¿Estoy secuestrado?», era la pregunta que giraba en su cabeza como en un tiovivo con luces de neón, pero no tuvo agallas para formularla.

—¿Y mis cosas? —dijo en su lugar.

Casi ni respiraba. Eso era bueno. Con algo de suerte le daría un infarto allí mismo y se quedaría frito. Un final de partido dulce y rápido era algo a lo que no le haría ascos.

—Está todo dentro, en mi casa. ¿Acaso crees que voy a robarte?

Gris soltó un «jé» seco, pero Javier apenas lo oyó. Se quedó dormido antes de ver cómo abandonaba la habitación.

Lo despertó Sinatra. Sufrió tal sobresalto que en un principio creyó que le habían reventado los tímpanos, pero no, era su corazón el que se había desbocado.

Se notaba cansado. ¿Cuánto habría dormido? ¿Quince minutos? Gris ni siquiera iba a permitirle dormir, era estupendo. Una cosa había mejorado: no tenía ni idea de qué medicamento le había hecho ingerir ese psicópata, pero el dolor había menguado hasta convertirse en una leve molestia, unas simples agujetas tras un duro día de trabajo (como si él supiese lo que era eso).

Las cosas estaban a punto de empeorar aún más.

Al llevarse las manos a la cara, algo compacto y frío le golpeó el mentón. Javier siguió con la mirada la cadena metálica que iba desde el grillete que pesaba en su muñeca hasta una argolla anclada en el suelo. Si algún rincón de su mente todavía guardaba esperanzas de que aquello no era un secuestro, se acababan de despejar todas las dudas.

Allí abajo, sin ventanas ni relojes, y con la única iluminación que proporcionaba la bombilla, perdió la noción del tiempo. Para Javier solo había una referencia temporal: las píldoras.

Él se las llevaba cada ocho horas. Anunciaba su presencia siempre de la misma manera: la música se detenía, golpeaba la puerta con los nudillos (como si necesitase el permiso de Javier para pasar), y entraba en el habitáculo con dos pastillas sobre la palma de la mano y una estúpida sonrisa dibujada en la cara. También estaba la palangana, que cambiaba a diario por otra limpia. En ese sentido, Gris era un reloj, y Javier lo agradecía.

Unas veces, Gris vestía chalecos de punto y olía a colonia barata, pero otras (Javier dedujo que por las noches), aparecía envuelto en una bata vieja y apestando a sudor.

—Esa mano tiene mala pinta —comentó Gris un día, mientras le daba de comer sopa de verduras—. Espero que no te dé problemas para actuar.

Actuar. Eso sonaba a mundo real. La comida estaba mala de narices, pero el rostro de Javier se iluminó al recordar ese detalle de su vida. Le sobrevino una arcada cuando un grumo entró en su boca inesperadamente.

—¿Está mala la sopa? —se preocupó Gris—. Admito que es de sobre. La he comprado esta mañana en la tienda de abajo. Quería llevarme también unas pastas de manteca que son muy populares por aquí, pero ya no quedaban. Una pena.

—¿Cuándo voy a salir de aquí? —preguntó Javier, una vez superada la arcada.

—La recuperación es lenta.

—Mi familia estará preocupada.

Gris removi6 el caldo con la cuchara antes de acercársela de nuevo a la boca, pero no contestó.

—Porque... les has avisado, ¿verdad? —insistió.

—Tengo la sensación de que no terminas de fiarte de mí —dijo Gris sin comprometerse, y desvió la mirada hacia la pared—. Te recogí cuando estabas medio muerto, te di un techo, comida y medicamento. —Le dirigió una mirada firme—. Me debes la vida, mi admirado amigo.

Las desalentadoras palabras de su captor, sumadas a la inestabilidad de su est6mago, hicieron que la sopa erupcionase sin dar apenas tiempo a Javier a reaccionar. Vomitó en el suelo, y faltó poco para que salpicase a su captor. Dios mío, ¿cómo habría reaccionado en ese caso?

Gris soltó un exabrupto y se levantó. Antes de salir por la puerta, conectó a Sinatra de nuevo.

El est6mago se retorció en su interior, debía de ser un efecto secundario de las pastillas. Intentó levantarse con ayuda de la mano sana, pero sus fuerzas no le daban ni para ponerse de rodillas.

Gris regresó con un cubo y una fregona. Esta vez no detuvo la música. Sin mediar palabra, se puso a limpiar el v6mito como si Javier no existiera.

Si conseguía arrebatárle la fregona y darle en la cabeza con ella, tal vez, solo tal vez, podría dejarlo inconsciente. Si actuaba con

rapidez y determinación, quizá lo conseguiría. Y entonces, quizás podría escapar.

Muy lentamente, intentó cambiar de posición, pero un pinchazo en la mano le hizo gemir.

—Yo no haría eso —leyó en los labios de Gris. Era como si supiera lo que había estado a punto de intentar—. Como esa fiera que tienes por mano se rebele, no habrá forma de amansarla. Y hasta dentro de siete horas no puedo darte más pastillas. Eso, siendo generoso.

«Debería estar en un hospital y con la mano escayolada. O amputada», pensó Javier amargamente. Ojalá la tuviera amputada.

Pasaron unos días hasta que pudo lograrlo. Gris acababa de alimentarlo y no regresaría en varias horas.

Apretando los dientes, rodó sobre su cuerpo hasta conseguir sentarse. Después apoyó la mano sana, la que no estaba encadenada, en el suelo y empujó para incorporarse. Se le escapó un grito agónico antes de apoyarse en la pared. Por lo visto, también tenía la clavícula rota. Estuvo a punto de ir a parar al suelo de nuevo, algo que, dadas las circunstancias, habría sido catastrófico.

Fue al apoyar la frente contra el periódico que cubría la pared cuando lo vio. Siempre se había preguntado cuál sería la sensación del primer ser humano que se topara con un alienígena. Era una pregunta que le rondaba desde niño, cuando Abuelito lo llevó al cine y su cabeza casi explotó mientras huía con la teniente Ripley del abominable octavo pasajero a bordo de la Nostromo.

La fotografía del periódico mostraba a un poeta de mirada brillante actuando sobre el escenario. Fue como observar un espejo, pues el hombre de la foto era él mismo en mitad de una interpretación. Increíblemente, dio un paso atrás y se percató de que esa misma página se repetía hasta lo absurdo, a lo largo, ancho y alto de la pared. Cuando leyó el titular, Javier Conde supo que estaba realmente jodido.

4

LOS LIMPIAPARABRISAS barren los folletos de publicidad depositados durante la noche sobre la luna del vehículo, un Mini Cooper rojo que Mónica estrenó con su primer sueldo como inspectora. Al salir del aparcamiento, giran noventa grados para alejarse de la parada de taxis y toman la M-30, que los llevará al río en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Por casualidad no tendrá un cuchillo o algo que corte? — pregunta el nuevo, sentado en el asiento del acompañante.

—¿Y una espada qué tal? No, resulta que no llevo cuchillos en el coche.

Mónica desplaza la vista de la carretera un instante para observar al hombre que tiene a su derecha, que está luchando por pelar una naranja. «Me cago en todo», se dice. «¿No podía comerse la naranja en otro momento? Hay que joderse con el nuevo. El coche apestará a cítrico durante semanas. Como me salpique la tapicería, me lo cargo.»

Al encontrarse con él a la salida de la oficina, Mónica ha podido formarse una primera impresión. Tirando a bajo y con un perfil curvo sin llegar a ser gordo, podría decirse que tenía una planta vulgar muy bien aprovechada. Cabello claro (si rubio o cano, Mónica todavía tiene dudas) y bien peinado, con una frente amplia, mentón afeitado, vaqueros y una americana que está fuera de lugar en pleno verano madrileño.

Lo único que Mónica sabe de él es que ha aparecido de repente en su vida como el sustituto de Paco. Eso, y que no es de la península, a juzgar por el acento con el que se ha presentado. En un principio pensó en Cuba, pero pronto averiguará que es de procedencia canaria. Mientras bajaban al coche en el ascensor, parecía inmerso en sus pensamientos, y una vez en el vehículo, ha sacado una naranja de la chaqueta sin mediar palabra. No es que Mónica sea muy habladora, pero no le gusta la idea de que el interior de su Mini parezca un tanatorio.

Antes de arrancar, le ha informado de a dónde se dirigían y el motivo. El tipo se ha limitado a asentir con la cabeza. Ahora que lo ve a la luz natural, le echa entre treinta y cuarenta años (nunca fue buena para calcular edades) y parece no haber hecho una mísera pella en el instituto. No lleva anillo de casado, aunque no descarta que esté divorciado, como parece que va a terminar ella.

Después de más de cinco minutos con él, tiene la sensación de haberse topado con un hueso duro de roer, aunque no es algo que le importe especialmente; no se unió a la policía para hacer amigos.

—¿Eres nuevo en la ciudad, Rayco?

—No, llevo ya algunos meses.

—¿Y te gusta Madrid?

—No está mal. Pero no tiene el clima de Canarias.

—Lo malo es el tráfico.

—Sí. Oiga, ¿le parece bien que me ausente un rato cuando hayamos terminado en el río?

—¿Ausentarte?

—Hora y media, como mucho. Es que tengo que hacer un recado.

«¿Este tío de qué va?», piensa.

—Claro.

—Gracias.

El nuevo vuelve a concentrarse en la naranja. Tiene las uñas mordidas, lo que dificulta la operación. Mónica lo observa de reojo. Él le devuelve la mirada y ella se percata de la claridad felina de sus ojos azules. En contra del clásico prototipo canario, combinan con su palidez. Hay en él algo de nómada melancólico, como si alguien muy

sabio le hubiera revelado los misterios del universo y no le gustasen en absoluto. Si alguna vez hubo luz en su vida, hace tiempo que se ha desvanecido.

No es que su nuevo compañero haya sido antipático, pero está claro que no le apetece hablar.

—Le pillo eso un momento, ¿vale?

Coge unas tijeras de la bandeja que hay entre los dos asientos y comienza a rajar la naranja con ellas.

Manda cojones, continúa su queja la inspectora, mientras sorteando el tráfico del túnel de la autopista. Desde luego le echa huevos, tratándose de su primer día. Eso, o está como una cabra.

Mientras Rayco opera la naranja con uno de los filos de las tijeras, Mónica se pregunta cómo las limpiará después. Seguro que me las devuelve cubiertas de pegajoso jugo de naranja, pronostica.

—Puedes quedártelas —cede al fin, sintiendo que se le agota la paciencia. «Y el día acaba de empezar», se dice. Suspira.

Todavía piensa en esos ojos (misteriosos, como si se muriesen por desvelar un secreto) cuando pone el intermitente para tomar la salida del túnel y buscar un sitio donde estacionar el Mini. Encuentra un hueco cerca del coche de la policía municipal.

5

«ESPERO que no te dé problemas para actuar», había dicho Gris. Ahora lo entendía con espantosa claridad.

Cerró los ojos para huir del acoso de su propio retrato y pensó en los últimos meses. Habían sido especialmente intensos. Aquel sábado se había ofrecido la última función de *Muerte en la ópera*, aunque eso debería haber sucedido en abril. El contrato, firmado por actores y técnicos, les comprometía a dar seis espectáculos a la semana durante las temporadas de invierno y primavera. El 10 de abril, según dictaba dicho contrato, se bajaría el telón de la obra para siempre.

Un miércoles de finales de marzo, mientras el elenco se cambiaba tras la función de ese día, Godoy entró en el camerino. Ernesto Godoy era dos cosas: un productor con olfato para los buenos contratos y un completo imbécil. Ejercía como director y guionista de la obra.

—¡Muchachos, dejad inmediatamente lo que estáis haciendo y prestadme atención! —gritó, agitando el periódico desde la puerta.

—Por el amor de Dios, Godoy, ¡que estoy medio en bolas! —protestó Johanna desde la pared del fondo, donde en la obra hacía de una de las víctimas de Erik, el personaje de Javier. No se tapó el sujetador y continuó desmaquillándose como si nada.

—Por mí como si te estás tocando, hija. Ni que pudiera interesarme verte lo más mínimo. —Godoy arrugó su nariz de bulldog—. Aquí huele a boñiga seca, camaradas.

«Huele a boñiga seca» o «huele a una cantidad ingente de boñiga» figuraban entre las expresiones preferidas de Godoy. Solía rematarlas con un «camaradas» que pretendía sonar distendido, aunque, por alguna razón, en sus labios siempre resultaba pedante.

—Bueno, atención. Traigo buenas noticias.

El murmullo en el vestuario cesó de golpe. Godoy se secó el sudor de la calva con la mano antes de soltar el bombazo:

—He conseguido que nos renueven hasta el final de la primavera. La última función será el 5 de junio en Aranda de Duero. Eso está en Burgos, para los que no hicisteis la selectividad. —El equipo se mantuvo en silencio, expectante por lo que venía a continuación—: Al tratarse de una ampliación extracontractual, nos pagan más, de modo que todos cobraréis un cincuenta por ciento adicional por función.

El júbilo estalló en el camerino. Hubo abrazos y las toallas volaron por los aires. Johanna le dedicó al productor un movimiento de pechos y después encendió uno de sus cigarrillos. «¡Johanna, hija, que aquí no se puede fumar!», se oyó la voz nasal de Godoy por encima del jaleo.

Para Javier, la noticia llegó como un jarro de agua fría. ¿Dos meses más interpretando a Erik? Un castigo que no estaba seguro de poder soportar. Era, con diferencia, el papel que más implicación exigía de toda la obra. De acuerdo, también le permitía lucirse cada noche, pero de no haber sido por el whisky y algunos caprichos ocasionales, no habría podido aguantar ni siquiera hasta abril.

La ampliación de contrato tenía una cosa buena: trabajar en esa obra le había permitido viajar por todo el país, estar meses alejado de Rosa y Martita sin tener que dar explicaciones, así que al menos podría estar unas semanas más sin asfixiarse en aquella casa que todavía debían al banco.

Otra cosa que no le hacía ninguna gracia era tener que cargar con la mirada de cordero degollado de Elena cada día hasta el final de la primavera. Habría aceptado de buena gana algún casquete aislado con Johanna de no haber sido por su orientación sexual, pero ¿Elena? Javier sabía que podía llevársela al huerto cuando

quisiera, pero para aguantar a monjas aburridas ya tenía a Rosa. Ni hablar.

Era precisamente esa mirada tierna la que le estaba dedicando Elena en ese momento, mientras el resto celebraba el aumento de sueldo y Godoy intentaba apaciguar a los animales que tenía en nómina.

Dos calurosos meses, cuarenta y ocho funciones y varias aproximaciones incómodas de Elena después, había llegado la hora de echar el cierre definitivo. Para celebrarlo, esa noche Javier tenía guardada en el mueble bar una botella de su whisky de malta preferido. Mientras esperaba su pedido de comida a domicilio, leía el periódico del día, tumbado sobre la cama del Montermoso.

'Muerte en la ópera' dice adiós de manera definitiva, decía la noticia, que mostraba en grande a Conde y Elena en plena actuación.

Era la noticia que ahora empapelaba la guarida donde un loco lo tenía preso.

Con un rugido de impotencia ahogado por la música, Javier se abalanzó contra la pared y comenzó a arrancar el papel. Se detuvo a las dos brazadas, pues había encontrado arcilla tras los periódicos arrancados. Atónito, miró a su alrededor mientras su mente le transportaba a su infancia mediante confusas ráfagas.

Aquello no era una madriguera, sino una cueva. Una cámara que parecía haber sido excavada directamente en la roca de la colina.

Una que, aún de adulto, se colaba de vez en cuando en sus pesadillas.

A Javier siempre le gustaron los veranos. No por las vacaciones, sino porque significaban Sotillo, Abuelito y las bodegas. Pasaba todo julio en el pueblo, mientras sus padres sudaban en Madrid.

Por las mañanas, ayudaba a Abuelito en el huerto; por las tardes, disfrutaba de la siesta y el bar. Allí aprendió a jugar al mus observando a los ancianos beber vino. Pero lo mejor llegaba por la

noche, cuando subían al cerro con una cesta llena de tortilla, morcilla y pan.

Las bodegas le fascinaban. Eran galerías frías bajo tierra, con olor a vino y paredes de arcilla que tragaban la luz. A los adultos les encantaba: parrilladas, risas, vino. Para Javier, sin embargo, era un mundo extraño. Cada vez que bajaba, el eco lo hacía sentir pequeño. Imaginaba dos cosas: que, si caía un meteorito, allí estaría a salvo... y que lo devorarían las ratas.

El verano en que todo cambió, Javier ya había pegado el estirón. Una noche, Abuelito lo mandó a buscar vino. Solo. Javier intentó negarse, pero los amigos de su abuelo se burlaron de él. Así que bajó.

Las escaleras estaban húmedas y las paredes eran heladas. Tiraba de los cordeles para encender las bombillas, pero la oscuridad siempre estaba un paso por delante. La misión era sencilla: llegar a la primera galería donde hubiera botellas llenas de vino, coger el botín y volver por donde había venido.

Encontró las botellas. Al estirar su cuerpo para alcanzarlas, rozó sin querer una pila de botellas vacías, que cayeron como bolos golpeados por una bola tímida. Finalmente, una botella se rompió al chocar contra la piedra. El estallido resonó en las paredes del subterráneo. Javier se mantuvo inmóvil hasta que el último susurro se apaciguó. Entonces comenzaron a oírse los siseos, las pequeñas y asquerosas garras royendo la piedra. Habían salido de sus madrigueras para observarlo. ¿Olerían su miedo? Javier sentía que el latido de su corazón rebotaba en la arcilla y lo instaba a salir corriendo.

Quizá porque sus cinco sentidos estaban pendientes del murmullo de las ratas, Javier no oyó las pisadas, unos metros más arriba. No reaccionó hasta que la bodega se sumió en la oscuridad y un portazo retumbó cerca de él. Si no hubiera sido presa del terror que le provocaban las ratas, habría gritado antes de que alguien tirara del cordel y subiera a la superficie, cerrando la puerta a sus espaldas.

Se había quedado solo en la oscuridad.

Gritó y aporreó la puerta. «¡SOCORRO! ¡ABUELITO! ¡AUXILIO!» El eco devolvía sus propios gritos. Estuvo así hasta que se le hincharon las manos y el llanto ahogó sus gritos. Se sentía mareado por el intenso olor a vino.

Presa del pánico, echó a correr escaleras abajo y no se detuvo hasta que dejó de oír el chillido de esas asquerosas. Durante el camino, se golpeó varias veces contra la pared y ahora notaba un hilo de sangre que resbalaba por su sien. Pero lo peor era la desorientación. Había atravesado varias galerías, de eso estaba seguro, y no tenía ni idea de dónde estaba la salida.

Lo encontraron minutos después, hecho un ovillo, inconsciente y con la cara manchada de sangre.

Fue la primera vez que Javier vivió un suceso traumático.

El segundo llegó sin avisar cuando, con los periódicos que mostraban su imagen todavía arrugados en la mano, acarició la misma arcilla fría que lo había arrinconado de niño y olfateó el aroma a vino que creía ya olvidado. No era tan fuerte como entonces, pero era indiscutiblemente el mismo. «Como estar flotando dentro de un barril en mitad del océano», pensó. Ahora entendía su propio símil.

El tercer suceso, el más fuerte, lo sufriría varias semanas más tarde.

6

JAVIER TENÍA nueve años cuando se quedó encerrado en la oscuridad de la bodega, y cuarenta y dos años, tres meses y cinco días cuando despertó en una bodega subterránea por segunda vez.

Tras algunos minutos de pánico, que superó apoyando la barbilla en el pecho y conteniendo la respiración, decidió centrarse en metas pequeñas. Aún no sabía por qué estaba allí ni cómo iba a escapar, pero lo más urgente era despegar todos los periódicos que cubrían las paredes. Si contemplaba la noticia con su propio retrato durante un minuto más, se volvería loco.

Con la mano buena, arrancaba los periódicos sin cuidado. Ya veía más arcilla que papel cuando sintió algo: en ese punto no había pared. Esa zona estaba hueca.

Emocionado, siguió quitando el papel. La buena noticia era que había encontrado una especie de ventanuco en la arcilla. La mala, que no era lo suficientemente ancho como para que un hombre adulto pudiera atravesarlo. ¿Hacia dónde llevaría? Su interior solo devolvía una negrura densa.

No tuvo tiempo para reflexionar, ya que una luz se encendió de pronto al otro lado. Asustado, dio un paso atrás y contuvo la respiración mientras analizaba lo que estaba viendo.

A un par de metros, el estrecho túnel desembocaba en un bodegón como el suyo, y allí había una persona.

Alguien a quien conocía muy bien.

Ella aún no se había percatado de su presencia. Con el periódico arrugado en la mano, intentó recordar la última vez que hablaron.

Si la existencia de Javier Conde hubiera sido un lago sereno, aquella habría sido la noche en que un dios gigante pasó por allí, escaló hacia la cima de un acantilado y se lanzó al agua al estilo bomba, alterando la calma para luego marcharse por donde había venido. Incluso después de que la ondulación del agua se hubiera extinguido, nada volvería a ser como antes. A simple vista, nada en el lago parecía haber cambiado, pero bajo el agua todo sería distinto desde esa noche en adelante.

Rosa le había telefoneado a la habitación, y él había aprovechado la conversación para cortarse las uñas de los pies.

—Escúchame bien, cariño. No vamos a poner ese color de moqueta. —Esperó pacientemente a que Rosa replicara y continuó —: No me importa lo exclusivo que sea, ni que combine con no sé qué. Ese color es un asco. Es como si estuvieras pisando estiércol continuamente. Elige otro, y punto. —Una espera que, esta vez, consiguió enfurecerlo—. ¿Cómo que ya has confirmado el pedido? ¡Joder, Rosa!

En alguna parte del hotel se producía un ruido. Uno molesto, con los graves reverberando regularmente contra el suelo.

—Mañana hablamos. Parece que alguien quiere estropearme la noche de clausura. Pero ve haciéndote a la idea de que no pondremos esa moqueta en el salón.

Rosa añadió algo más. Algo que hizo que Javier mirase hacia el mueble bar.

—Claro que no he recaído. Deja de preocuparte. Adiós.

Encendió un cigarrillo, se calzó las zapatillas y salió por la puerta al mismo tiempo que llegaba su pizza —una caprese, eso sí que lo recordaba—. Genial, ya empezaba a tener hambre. Despachó al repartidor (no le dejó propina), cogió una porción para el camino y salió de la habitación.

—¿Se puede saber qué es este jaleo? —exclamó como un general desde la puerta del salón del Montermoso. De su mano colgaba la porción de la caprese, y un cigarrillo a medio fumar se tambaleaba entre sus labios—. ¡Así no hay quien se relaje!

Unos pocos miembros del equipo se volvieron con indiferencia para después seguir dándole a la empanada de atún. Johanna, de tacón alto y coeficiente bajo, surgió entre la multitud y le plantó un beso en la mejilla. Llevaba puesta una blusa con transparencias y su aliento olía a cerveza barata.

—¿Qué tenemos aquí? El súper prota se ha dignado a bajar con los mortales. ¡Puaj! Oye, eso apesta.

—Es pesto. Está buenísimo.

—No es pesto. A-pesta. Trae, te lo cambio.

Le arrebató la pizza con cuidado de no mancharse y le colocó una pinta de cerveza en la misma mano. Se deshizo de la porción triangular dejándola sobre la mesa más cercana.

—Johanna, estaba a punto de acostarme. No me apetece cerveza.

La joven actriz soltó una risotada con perdigones.

—¿Crees que nací anteayer? Tienes una botella de whisky en la habitación y no piensas dormirte hasta ventilártela. ¿A que sí?

A Javier se le escapó una media sonrisa.

—Eres muy lista.

—Sí, lo sé. Venga, tío, estabas deseando que terminara la gira, siempre lo decías. —Johanna adoptó un tono de voz grave y masculino—: El personaje de Erik me está volviendo loco... no puedo dormir con tanto viaje... no soporto a Godoy... —Levantó las manos y exclamó con su voz habitual—: ¡Celebremos que ya no habrá más funciones!

Lo cogió del brazo y lo arrastró hacia donde todos se atiborraban de canapés. Cuando estaban llegando a la barra libre, fueron abordados por Godoy.

—¿De qué vas disfrazado, camarada? —La camisa todavía aguantaba la presión de su barriga y mantenía el primer botón bien abrochado, pero el productor no podía evitar que le resbalaran las eses.

—De un hombre que quiere dormir.

—Muy gracioso. En serio, habéis estado magníficos hoy. Os costó un poco empezar la gira, pero en cuanto os hicisteis con los personajes, todo fue rodado.

Johanna puso los ojos en blanco.

—Tú especialmente, Javier, has estado, ¿cómo decirlo?, *chapeau*.
—Solo un pedante como Godoy podía terminar la frase con ese deje y quedar encantado de haberse conocido.

—Corta el rollo, jefe —interrumpió Johanna—. Vas a conseguir que vuelva a su habitación.

Godoy la fulminó con la mirada, que quedó atrapada en el escote.

—¿Tú nunca vistes normal? Los chicos pensarán que he pagado a una *stripper* para la fiesta.

—Vete a la mierda, jefe.

Javier bostezó sin disimulo. Godoy se llevó su gintonic a la boca y frunció el ceño tras él.

—No pareces muy contento.

—¿Por qué iba a estarlo? Me estáis estropeando una fantástica velada con toda esta porquería.

El jefe miró a Johanna de soslayo. Ella, que no era muy inteligente pero captaba las indirectas al vuelo, desapareció entre la multitud.

—Creía que te morías por que esto acabara —dijo Godoy al oído de Javier.

—Debió acabar hace dos meses, tal y como firmamos.

—Bueno, pues ya está. Finito. Dos meses que han pasado volando y te vas con los bolsillos llenos.

—¿Volando dices? Cómo se nota que no eres artista.

Godoy lo agarró de la solapa de la bata.

—No soy artista, pero soy quien te paga, pedazo de arrogante. No me des el coñazo.

—Ya que sacas el tema, me debes pasta.

El productor arrugó la nariz como si allí oliera a una cantidad ingente de boñiga.

—No pongas esa cara —dijo Javier—. Sabes muy bien de lo que hablo. Mi variable por personaje principal.

—Me conoces desde hace años, *mecagüen* en la leche. Mi mujer hizo un trajecito de punto cuando nació vuestra hija, y yo te adjudiqué el papel principal de la obra incluso antes de tener

terminado el guion. Sabes de sobra que te pagaré. —Godoy terminó su copa de un largo y vehemente trago, y se le escapó un eructo que no disimuló. Su ancha frente estaba más arrugada que de costumbre—. Mierda, si no fueras el mejor actor del elenco... A veces me arrepiento de haberte contratado, ¿sabes? A veces me arrepiento de haberte financiado la...

—Por suerte para ambos, no tendrás que aguantarme más —replicó Javier echando un trago a la cerveza, que estaba templada.

Godoy estaba a punto de contraatacar cuando el volumen de la música subió y Tom Jones empezó a cantar por los altavoces. La luz bajó de intensidad y todos se volvieron locos. Enlazados con los brazos sobre el hombro del compañero de al lado, los miembros del elenco de *Muerte en la ópera* corearon el estribillo de *Delilah*, motivados por los decibelios, el alcohol y, sin duda, la paga recién recibida. Altanero, Javier colocó su cigarrillo entre los dedos de su jefe —«sujétamelo, ¿quieres?»— y fue arrastrado por la ola. La discusión fue interrumpida radicalmente por un chorro de cerveza que aterrizó sobre la camisa del productor. «Ahí lo llevas, gordo de los huevos», se relamió Javier mientras se dejaba llevar por la euforia.

El único recuerdo nítido que guardaba a partir de entonces era la imagen de Johanna acercándosele con dos vasos de chupito, una botella de tequila y la sonrisa de la lujuria personificada. Su cerebro acabaría archivando ese momento con dos llamas refulgentes en el lugar donde debían haber estado las pupilas de su compañera.

—No te reconozco, Javier.

Espera, ¿quién estaba hablando ahora? Parecía seria, un tono que no encajaba con el ambiente del salón. Desde luego, no era Johanna. Procuró enfocar la figura que tenía enfrente, junto a la barra. Oh, mierda, ella no. Qué bajón.

—¡Ey, Elena, cariño! ¿Te lo estás pasando bien? —Con torpeza, le acarició un mechón.

—¿Qué te pasa esta noche? —Al cordero degollado le había nacido una nueva arruga en la frente.

—¡Estoy de celebración! Venga, tómate una copa conmigo. ¡Camarero!

Un hombre con tupé y patillas canosas, cuyas sienes lucían sudorosas de no dar abasto al otro lado de la barra, se acercó a prisa. Elena se disculpó y, con un gesto, le indicó que no pedirían nada. El hombre se mantuvo tras la barra, por si acaso.

—¿Qué haces, tía? Vamos a tomarnos una copa. ¡Somos los protagonistas! Brindemos por nuestro éxito.

—No voy a permitir que bebas una sola gota más. Estás dando vergüenza.

—Joder, ni siquiera hoy puedes dejar de ser una mosquita muerta. —Javier cogió a Elena de la muñeca con tanta fuerza que ella se revolvió. El actor se tambaleó y cayó al suelo. El salón daba vueltas y las formas y colores se sucedían como en un caleidoscopio. Entonces, tendido sobre vodka reseco, tuvo algunos recuerdos que llenarían en parte el agujero que se formaría esa noche en su cabeza: el pestillo del cuarto de baño; la madera de una puerta marcada con las llaves del coche; una tarjeta de crédito que daba forma a un gusano blanco.

Miró hacia arriba desde el suelo y se encontró con muchas caras divertidas que lo observaban como a un mono tras los barrotes de una celda. Elena estaba agachada junto a él. Le tendió la mano.

—Puedo solo —gruñó Javier, que se incorporó a duras penas, aproximadamente con la misma dificultad que unos días después, cuando despertó encadenado al suelo del bodegón.

Era consciente de que, si hubiese tomado la mano de la mujer que ahora lo miraba perpleja desde la otra galería, si no la hubiera mandado a paseo, no habría despertado en esa cueva infernal.

—¿Tú también? —La voz de Sinatra no permitía escuchar la voz de Elena, pero a Javier se le daba bien leer los labios. Por su expresión, se imaginó una dicción temblorosa.

No supo si atribuirlo al miedo o a la sorpresa.

7

PARA CUANDO CRUZAN la cinta de seguridad, las suelas de las botas de Mónica ya se han cubierto de polen aplastado. El empedrado suelo que bordea el río está plagado. Más allá de la orilla contraria, las ruinas del demolido estadio de fútbol parecen el escenario de una distopía apocalíptica.

Se dirigen hacia un equipo de tres policías municipales que vigila algo en el agua. Al acercarse, reconocen un montículo de basura que la corriente ha acumulado contra el muro. Al acercarse aún más, ven que se trata de un cadáver. La porquería deja entrever a una mujer de mediana edad.

Entre policías, se presentan con cordialidad.

Mónica, oteando el cuerpo, pregunta:

—¿Cómo la sacamos de ahí?

—Los bomberos están en camino —responde el mayor de los tres, que parece estar al mando.

Rayco observa el escenario sin mostrar la menor alteración. Hasta puede intuirse una sonrisa en esa cara de devorador de libros de ciencia. Mónica se pregunta si está tan sereno como parece, o sufre alguna especie de shock.

—Hay que tener cuidado con las borracheras en esta parte de la ciudad —añade otro de los municipales, que luce una tez aceitunada y rasgos árabes—. Hay tramos del río donde el muro de piedra es bajo. Muy bajo si se van haciendo eses y viendo doble. Ya han

empezado las fiestas y verbenas veraniegas, muy propensas a excesos e insensateces.

—¿Quién es el chaval? —pregunta Rayco (sereno, sereno), con la vista fija en un chico que aguarda sentado en el maletero del coche de los municipales. Las piernas le cuelgan, y lucha por domar a un labrador mojado que no parece dispuesto a esperar sentado. Junto al chico, una mujer adulta, ataviada con un florido vestido, y con la cara vagamente desencajada, se muerde las uñas sin apartar la vista de él. Un cuarto policía les hace compañía.

—Es el que lo ha encontrado —dice el municipal mayor—. El perro, en realidad—. Dibuja una encogida sonrisa.

Mientras se acercan, el nuevo silba un par de estrofas de una de las canciones folclóricas de su tierra. Suena fatal.

—Mónica Lago —se presenta, tendiéndole la mano a la mujer.

Ella le devuelve el saludo con un intenso apretón. Tiene la mano raquítica.

—Soy Marisa, su madre.

—Este es mi compañero, Rayco... ¿oye, cómo te apellidas?

—Medina. Rayco Medina. —El canario se dirige al joven—. ¿Y tú cómo te llamas? Has sido muy valiente, ¿sabes?

—Eloy Gutiérrez—. Está demasiado ocupado en mantener al labrador a raya, y no estrecha ninguna mano—. Tula quiere volver allí.

—¿Este perro es tuyo? —pregunta Rayco.

—Sí —responde la madre.

—Es una hembra —aclara el chico—. Tula.

—¿El cuerpo lo encontró la perra? —quiere saber la inspectora. Eloy asiente.

—Sí. Se mmme escapó y se nnnegaba a volver.

—Tranquilo —dice Rayco.

—Se tiró al a-gua y empezó a chapo-po-potear contra el montón de porquería. Temía que la corriente se lo llevase o que se ennnfriara, así que cogí un palo grandddde y entonces lo vi...

El chico va a ponerse a llorar, seguramente al recordar el rostro sin vida de la mujer sobre el montón de flora muerta. Su madre lo

protege rodeándolo con los brazos, con una expresión que deja muy claro que están a punto de marcharse.

Mónica intenta tranquilizarlo cambiando de tema:

—¿Cuántos años tienes?

—Doce.

—¿Y Tula? ¿Cuántos tiene?

—Dos años y cuatro meses.

—Dices que viste a esa mujer muerta —termina Mónica la frase en la que el chico se ha interrumpido hace un instante—. ¿La conocías?

—Bueno, ya está bien —protesta la madre—. Queremos irnos a casa.

—¿La conocía el perro? —insiste Mónica.

Eloy niega con la cabeza.

—Tula va a coger frío.

Rayco sonríe. Mónica, no.

—Por supuesto, pueden irse —se adelanta él—. ¿Necesitan que les acerquemos a casa?

—No. Vivimos justo allí. —La madre señala con el dedo un edificio de ladrillo más allá de un semáforo—. Iremos andando.

Rayco se conforma con la respuesta, pero Mónica continúa haciendo preguntas, aunque pronto comprende que el joven Eloy no tiene nada más que aportar. Sencillamente, ha tenido la mala suerte de pasear a su perra justo en el momento en que el cadáver de esa mujer se detenía en el muro del río.

Los dejan marchar. Justo cuando el chico y su madre terminan de cruzar el semáforo con la perrita —esta vez bien atada—, llegan los bomberos. Poco después, la ambulancia. Una media hora más tarde ya han sacado el cuerpo del agua y lo han cubierto con una lona. Mónica desea abrir la cremallera cuando lo transportan en camilla a su lado, observar su rostro, pero se reprende a sí misma por ansiosa. Lo hace mejor y pide a los sanitarios que abran el saco.

La fallecida es una mujer de unos cuarenta años, más o menos de su edad. Piensa que hasta podrían haberse llevado bien, de haber tenido Mónica algo de vida social. Ese rostro pálido y lleno de pecas

no le suena de nada, pero está segura de que no merecía tal castigo.

Se siente vacía por dentro mientras vuelven a cerrar la cremallera y levantan la camilla para introducirla en la ambulancia. Unos minutos más tarde, el cadáver ya va de camino al instituto forense, donde le practicarán la autopsia. Mónica se ha adelantado y les ha llamado para que la informen en cuanto sepan los detalles de la muerte. También ha telefoneado a Jefatura, quiere ser la primera en conocer la identidad de la mujer.

Odia reconocerlo, porque sabe que es cruel, pero como siempre, le corre por las venas esa energía excitante que surge cada vez que tiene entre manos un nuevo caso de... ¿asesinato?

—¿Cree que la han matado? —rompe Rayco el hielo, una vez que están en el coche de vuelta a Jefatura.

—¿Tú no? —responde Mónica sin volver la vista de la carretera.

—Efectivamente, la opción del accidente por borrachera siempre es una opción. Pero esa ropa... no es la que llevaría una cuarentona a una reunión de amigas.

Mónica fuerza una carcajada. No quiere parecer ofendida.

—¿Y cómo se supone que debe salir de fiesta una mujer de cuarenta años, listo?

—Las mujeres de mediana edad que salen por Madrid hasta tarde buscan sexo sin complicaciones. Se lo digo por experiencia. Y eso no se consigue con un jersey amplio de color gris y una coleta improvisada.

—¿Has pensado que puede que esté casada?

—Una mujer casada no regresa a casa borracha y sola por el centro de Madrid, a altas horas de la madrugada. No si su matrimonio funciona lo bastante bien como para no buscar alguna aventurilla sin complicaciones en una noche de juerga.

Mónica pisa el acelerador y da un par de volantazos. Una señal sutil de que la conversación ha terminado. Al cabo de unos minutos de silencio, Rayco parece impaciente por abrir la boca.

—Di lo que tengas que decir —le apremia ella.

—Perdone que le diga esto, pero ha incomodado al chico del perro. No había necesidad.

—Él ha encontrado el cadáver. ¿Cómo no iba a interrogarlo?

—Si hubiera tenido más tacto, igual se habría soltado más. Y la madre, lo mismo.

—¿Tú siempre hablas de usted? Ya se te está quitando esa manía conmigo.

El nuevo hace una mueca.

—El jefe no me dijo que eras una borde.

—Ni a mí que eras un mamarracho. —Después musita, más para el volante que para Rayco, y marcando bien la jota—: No te jode...

—¿Mamarracho? Já. Cómo se nota que tienes más de cuarenta.

Rayco no llega a reírse, pero se le contrae una comisura de los labios. Eso no puede evitarlo.

«Cuarentona. ¿Así que ahora voy a ser eso para los nuevos?», se dice Mónica, con la mandíbula en tensión. La señora inspectora. ¿Dónde ha quedado esa poli prometedora con más huevos que la mayoría de hombres? Paco, su mentor, el *sensei* que le ha enseñado todo lo que sabe del oficio, lo dice con más contundencia: «la puta jefa». Y ahora es la compañera cuarentona. Pues estupendo.

—Estoy rodeado de idiotas —gimotea, al aire. Rayco, lejos de ofenderse, se coloca de lado en su asiento, y comenta con aire curioso:

—Me sorprende la poca fe que tienes en la humanidad.

—¿Me hablas de la fe en la humanidad? Mira, han tenido que instalar sensores en los carros de supermercado porque la gente se los llevaba a casa y después los dejaba tirados en la calle. Estamos condenados.

El subinspector sonríe por el comentario.

—Te ríes porque es cierto.

—Perdona por no odiar a la humanidad. —Un vago intento de Rayco de templar el ambiente dentro del coche—. En serio, quiero que nos llevemos bien.

El teléfono móvil de Mónica suena, salvándola de una conversación incómoda.

—Tenemos info sobre la mujer del río —dice la telefonista en manos libres.

—Te escucho —responde Mónica.

—Se llamaba Montse Aguilar y trabajaba como psiquiatra en el hospital Ramón y Cajal.

ENTRE BAMBALINAS (MÓNICA LAGO 1)

Descubre el inicio de la serie Mónica Lago



[ENTRE BAMBALINAS](#)

Un misterioso accidente. Un despertar confuso. La inspectora Mónica Lago se enfrenta a su caso más complicado, con un nuevo compañero y pocas pistas que seguir.

Javier Conde, una estrella del teatro, despierta encadenado en un oscuro sótano, rodeado de titulares de periódicos con su imagen en portada. Herido y desorientado, comprende que su secuestro está ligado a la obra en la que actúa. Mientras lucha por sobrevivir, Conde deberá enfrentar sus más oscuros secretos, en un viaje psicológico que podría destruirlo... o salvarlo.

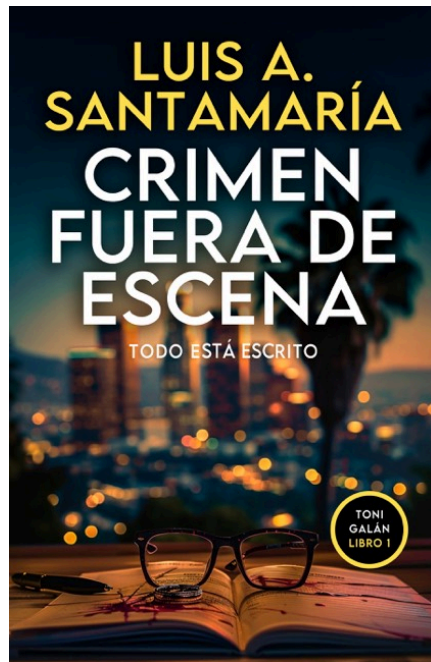
Mientras tanto, en Madrid, los inspectores Mónica Lago y Rayco Medina investigan los brutales asesinatos de dos mujeres. Lo que comienza como una búsqueda de un asesino pronto se convierte en una intrincada red de mentiras y traiciones que los arrastrará tras las bambalinas del mundo teatral.

¿Podrán Mónica y Rayco desentrañar la verdad antes de que sea demasiado tarde para Conde... y para ellos?

Pero si quieres probar algo diferente a Mónica... sigue leyendo...

CRIMEN FUERA DE ESCENA

El primer caso de Toni Galán:



[Consíguelo pinchando aquí](#)

El primer gran logro de Toni Galán en Los Ángeles parece perfecto: es guionista de una exitosa serie de televisión. Pero cuando una mujer aparece muerta, todo cambia. Los detalles del crimen parecen sacados directamente de sus guiones, y Toni se convierte en el principal sospechoso.

Mientras la policía lo vigila de cerca y su carrera pende de un hilo, Toni debe sumergirse en un mundo de mentiras y traiciones que pensaba conocer. Con aliados inesperados y una enfermedad

que complica aún más las cosas, deberá encontrar al asesino antes de que sus ficciones se conviertan en su realidad definitiva.

Crimen fuera de escena es un thriller vertiginoso donde la línea entre el arte y la vida se desdibuja peligrosamente. ¿Podrá Toni limpiar su nombre antes de que el asesino lo supere?

CRIMEN FUERA DE ESCENA (TONI GALÁN 1)

CAPÍTULO 1

Peter Montgomery, «las manos milagrosas», está recogiendo sus bártulos mientras me sirvo una generosa copa de rioja.

—No deberías beber —me advierte, casi pidiéndome perdón por ello—. Y menos un lunes por la tarde. Ya lo sabes.

Es el clásico comentario que normalmente me sentaría como una patada en el estómago, pero a Peter no se lo tengo en cuenta.

—No, no debería —respondo, haciendo girar la copa como un sumiller. En alguna parte he leído que la huella del vino en el vidrio determina su calidad, aunque en este momento me siento ridículo. Culmino el ritual llevándome la copa a la boca y dando un buen trago, que disfruto hasta la última gota. Está templado, suave y afrutado. Delicioso—. Pero hoy es un día especial.

Peter hace un gesto negativo con la cabeza pero sin dejar de sonreír, como si yo no tuviese remedio.

Tiene razón. Estoy siendo deliberadamente irresponsable.

Lo primero que me prohibieron los médicos fue el tabaco; por suerte, nunca he probado un cigarrillo.

Lo segundo fue el alcohol:

—Puedes beber una copa muy ocasionalmente, pero el alcohol daña tu sistema nervioso —dijo la doctora ese día aciago—. Y necesitamos cuidarlo. Por lo demás, vida normal.

«Vida normal». Supongo que una vida normal para ella incluía visitas recurrentes al hospital, extracciones sanguíneas y el miedo

constante a perder la vista, a hormigueos inesperados o a olvidar un precioso recuerdo. No me tires de la lengua.

Y aquí estoy, a punto de envenenarme con una generosa copa de vino un lunes por la tarde, en mi casa, a pesar de las recomendaciones médicas. Sí, sé que suena horrible, pero, como le he dicho a Peter, hoy es un día especial. Hace un rato, en una tarde como la de hoy (el sol brillaba, el cielo era de un azul inmaculado y la brisa veraniega olía como el cabello de una amante), sintiendo en mis pies desnudos el tacto de la arena que el mismísimo Dios desearía pisar, me he sentido más próximo que nunca al *God Bless America*. Nunca me detengo en la playa de regreso de la oficina, principalmente porque odio la playa. En realidad, lo que detesto es que se me mojen los pies y se me llenen de arena. Pero hoy me sentía reconciliado con la vida. La productora nos ha concedido una generosa prima a gran parte del equipo de la serie. La primera de muchas, según ha prometido Evelyn, si la tendencia sigue así de ascendente. Y es que el capítulo emitido ayer, el segundo de la primera temporada, fue mejor de lo esperado. El piloto ya cumplió las expectativas de audiencia (hace tiempo aprendí que empezar una historia con un terrible asesinato, sin demasiados preámbulos, es un valor seguro), pero lo de ayer confirma que la serie tiene tirón entre los espectadores.

Al fin y al cabo, se trata de una serie de thriller violento. No apta para públicos sensibles. Dedicada a un nicho reducido.

«Así pues —alzo la copa en el aire como si brindase conmigo mismo y me recreo en el líquido púrpura—, por el éxito».

Doy un segundo trago. Más corto, más sabroso.

—Un día es un día, Peter —le digo, pasándome la lengua por el labio superior. Una frase que junto a «lo que no mata, engorda», «la vida son dos días» y «no hay cojones», se ha llevado más vidas que mil desastres naturales juntos.

Él alza las manos. «¡Inocente, señoría!». Odio cuando hace eso.

—No tienes por qué darme explicaciones —dice—. No soy tu médico. Ni tu madre.

Lo cierto es que sí debería dárselas. De hecho, casi espero que me suelte una retahíla de advertencias del tipo «no querrás terminar

en una silla de ruedas, ¿verdad?», como hacen todos y que tanto odio. Él sí está en potestad de decirme esas cosas. Pero no lo hace.

—Por suerte, no lo eres —respondo mientras saco de la nevera el segundo premio del día: un filete de solomillo de ternera, previamente empapado en aceite con especias, pimienta y sal—. Eres mi ángel de la guarda.

Peter viene a casa tres tardes a la semana. Dos horas al día. A razón de cincuenta dólares la hora.

Una cuota elevada para un fisioterapeuta.

Solo que Peter no es un simple fisio.

Peter tiene la importante misión de asegurarse de que mis piernas estén listas y en guardia. Preparadas para cuando vuelva a ocurrir lo inevitable.

Mi ángel de la guarda.

La mayoría de la gente alza las cejas y se queda con la boca abierta cuando se enteran de que Peter, a pesar de su gran tamaño, se gana la vida dando masajes. Uno tiende a pensar en una delicada mujer de dedos largos y hábiles, o en un afeminado muchacho sin vello en el cuerpo y debilidad por los aromas dulces, cuando se habla de un fisioterapeuta. Peter, por contra, tiene la planta de un jugador de baloncesto y la voz áspera de un cantante de rock. Uno con manos milagrosas.

—¿Es bueno? —Peter ya ha plegado la mesa camilla, que ha dejado en su sitio, tras la puerta del salón, y ahora está guardando los geles en su bolsa de deporte. Me fijo en que está mirando el libro que hay sobre la mesita del salón.

—*El juego de Ender*, de Orson Scott Card. —Me cuesta seguir la conversación porque tengo la carne chisporroteando en la sartén, la salsa a la pimienta en la cazuela y las patatas en el horno. Cielos, y luego digo que la carrera de guionista es estresante—. Un clásico.

—¿Ciencia ficción?

Lo miro confundido.

—¿Qué pasa?

Él levanta el libro. Va directo a ojear la sinopsis en la contraportada.

—Chavales pilotando naves y seres alienígenas con forma de insectos gigantes. —Un resumen peculiar, el de Peter—. ¿Es para evitar encasillarte? —añade con guasa.

—¿Eso también se lo dices a Ryan?

Sí, Peter también le masajea los muslos a Ryan Gosling.

Enciendo el extractor para que el salón no empiece a llenarse de humo. No quiero que Peter llegue a su casa oliendo a barbacoa. El ruido de succión del aire es una invitación a Peter para que se largue, aunque no era esa mi intención.

Alfred, acomodado en su rincón, levanta el hocico un segundo cuando Peter me saca de mi frenética actividad en la cocina para darme un rápido abrazo de despedida.

—Hasta el miércoles —dice, y sale de casa con la bolsa colgada del hombro.

Antes de irse, ha encendido el televisor, donde está a punto de comenzar el partido de los Lakers. Me conoce mejor que yo mismo. Ojalá fuera una mujer. Entonces, le pediría una cita.

Vuelvo a estar solo con Alfred.

Y la cena está lista.

Al sentarme al sofá (en efecto, voy a cenarme un solomillo a la pimienta en el sofá y no me avergüenzo), dedico un segundo a observar, casi como si lo venerase, el póster enmarcado que cuelga de la pared junto al televisor. Fue un regalo de la productora el primer día de rodaje:

EL ASESINO DE NOVIAS

En la parte inferior, junto con otros muchos participantes:

GUION DE ANTONIO GALÁN

Hago un gesto negativo con la cabeza. Todavía no puedo creer que pusieran mi nombre real en el cartel oficial. Cuando me trasladé a la costa oeste desde España, me presenté a todo el mundo como Toni. Antonio nunca me ha gustado, y lo que es peor, uno corre el

riesgo de que acaben llamándole Toño o Toñín. Siendo todavía un chaval, probé a ponerme absurdos sobrenombres como Antoine o Anthony. Una vieja novia de la facultad hasta me llamaba Sweet T. por mi famosa sonrisa torcida que la volvía loca. Sí, tal vez fue una suerte que no se me quedara el nombre de Sweet T. Finalmente, en América, me decanté por Toni. Toni Galán es fresco, es pegadizo. Y tiene el toque justo a *yankee*. ¡Toni Galán, guionista de éxito! ¡Toni Galán, afamado escritor latino! Pero en el cartel, *ipam!*, Antonio Galán. Apuesto a que fue cosa de Evelyn. Sí, son puñaladas que le pegan a la jefa. Para demostrar quién manda. O tal vez sea su manera de mantener la emoción en su vida personal. Solo Dios lo sabe.

Ninguna prima económica podrá compensarlo.

El póster, además del cartel de la serie, podría definirse como propaganda. En concreto para Ethan, que es quien acapara casi toda la imagen. Ethan Pierce es el actor protagonista, y por ende, el mejor pagado. Interpreta a un asesino en serie atormentado con un pasado oscuro y que atraviesa problemas de personalidad doble. Un colosal cliché, ya lo sé. ¿Qué puedo decir? Escribo para la audiencia; jamás dije que fuera un William Goldman.

Cada vez que me siento en mi sofá, Ethan me observa con esa mirada fruncida tan ensayada. El pobre cree que algún día le darán un Oscar. Aunque, quién sabe, si Cher tiene una estatuilla a la mejor actriz, cualquier cosa es posible.

La ventana está abierta. Abajo, un perro ladra enrabiado. Alfred alza las orejas ante el coro nocturno. Rumia un gruñido entre los colmillos.

—No es nada —le digo, llevándome un pedazo de carne a la boca. El sabor del éxito, me digo. Alfred sigue mi movimiento con la mirada y se relame. Soy débil y le lanzo un pedazo pequeño de pan, que lo devora casi antes de que toque el suelo.

Termina la primera parte. Los Bucks se han adelantado y ya ganan por once puntos a los Lakers. No me importa demasiado, no me van mucho los deportes, a decir verdad. Pero sigo a los Lakers por tres motivos:

Uno, para sentirme más de aquí.

Dos, para tener de qué hablar con los chicos en la oficina.

Y tres, para poder meterme con Peter. Nacido en la bahía de Oakland, es un fanático de los Warriors.

En algún punto del gran laberinto de hormigón que es la ciudad de Los Ángeles, una sirena aúlla. El sonido ondea en mi apartamento como un lamento prolongado. Aunque la temperatura en el salón es agradable y el sofá cómodo, me estremezco. El sonido de las sirenas es el horror. Siempre me ha causado malestar. No, no siempre. Creo que mi fobia nació cuando experimenté el primer gran brote. Es un lamento en bucle que me eriza la piel. Te agarra de las solapas de la camisa y te arrastra fuera de tu zona de confort, abandonándote en un callejón oscuro de la mente, vulnerable ante las amenazas de la vida.

Agito la cabeza y me refugio en mi celebración privada.

El vino tinto deja huella en el vidrio según le doy vueltas. Me llevo la copa a los labios y le doy un pequeño sorbo. Esbozo una mueca. Es el sabor de aquellas vacaciones con Patricia. Antes, casi en otra vida, íbamos todos los veranos a una isla de Canarias y nos tirábamos diez días encerrados en un complejo turístico. Luciendo pulserita, nos tostábamos al sol, leíamos novelas antiguas y hacíamos el amor. Por la tarde, nos sentábamos en el bar y bebíamos vino mientras un pianista convertía el momento en una postal viva.

Eso era antes de los síntomas. De las pruebas médicas. Del primer brote. Y de las broncas.

Doy otro sorbo al vino. Caramba, qué bien entra. Noto que me está subiendo a la cabeza.

«Es el amargo sabor de la traición», me digo.

«No deberías beber a solas y en lunes», me digo también.

Pero hoy quiero obligarme. Bebo otro sorbo, este más prolongado. Quiero recordar. Porque hoy es día de celebración.

Hoy es día de gritar: «La cagaste, cariño. Y de qué forma».

El partido está terminando cuando una segunda sirena aúlla de nuevo.

¿Cómo saber cuándo tu vida pende de un hilo? Es imposible, aunque, en ocasiones, sí es predecible.

En este caso, me llega como un rayo en mitad de un día despejado y soleado de verano.

El partido, durante un tiempo muerto del último cuarto, se ha visto interrumpido abruptamente, dando paso a un avance informativo de urgencia. Dos presentadores encorsetados, con los cuellos de las camisas impidiendo el paso del oxígeno a sus cerebros, miran a la cámara con expresión seria, aunque tampoco de funeral. Basta con decir profesional.

Suena una música dramática de fondo, la única señal de que mi vida está a punto de cambiar. Porque eso nunca se sabe. La vida cambia en un instante.

Una mujer ha sido encontrada muerta en la ciudad. Muestra síntomas de asesinato con violencia. Mencionan el nombre del barrio. Está muy cerca de donde yo vivo.

Intrigado por la noticia, doy un nuevo sorbo al vino. Soy adicto al morbo, supongo que todos lo somos. ¿Quién no ha aminorado la velocidad ante un accidente grave en la autopista? En mi caso, es por un tema laboral; las tragedias ajenas son alimento para mi imaginación. La realidad siempre supera a la ficción, dicen. Y yo estoy de acuerdo.

De manera inconsciente, enjuago el zumo de uva en el interior de mi boca como si fuera colutorio. Me concentro en la voz crepitante del reportero. Estoy atento a los detalles. La edad de la chica, sus rasgos físicos... Siento que se me empiezan a humedecer las axilas a medida que dan más información. Parece que ha sido un asesinato a sangre fría, no producto de un atraco que se ha complicado o un asalto por motivos sexuales. Las evidencias recogidas apuntan a que el asesino quería dejar algún tipo de mensaje.

El reportero da paso al presentador del informativo, que repite estas evidencias en el plató.

La copa se me resbala de las manos, ahora con vida propia, y estalla en varios pedazos al caer al suelo.

El vino dejará mancha, pero eso no importa ahora.

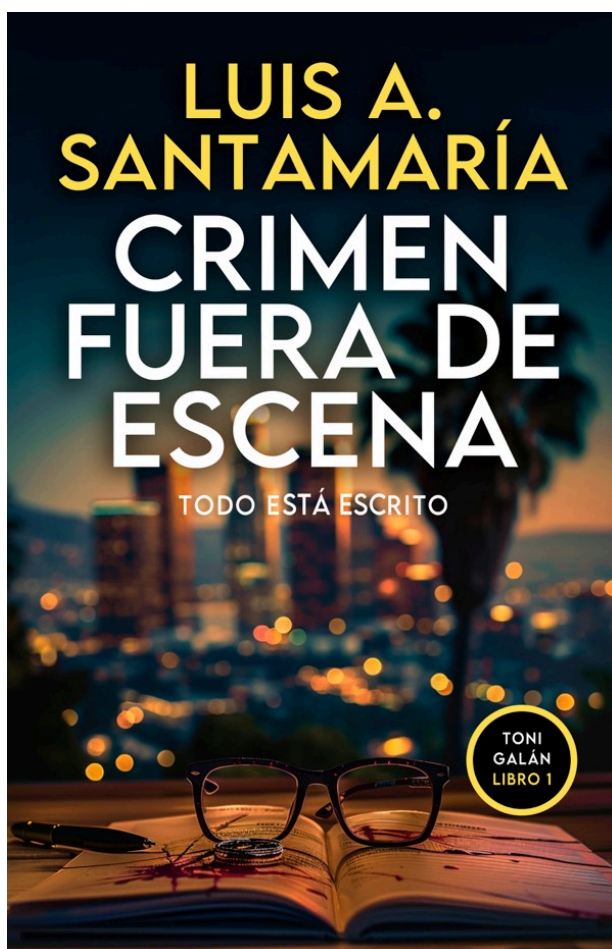
Se produce un silencio sobrecogedor en el salón; no es solo el televisor, es como si el tráfico de los alrededores, los aviones en el

cielo, el perro que ladraba y hasta la hierba, los árboles y la ciudad entera se hubieran aliado contra mí.

Sin saber cómo, estoy de pie frente al televisor, que vuelve a emitir los minutos finales del partido. Mi cabeza, sin embargo, sigue atrapada en la chica muerta.

—Es imposible —balbuceo. Tengo que sentarme o me desmayaré—. Esto no puede estar pasando.

Si te ha gustado, continúa tu lectura [aquí](#).



AGRADECIMIENTOS

En noviembre de 2019, abrí mi lista de correo. Regalaba uno de mis libros en formato ebook a cambio de que los lectores me dieran el correo electrónico y su permiso para que les escribiera de vez en cuando.

Al principio solo les escribía en los lanzamientos y promociones.

Después, una vez al mes. Luego una vez a la semana...

Actualmente, envío a mis lectores dos emails semanales. Todos los martes y sábados, reciben una historia, promoción o anécdota en su bandeja de entrada.

Empecé a hacerlo como estrategia de marketing, no te voy a engañar.

Y funcionaba. Funcionaba realmente bien.

Funcionó tanto que los suscriptores crecieron muchísimo, así como la manera en que hemos aprendido a interactuar entre nosotros. Hoy en día, me complace decir que es algo así como una comunidad.

Así que tuve una idea.

Para celebrar el sexto aniversario de la creación de la lista de correo, decidí hacer algo especial con ellos. Quería que fuesen partícipes del trabajo, así que pedí voluntarios para ejercer de lectores beta de la novela que acabas de leer.

Ellos han estado con Mónica Lago desde el principio, la conocen casi tan bien como yo, así que eran perfectos para la tarea.

Muchos aceptaron el desafío. Recibieron el manuscrito e hicieron un trabajo excelente.

Si este libro carece de erratas, es gracias a ellos.

Y por eso, esta sección va dedicada a:

Jordi Manzano, Silvia Heredia, Mario Zambrino, Florencia Pérez, Pilar Vico, Miguel Toledo, Carlos A. García, Eva María Santos, Neus

Antón, Óliver Arp, Gema Sánchez, Saray Amieiro, Mariví García, Carmen Ribes, Silvia Auditore, Inma Algora, Cristina Marín, María Rosa Miranda, Isabel Muñoz, Montserrat Lapuerta, Noemi Gallardo, Vanessa Usanos, Celia Pascual y Silvia Alcaraz.

Y hablando de lectores beta, no me puedo dejar al número uno, mi amigo de confianza, Alfonso Palazón. Siempre es un placer hablar de libros contigo, ya lo sabes.

Por último, no puedo olvidarme de mi familia, encabezada por mi querida madre.

De mi padre, que fue el primero en conocer a Mónica antes de emprender el viaje eterno.

Y a Silvia, mi lectora beta de lujo y compañera de vida. Si mis novelas son cada vez mejores, es solo porque cada vez le hago más caso.

¡Nos leemos en la próxima aventura!

LA SERIE POLICIACA DE MÓNICA LAGO

0. LA CICATRIZ DE MÓNICA (PRECUELA)



El profesor Álvaro Montiel aparece muerto en el baño del instituto donde imparte clase. Dos puñaladas mortales. Sangre por todas partes...

Y ningún testigo.

Para la inspectora Mónica Lago, este no es un caso cualquiera. Es su antiguo instituto. El lugar al que juró no volver jamás. Pero cuando el deber la obliga a regresar, lo que descubre es mucho más retorcido de lo que esperaba.

[La cicatriz de Mónica](#)

1. ENTRE BAMBALINAS



Tras celebrar el final de la gira de teatro en la que está trabajando, Javier Conde despierta en el interior de un bodegón subterráneo empapelado con periódicos que llevan su imagen en primera plana. Está encadenado al suelo y tiene varios huesos rotos. Al escarbar entre sus recuerdos, Conde, popular actor de teatro, descubre que el motivo de su secuestro está relacionado con la obra en la que actúa.

[Entre bambalinas](#)

2. ENTRE LÍNEAS



La inspectora Mónica Lago recibe la extraña llamada de un afamado escritor inglés durante sus vacaciones. Minutos después, los informativos sorprenden con la noticia de que dicho hombre ha sido encontrado muerto en extrañas circunstancias. Intrigada por el suceso, y movida por su anhelo de ayudar a su compañero, el subinspector Rayco Medina, a encontrar a su hija desaparecida, Mónica viaja a Londres.

[Entre líneas](#)

3. ENTRE VIEJOS DESCONOCIDOS



Echando la vista atrás, todo comenzó el día del atropello. Fue en el verano de 1999 cuando las vidas de Diego y su pandilla comenzaron a desmoronarse. Veintidós años después, Diego lleva una vida tranquila en la villa costera de Getxo, su ciudad natal. Una mañana, recibe dos paquetes anónimos: contienen un reproductor de CD y un compact disc. Entonces se da cuenta de que el pasado está de vuelta. Y quiere cobrar sus deudas.

[Entre viejos desconocidos](#)

4. SECRETOS ENTRELAZADOS



John Everett, novelista venido a menos, recibe un encargo peculiar: escribir las memorias del magnate discográfico que catapultó la carrera de Sol Monroe, joven cantante superventas que fue encontrada muerta en la bañera de su suite durante su última gira. Para ello deberá viajar a la mansión del multimillonario en la gélida sierra de Gredos, Ávila. Mientras, Mónica, suspendida de empleo y sueldo, espera en Madrid el primer hijo de la pareja sin saber que su destino está ligado al nuevo encargo de John.

[Secretos entrelazados](#)

5. HERIDAS ABIERTAS



Cuando Yago Flores, el respetado inspector jefe de Homicidios, cae víctima de un enigmático atentado, Mónica se ve atrapada en una red de misterio y suspense psicológico que pone a prueba su tenacidad.

Un cadáver ha emergido en la Casa de Campo, lanzando a Mónica y su compañero Rayco Medina en una carrera contra el tiempo. La identidad de la joven muerta es un enigma; su historia, un laberinto de pistas crípticas y secretos que nadie quiere revelar.

[Heridas abiertas](#)

6. ASUNTOS PENDIENTES



Después de los eventos ocurridos en *Heridas Abiertas*, Mónica y un herido Rayco enfrentan un nuevo desafío: el asesinato de una ama de casa viuda desconcierta a los investigadores. Sin motivos aparentes, lo que parece un homicidio aislado revela ser parte de una red criminal... o un asunto familiar. Mónica y sus compañeros se verán atrapados en una trama peligrosa y profunda.

¿Podrán Mónica y Rayco desenmascarar al cerebro detrás de este juego macabro?
¿Resolverá Mónica sus sentimientos hacia John, el padre de su hijo, y Andrés, su nuevo jefe?

[Asuntos pendientes](#)

7. EL PRECIO DEL SILENCIO



Alicia Toscano es la hija adolescente de la que cualquier padre se sentiría orgulloso: responsable, aplicada, querida por todos. Por eso, cuando una mañana su padre descubre que no ha dormido en casa, la alarma se dispara.

Las primeras teorías apuntan a una fuga voluntaria. Pero algo no encaja. Ni para su familia, ni para la policía.

Y cuanto más tiempo pasa, más crecen las sombras.

Los inspectores Mónica Lago, Rayco Medina y Andrés Gordillo tiran del hilo... y se topan con un muro de silencios. Secretos familiares, amistades que esconden más de lo que muestran, y un entorno que parece haberse construido sobre mentiras bien guardadas.

[El precio del silencio](#)

LA TRILOGÍA DE MARGOT LANE (PRECUELA DE MÓNICA LAGO)

1. MARGOT

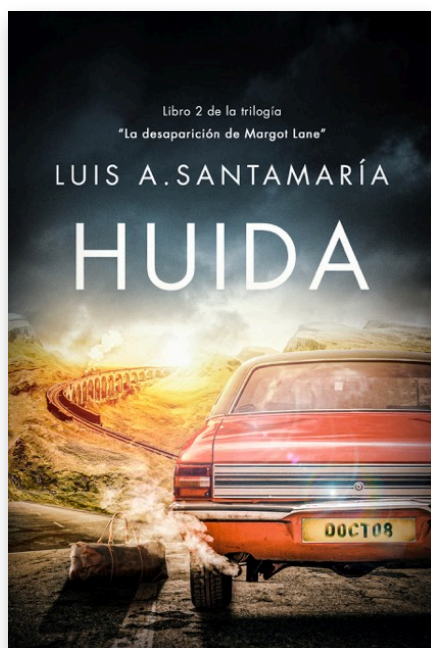


En 1983, Megan Anderson, la hermana de Neil, desapareció sin dejar rastro. Días más tarde, George Anderson, padre de ambos, fue acuchillado a la sombra de un callejón de los barrios bajos de Nueva York mientras buscaba a Megan. Neil siempre ha creído que los dos sucesos estaban relacionados.

Unos meses después, cuando ya es corredor de bolsa en un fondo de inversión de Wall Street, Neil recibe un paquete que lo llevará al borde del precipicio. Es la pista que estaba esperando para intentar atar todos los cabos sueltos del pasado, aunque para ello se verá obligado a ser partícipe de la desaparición de Margot Lane, una niña londinense que guarda un poderoso secreto.

[Margot](#)

2. HUIDA



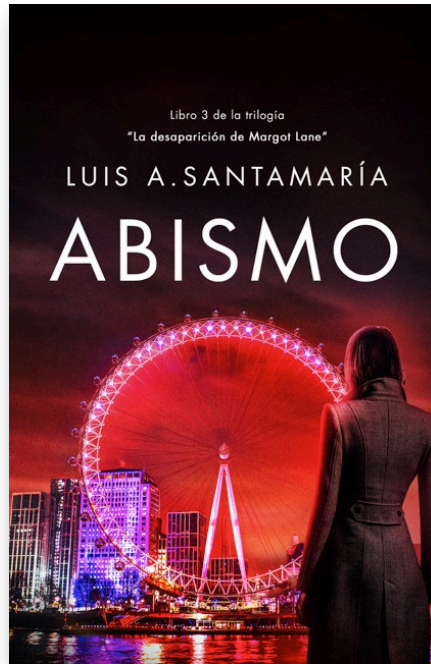
Neil Anderson, después de escapar de la mansión de Califa junto con la ayuda de Christian Scott, se embarca en un viaje a Escocia en busca de su hermana desaparecida. Sin embargo, descubre que su situación es mucho más peligrosa de lo que imaginaba.

Perseguidos por Venus, la asesina predilecta de Califa, Neil y Christian se convierten en blancos de su implacable caza. A medida que intentan eludirla, también deben evadir a la Scotland Yard, que los considera sospechosos de secuestro y posible asesinato.

Pero hay algo que complica aún más su desesperada huida: en los asientos traseros del vehículo viaja Margot, una adorable niña de cinco años con un misterioso tatuaje en el brazo. Neil desconoce por completo los secretos que oculta el enigmático símbolo grabado en la piel de Margot.

[Huida](#)

3. ABISMO

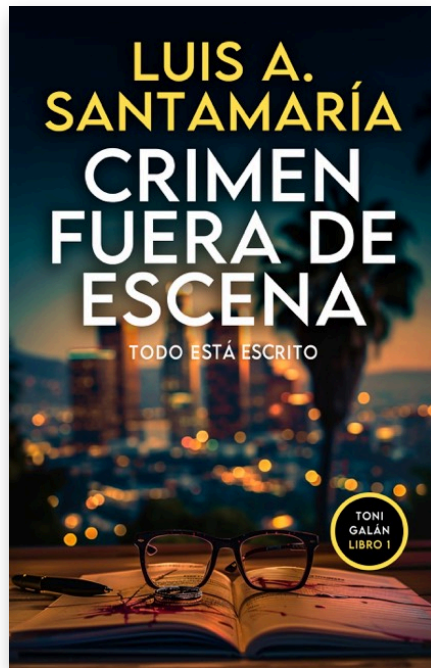


En las sombrías tierras de Escocia e Inglaterra, un oscuro secreto desencadena una implacable cacería. El destino de la joven Margot, atrapada en la telaraña de los asesinos de Califa, pende de un hilo. Determinados a rescatarla, Neil Anderson y Christian Scott emprenden una persecución suicida sin saber que al final del camino les aguarda una verdad inesperada. Un abismo de misterio y engaño se despliega ante ellos, obligándolos a enfrentar no solo a sus enemigos, sino también a sus propios demonios internos.

Abismo

LA SERIE DE MISTERIO DE TONI GALÁN

1. CRIMEN FUERA DE ESCENA



El primer gran logro de Toni Galán en Los Ángeles parece perfecto: es guionista de una exitosa serie de televisión. Pero cuando una mujer aparece muerta, todo cambia. Los detalles del crimen parecen sacados directamente de sus guiones, y Toni se convierte en el principal sospechoso.

Mientras la policía lo vigila de cerca y su carrera pende de un hilo, Toni debe sumergirse en un mundo de mentiras y traiciones que pensaba conocer. Con aliados inesperados y una enfermedad que complica aún más las cosas, deberá encontrar al asesino antes de que sus ficciones se conviertan en su realidad definitiva.

Crimen fuera de escena

2. LA ÚLTIMA NOCHE DE ANNE MILLER



Toni Galán solía ser un guionista prometedor en Hollywood. Ahora es un investigador privado en Nueva York, lidiando con los restos de una carrera que dejó atrás y las secuelas físicas de su enfermedad.

La primera gran oportunidad de Toni como investigador le viene de Sarah Campbell, una actriz retirada y socialité de los noventa. Su marido, Joshua Miller, viejo icono del cine de acción, ha desaparecido sin dejar rastro. La oferta es tentadora: discreción, dinero y una promesa de conexiones con la élite de Manhattan. Sin embargo, lo que comienza como un caso más, pronto se transforma en un juego mortal en un mundo sin piedad que Toni no conoce en absoluto.

[La última noche de Anne Miller](#)

3. JUEGOS PELIGROSOS



Un joven millonario neoyorquino se esfuma tras una noche de fiesta. Sus amigos asumen que está en otro de sus caprichos. Su familia, acostumbrada a sus excesos, no mueve un dedo. Y la policía, con una historia de infidelidad y billetes de avión, archiva el caso sin más.

Solo una persona se niega a aceptar esa versión: su novia, embarazada y convencida de que algo mucho más oscuro se esconde tras esa desaparición.

Contrata a Toni Galán, un investigador privado con olfato para lo turbio y experiencia con los casos que nadie quiere tocar. Lo que empieza como una búsqueda de rutina se convierte en un rompecabezas de secretos, traiciones y pistas cuidadosamente diseñadas para engañar. Cada testimonio contradice al anterior. Cada huella parece estar colocada con intención. Y cada personaje tiene algo que ocultar.

A medida que Toni desentraña la verdad, empieza a sospechar que todo forma parte de un juego mucho más retorcido. Un juego donde el tablero ya está dispuesto... y las piezas se han movido hace tiempo.

Juegos peligrosos

LA TRILOGÍA DE OLI

1. EL SECRETO DE OLI

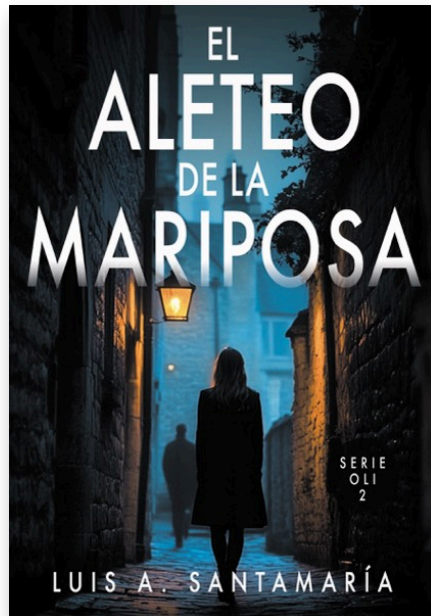


Oli, un entrometido niño de diez años, descubre que una enfermedad letal amenaza la vida de su madre. Inmediatamente construye en su peculiar imaginación un plan para salvar a su familia. Para ello cuenta con la ayuda del 'Yayo', sarcástico cirujano retirado, conocido por los inmorales tratos utilizados con sus discípulos y que tiene buenas razones para no preocuparse por las consecuencias del mañana.

Juntos se adentrarán en los oscuros misterios de la familia y en una trama en la que saldrán a la luz algunos turbulentos sucesos ocurridos en el pueblo pesquero de Ámbar: venganzas, corrupciones, traiciones... y un secreto que cambiará el destino de todos para siempre.

[El secreto de Oli](#)

2. EL ALETEO DE LA MARIPOSA



Cierto día del verano de 2006, cuando el pequeño Oli se atrevió a husmear en los resultados médicos de sus padres, una mariposa cualquiera apareció de la nada, y, sin ningún motivo aparente, batió sus alas.

Ese otoño, en Oxford, un solitario agente de policía es atracado mientras dormía, la misma noche que se produce un sangriento asesinato en la otra punta de la ciudad.

Ajena a ello, una joven inglesa toca el violín en la calle mientras piensa en un amor imposible del pasado.

En Madrid, un talentoso neurocirujano es acusado del homicidio de su propio paciente, el multimillonario dueño de una famosa empresa.

Aparentemente, ninguna de estas historias está relacionada con los sucesos del pasado 12 de octubre protagonizados por Oli y el Yayo. Aparentemente...

[El aleteo de la mariposa](#)

3. VEINTE VEINTITRÉS



Algunos de los empresarios más poderosos controlan de forma asfixiante la vida de los ciudadanos. Óliver es una víctima del nuevo sistema: debido a su pasado revolucionario, se le ha prohibido regresar a España desde Berlín. Todo cambia cuando, el día de su veintisiete cumpleaños, recibe de forma anónima la última fotografía de una misteriosa serie de cinco Polaroids. Cuando descubre que las fotografías son enviadas desde Ámbar, Óliver acepta el desafío de burlar la seguridad fronteriza para volver a su hogar y poner fin al gran misterio de su vida.

Veinte veintitrés

OTROS TÍTULOS

NO PUEDES SER TÚ



Hace veinticinco años, Moisés Pascual casi lo perdió todo: su carrera, su matrimonio y su cordura. La operación para dismantlar una red de narcotráfico en Madrid salió mal. Desde entonces, intenta dejar atrás el pasado en Positano, donde disfruta de una jubilación tranquila junto a su esposa, Adelina. A pesar de todo, nunca ha podido olvidar a Gaspard Lefebvre, el capo del narco gallego que le arruinó la vida. Y luego está ella.

De regreso a casa, Moisés ve de reojo a una mujer que le recuerda a alguien... ¿O es ese alguien? Si no lo es, el parecido con la fotografía de cómo sería ahora que guarda celosamente en su ordenador, fuera del alcance de su mujer, es realmente asombroso. Quizá los ojos puedan engañarlo, pero no el palpito del corazón: ¿Nathalie Lefebvre está viva? Imposible: la asesinaron aquel aciago verano de 1999... O no.

No puedes ser tú

MENSAJES OCULTOS



Carlos es un perdedor. El contenido de su ordenador tiene más importancia que lo que le espera ahí fuera: un trabajo asfixiante y soledad, mucha soledad. Su escaso tiempo libre lo dedica a navegar por internet y fantasear con Nora, una guitarrista adolescente que anhela hacerse un hueco en el mundo de la música. Esta relación virtual es lo único que lo disuade de coger la cuchilla y acabar con todo.

Una noche, Carlos recibe un enigmático mensaje de Nora camuflado en una canción de los años sesenta. Al descubrir que se trata de una petición de socorro, se obsesiona y escudriña cada vídeo de la cantante en busca de otros mensajes ocultos. Es entonces cuando su mundo se resquebraja y los fantasmas de su pasado más oscuro salen a la luz.

Mensajes ocultos

REFLEJOS EN EL ESPEJO



Daniel Santos es un joven que no ve más que la parte negativa de las cosas. Se empeña en rechazar cualquier muestra de apoyo y cariño, ya sea por parte de su familia, de sus amigos, e incluso de Sofía, una bella muchacha que hará cualquier cosa para llamar su atención. Todo cambia cuando un extraño accidente provoca en él una metamorfosis que le hará descubrir los secretos de la felicidad a un alto precio.

Reflejos en el espejo

ACERCA DEL AUTOR



En septiembre de 1985, nací en España. Treinta y seis años después gané el Premio Literario Amazon Storyteller con la novela *Entre líneas*. Desconozco si llegarán más premios, pero no me importa demasiado mientras me lo pase en grande poniendo en apuros a mis protagonistas desde mi escritorio con vistas a la sierra de Madrid. Siempre que nuevas ideas sigan haciendo cola en mi cabeza clamando por salir, seguiré haciendo lo que más me apasiona.

Vivo con Silvia, mi mujer, la verdadera artífice de las mejores ideas pero demasiado humilde para admitirlo públicamente, y Yoda, mi perezoso perro mestizo que se asegura de que su dueño no procrastine.

En 2025 me estrené en el mudo editorial con la novela *No puedes ser tú*, publicada por Planeta Espasa.

www.luisalbertosantamaria.com

Sígueme en redes sociales:

